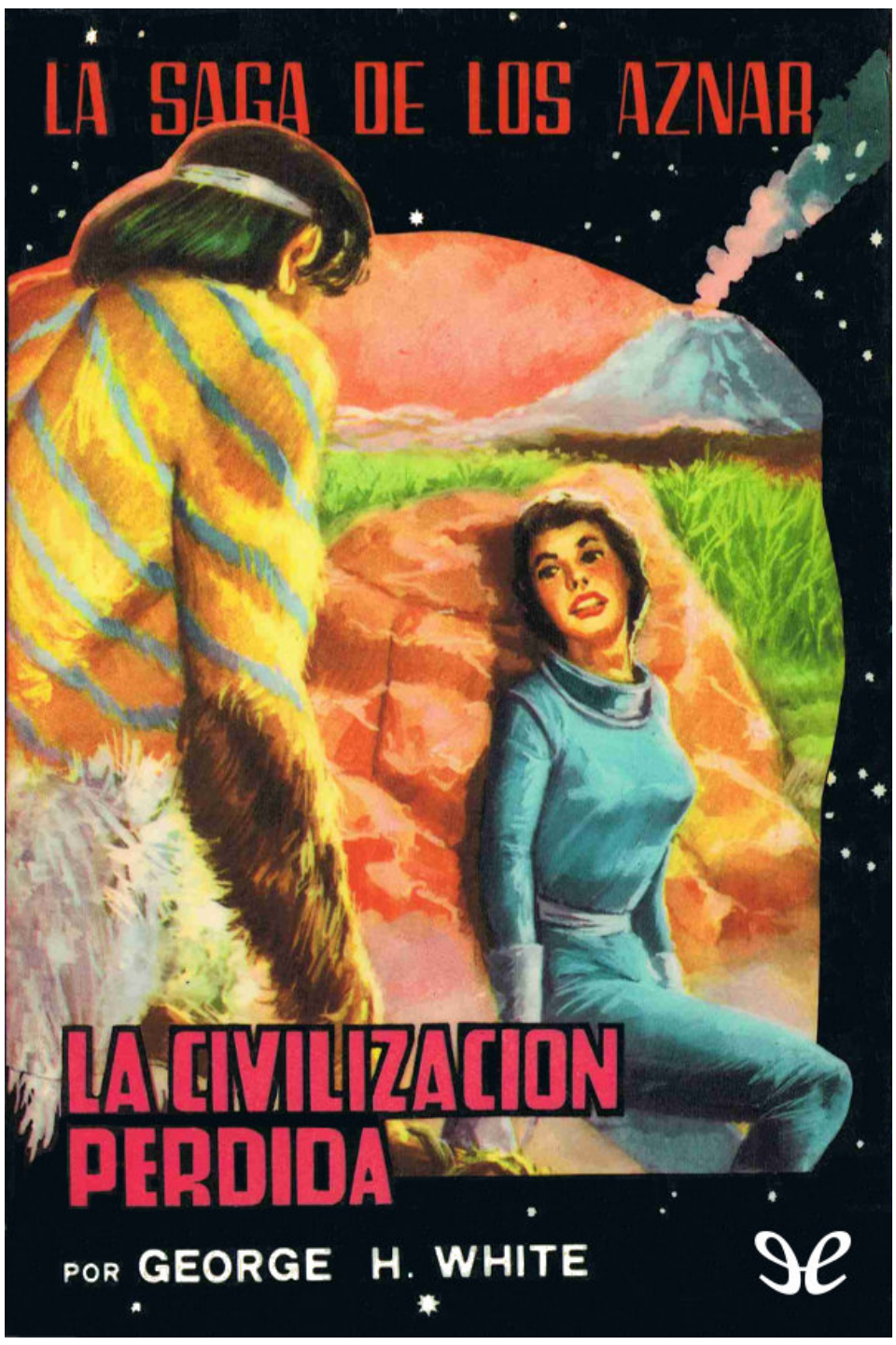


LA SAGA DE LOS AZNAR



LA CIVILIZACION PERDIDA

POR GEORGE H. WHITE



Viajando a larga distancia en el espacio, el autoplaneta Valera descubre un inmenso y extraño mundo y en él nuevas y sorprendentes formas de vida.

Espectadores de la dramática lucha por la existencia, los cosmonautas se ven ante situaciones que les hacen retroceder en el recuerdo a situaciones históricas semejantes en los albores de la Humanidad.



George H. White

La civilización perdida

La saga de los Aznar - 52

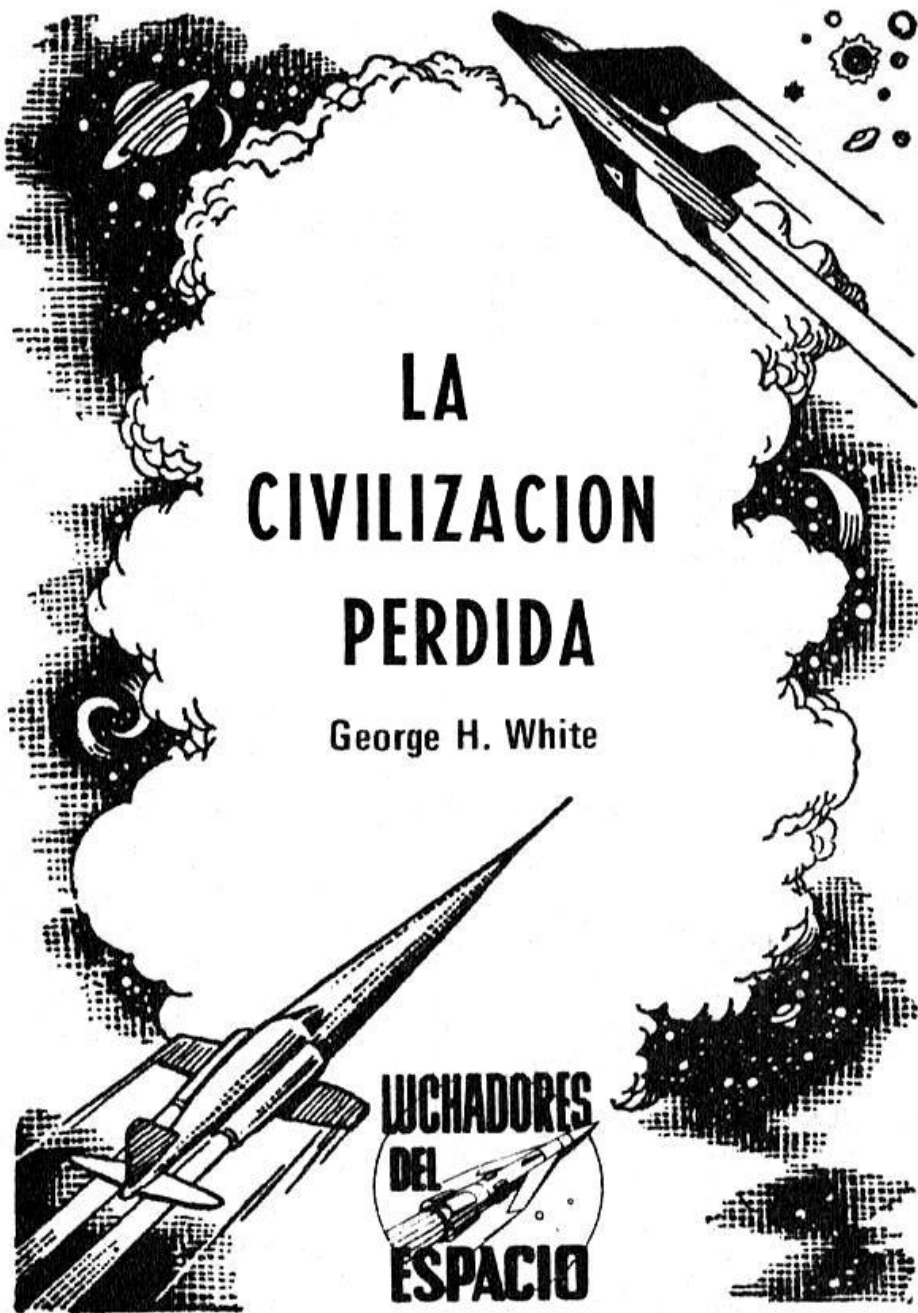
ePub r1.0

Titivillus 27.09.15

Título original: *La civilización perdida*
George H. White, 1977

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





LA CIVILIZACION PERDIDA

George H. White



**LUCHADORES
DEL
ESPACIO**

LA CIVILIZACION *PERDIDA*



CAPÍTULO I

Después de cuatro días de autoplantía todavía eran visibles los señales de Plaza de España, en el centro de la ciudad, las lluvias nocturnas habían amasado el fino polvo cósmico formando una gruesa capa de barro. Las máquinas habían limpiado una franja de unos doscientos metros de ancho alrededor de la plaza, dejando el resto de la calzada abandonada a las malas hierbas, que allí crecían en libertad formando una pradera.

El problema mayor de las autoridades municipales en este momento era la falta de brazos. Los valeranos estaban regresando desde las estaciones de emigración en todas las ciudades del planetillo, aunque todavía a ritmo lento. No convenía apresurar el retorno ni traer a demasiada gente, si dentro de unos días había que hacerla regresar a las máquinas Karendón.

El lugar del espacio donde ahora maniobraba Valera ofrecía tan escasos atractivos, que no estaba descartada la posibilidad de que el autoplaneta reanudara en fecha próxima su interrumpido viaje.

A últimas horas de la tarde, una aerofalúa de la Armada Sideral

descendía del cielo verticalmente e iba a posarse en la zona de pavimento rescatada al barro. Un hombre joven y esbelto, vistiendo el blanco uniforme de los astronautas, saltó de la navecilla y cruzó rápidamente la calle. Enfrente tenía la alta verja que circundaba el parque de las Fuerzas Armadas. Dos edificios idénticos, dos pequeños rascacielos, emergían de la masa de verdor formada por tilos y magnolios gigantes.

En la puerta de la verja dos soldados saludaron al paso del astronauta.

La atmósfera era calurosa y estaba saturada de polvo y de polen. En todo el planetillo la vegetación acababa de despertar de su letargo y rebullía en una explosión de vitalidad. En el jardín, del lado interior de la verja, los árboles echaban nuevas hojas y las más bellas flores abrían sus cálices en una ingenua competencia de formas, colores y perfumes. Sólo faltaba el trino de los pájaros y el zumbido de las libélulas.

La fauna de Valera, como la mayoría de sus habitantes, no había regresado todavía.

Cruzando todo el parque el visitante pasó sin detenerse junto a la estatua de bronce del “superalmirante” Aznar y subió de carrerilla la escalinata de mármol hasta la puerta principal del Almirantazgo.

Poco después salía de un ascensor, avanzaba por un pasillo y entraba en una sala de grandes dimensiones amoblada sobriamente. Allí un capitán de navío salió a su encuentro.

—Hola, Tuanko —saludó el capitán.

—Hola, Martín —respondió el recién llegado, en cuyas hombreras centelleaba a la luz artificial el solitario brillante en forma de lucero de los contralmirantes de la Armada. Señaló a la cerrada puerta del fondo—. ¿Está el viejo en su despacho?

—Tiene visita.

—Pues yo he sido puntual —señaló Tuanko Aznar al reloj sobre la puerta—. ¿Para qué me ha llamado?

—No lo sé.

—Eres su ayudante.

—Pues no lo sé, chico. Tal vez quiera desearte buena suerte y hacerte alguna recomendación de última hora.

—Muy de última hora. Debo zarpar a lo más tardar a las diez

para encontrarme con mi buque en el espacio exterior a las doce.
¿Quién es el visitante?

—El señor alcalde.

—¡Vaya, por Dios!

Con la gorra bajo el brazo y las manos cruzadas a la espalda, Tuanko Aznar dio algunos pasos alrededor de la mesa central de la sala. Tenía alrededor de treinta años y era un hombre guapo, de cabellos negros y brancos, los ojos verdes, la nariz perfilada y el mentón firme.

—El viejo me llama —dijo de pronto el ayudante moviéndose en dirección a la puerta.

Tuanko respiró aliviado. Como ayudante del Almirante que había sido durante muchos años, sabía que Martín llevaba en la muñeca un reloj especial conectado con un botón oculto bajo el borde de la mesa de don Miguel Ángel Aznar. Cuando éste daba por terminada una entrevista, antes de ponerse en pie y estrechar la mano del visitante, solía llamar al botón para que acudiera su ayudante y acompañara a la visita hasta la puerta. Accionada por radio, una pequeña aguja picoteaba en la muñeca del ayudante advirtiéndolo a éste.

En efecto, poco después Martín asomaba por la puerta y hacía una seña a Tuanko para que entrara. Las visitas solían abandonar el despacho por una segunda puerta que daba a otro pasillo donde había un ascensor. Tuanko cruzó por delante de Martín y entró en el despacho.

—Hola, Tuanko. Siéntate.

El Almirante Aznar estaba de pie y señalaba una de las confortables butacas de cuero rojo que Tuanko tan bien conocía. El ayudante salió cerrando la puerta.

—Te habrá sorprendido que te convocara en mi despacho.

—Sí —declaró Tuanko sin ambages.

—Tú conoces este puesto tan bien como yo y sabes que los compromisos de un Almirante Mayor no acaban nunca. Ha surgido una dificultad de última hora...

Tuanko temió por su expedición. ¿Se daba marcha atrás y se desistía del intento? El Almirante prosiguió.

—El señor Presidente me visitó en este despacho a primeras horas de la tarde acompañado de su hija, la capitana Belén

Izquiaola. La joven, muy guapa por cierto, se propone tomar parte en la expedición al hiperplaneta.

Tuanko se sintió aliviado. Si la hija del Presidente de la República deseaba formar parte de la expedición, había que interpretarlo como una buena señal. Podían tildarle de pusilánime, pero Tuanko había estado temiendo hasta hoy mismo que se cancelara la orden de salida. Tan lejos como la tarde anterior, un grupo parlamentario interpelló al Gobierno acerca de la conveniencia de explorar el hiperplaneta.

—Bueno —suspiró Tuanko—. ¿Era esa la cosa que no podías decirme por videófono? Temí que fuera algo peor.

—Tuanko, me consta que lo que voy a decirte no te va a gustar —dijo el Almirante—. La joven Izquiaola no ha tenido suerte en sus anteriores destinos. Está en la segunda encarnación y es capitán de fragata, grado al que accedió recientemente, poco después que su padre fuera elegido Presidente de la República.

—Pura coincidencia, supongo —dijo Tuanko irónicamente.

—El Presidente se lamenta de que valores como su hija se malogren por falta de una oportunidad. Actualmente la única operación que tenemos a la vista es la exploración del hiperplaneta. El Presidente piensa que ésta podría ser una ocasión para que su hija alcance cierta notoriedad, especialmente si todo acaba bien, y sobre todo, si la joven Izquiaola aparece como la comandante de la aeronave que realizó la misión...

—¡Eh, espera! —protestó Tuanko pegando un respingo—. ¿Qué estás insinuando? ¡Yo soy el comandante de mi propio buque!

—Puedes quedarte con el mando de la expedición y cederle a Izquiaola el mando del buque. El señor Presidente supone que no te importará. Como él dijo, los Aznares ya estamos colmados de honores, no necesitamos un éxito más para darnos a conocer. En cualquier caso, la figura del capitán de la aeronave aparecerá empequeñecida junto al comandante de la expedición.

—¡Mil demonios, no!

—Tuanko, te estoy hablando en serio. Tienes que cederle el puesto a la Izquiaola.

—Almirante, si haces eso me obligarás a renunciar al mando de la expedición.

—En ese caso, lamentándolo mucho, tendré que prescindir de ti

—fue la firme respuesta del Almirante.

Tuanko investigó telepáticamente el pensamiento de su abuelo. Lo que vio no le gustó.

—¿Sacrificarías a uno de tu propia sangre para dar entrada en la expedición a una extraña? —preguntó escandalizado.

—¿Quieres que la expedición se lleve a cabo? Pues entonces admite a la Izquiaola, o no habrá expedición.

—¿Así están las cosas, eh? —ironizó Tuanko—. ¿Hemos llegado a tal grado de dependencia, que hay que pasar por todo lo que digan esos politicastos? ¿Es el precio que tienes que pagar para seguir sentado en esa poltrona?

—Tuanko, no seas impertinente. Gracias a que yo estoy sentado en este sillón, mi hermano Fidel figura como jefe del equipo científico de esa expedición, mi hijo Alejandro es miembro del grupo, tú eres comandante de la aeronave, y tu sobrino Marek es tu segundo. Como dirán nuestros enemigos, más que una expedición científica esto parece una reunión familiar. Con tanto Aznar en el rol, ¿cómo puedo negarme a que el Presidente de la República nos cuele a su hija? Admítelo, Tuanko. Sería pasarnos de cínicos.

—Se supone que si estamos allí es porque valemos. ¿O no?

—No seas ingenuo. ¿O es que de veras piensas que no hay en Valera científicos que puedan sustituir a mi hermano y a tu padre, ni astronautas competentes capaces de suplirlos a ti y a Marek? Si quieres que te diga la verdad, me molesta el excesivo protagonismo de mi familia en esta expedición.

Simultáneamente Tuanko leyó en la mente de su abuelo: “y casi me alegraría que uno o dos de vosotros quedarais fuera”. Pero Tuanko había puesto demasiada ilusión en el proyecto y no estaba dispuesto a renunciar.

—Juegas con ventaja —dijo Tuanko poniéndose en pie—. Aunque espero que no sea siempre de ese modo. Algún día me necesitarás y vendrás a buscarme, ¡y entonces te mandaré al cuerno!

El Almirante se limitó a despedirlo con un gesto y una sonrisa irónica.

Con el picaporte en la mano, Tuanko se volvió a preguntar:

—¿Dónde está la Izquiaola?

—Fue a San Telmo en busca del barco. Si no está a bordo no

tardará en llegar. Tuanko, no me crees problemas.

Tuanko salió pegando un portazo.

Por razones de proximidad, el “Coimbra” había sido trasladado a San Telmo, al norte de Nuevo Madrid. Este lugar no era propiamente una base militar, sino un acantonamiento de la Armada con un gran edificio que funcionaba como un Hotel, almacenes, oficinas, refugio antinuclear y cierto número de máquinas Traslator para el movimiento del personal. En otros tiempos cosmódromo de la capital, el lugar había sido escenario de históricos acontecimientos.

Las astronaves que arribaban a Valera entraban por uno de los túneles próximos que atravesaban todo el espesor de la corteza del planetillo y se dirigían a San Telmo para desembarcar sus pasajeros. Visitantes de todas las razas y nacionalidades, presidentes y embajadores de grandes potencias, comisiones de paz y mensajeros de catastróficas guerras, amigos y enemigos, llegaron hasta aquí en el curso de los siglos.

Eran, por supuesto, otros tiempos. En la actualidad el cosmódromo estaba fuera de uso, aunque aparecía repetidamente citado en las más emotivas páginas de la historia del planetillo.

El sol artificial de Valera se había apagado totalmente cuando Tuanko Aznar llevó su aerofalúa hasta el ángulo del cosmódromo donde el “Coimbra” flotaba en el aire tirando del cable de la amarra.

Suspendido a dos metros de altura sobre el suelo, bajo la luz de un par de reflectores, la enorme mole amarilla parecía tan ligera como un aeróstato. La suave brisa que solía levantarse al anochecer bastaba para desplazarlo.

El “Coimbra”, crucero de combate de la Armada Sideral Valerana, era una poderosa arma de guerra. De trescientos metros de eslora, medía cuarenta de manga y era tan alto como un edificio de doce pisos. Su casco, enteramente de “dedona”, tenía tres metros de espesor en todas sus partes. La “dedona”, metal exótico, era tan compacta que un decímetro cúbico de ella pesaba veinte toneladas. Era el metal más tenaz de los conocidos, y se utilizaba en las corazas contra los torpedos de cabeza nuclear y las armas de luz sólida. Pero su cualidad más apreciada era la facultad de crear un campo de fuerza antigravitacional bajo determinadas condiciones

de inducción eléctrica. La “dedona” entonces no sólo perdía peso, sino que levitaba rechazando las fuerzas de atracción de las masas.

Las aeronaves de “dedona” eran tan pesadas que debían ser inducidas continuamente cuando permanecían cerca del suelo. Un corte intempestivo de la corriente eléctrica precipitaría la aeronave a tierra, donde quedaría destruida, aplastada por su propio peso. Por esta razón, y en evitación de un posible accidente, las bases de la Armada Sideral Valerana estaban enclavadas en las proximidades de los casquetes norte y sur, donde la fuerza de gravedad era nula.

Tuanko hizo descender la navecilla a la altura del buque y enfiló la proa al gran portón balizado con luces rojas que se abría en uno de los costados del “Coimbra”. La falúa entró por sus propios medios hasta el fondo del iluminado hangar y quedó depositada sobre una cuna.

Poco rato después, Tuanko salía de un ascensor en el puente superior, cruzaba un corredor y entraba en su camarote. Utilizando el interfono llamó:

—Habla el comandante. Dondequiera que se encuentre el capitán Marek, que acuda a mi camarote.

Cerró la comunicación, se quitó la guerrera y pasó al cuarto de baño para lavarse las manos. Poco después entró Marek Aznar y le encontró con una toalla en las manos.

Rubio, de ojos azules, alto, Marek vestía el uniforme blanco de los astronautas de la Armada Sideral con distintivos de capitán de fragata.

—Hola, Marek —dijo Tuanko con desgana—. Siéntate.

—No estoy cansado, rechazó Marek con acritud.

Tuanko captó inmediatamente la onda de su joven sobrino. Ambos eran tapos y poseían como tales facultades paragnósticas extraordinarias, entre éstas la telepatía. Anticipándose a la inspección mental de Marek, Tuanko habló:

—¿Llegó la capitana Izquiaola?

—Sí. ¿Es cierto que va a mandar este buque?

—¿Lo dijo ella?

—No fue necesario preguntárselo. Su cabeza está llena de ideas acerca de la mejor manera de llevar esta expedición.

Tuanko abrió los brazos en ademán de impotencia.

—No pude impedirlo, el pastel ya estaba cocido cuando me

llamaron a consulta.

—¿Consultaron contigo? —inquirió Marek irónico.

—Bueno, en realidad no. No me preguntaron si la quería, sencillamente me la impusieron.

—Y tú aceptaste.

—¿Qué podía hacer? Tenía que aceptar o renunciar. ¿O prefieres que nos bajemos del barco? Todavía estamos a tiempo.

—Ganas me dan de abandonar —refunfuñó Marek.

—También a mí. ¿Y qué ganaríamos con ello? La Izquiaola quedaría dueña de la situación. Reconozcamos que no somos imprescindibles. La cosa puede funcionar sin nosotros. ¿Quién sabe? Hasta puede que la expedición sea un éxito y veamos a Izquiaola en la cumbre de la gloria. Por cierto, ¿cómo es?

—¿Izquiaola? Es guapa.

Tuanko no podía creerlo. Investigó en el interior de la mente de Marek. Lo que vio era la imagen de una mujer joven, de cabello negro y ojos castaños, ciertamente bonita. Pese a todo, Tuanko desestimó el retrato mental que le ofrecía su sobrino. La imaginación también tenía sus bromas, y sumaba o sustraía detalles según el estado de ánimo del testigo.

—Será mejor que vayamos a verla —dijo Tuanko cogiendo la guerrera que estaba sobre la cama.

La cámara de derrota estaba tan cerca del camarote de Tuanko, que éste apenas acababa de abrochar el último botón de su guerrera cuando llegaron a ella. Solamente había tres personas en la cámara; el oficial de guardia, un sargento de comunicaciones y una esbelta joven que se correspondía fielmente con la imagen fijada en la memoria de Marek. En honor a la verdad, Marek no había hecho justicia a los encantos de Belén Izquiaola. Ésta no sólo era guapa, sino que tenía una hermosa figura.

Belén Izquiaola se apartó del teniente Garín, con quien charlaba en este momento, y salió al encuentro de Tuanko.

—Capitana Belén Izquiaola, a sus órdenes.

Tuanko respondió al saludo de Izquiaola llevándose desganadamente los dedos a la frente.

—Bienvenida a bordo, capitana. Espero que se encuentre entre nosotros como en su propia casa.

—Mi último servicio lo presté a borde de un crucero. Todo me

resulta familiar —dijo la joven abarcando la amplia sala con un gesto de la mano.

—Bueno, todos los cruceros de la serie “Stelar” se construyen iguales. Las modificaciones que se han introducido en éste no son apreciables a simple vista. Normalmente un crucero de combate no lleva incorporado sistema de vuelo para el sub-espacio. ¿Sabe en qué va a consistir nuestra misión?

—Sí, naturalmente.

Tuanko continuó, como si no hubiese escuchado la respuesta de la capitana Izquiaola:

—En su última singladura, desde que nos alejamos de la Tierra, el autoplaneta ha estado volando en el sub-espacio a una velocidad que ciframos en mil veces la velocidad de la luz. Como todo el mundo sabe, ninguna aeronave, impulsada por medios mecánicos, puede jamás sobrepasar la barrera de la velocidad de la luz. En el punto que se alcanza esa frontera los mecanismos se agarrotan y dejan de funcionar. Por la misma razón la vida no es posible en estas condiciones, lo cual obliga a este autoplaneta a evacuar su tripulación, desmaterializándola antes de cada crucero en el sub-espacio, para materializarla cuando Valera ha frenado pasando nuevamente a una velocidad sub-lumínica. Para volar en el sub-espacio tenemos que recurrir a medios electromagnéticos, que en nuestro caso son las ondas o campos de fuerza gravitacionales. Las fuerzas gravitacionales son permanentes en todo el Universo. Apoyándose en ellas, nuestro autoplaneta se impulsa, logrando atravesar la barrera de la luz, y continúa acelerándose más allá de ésta. Al atravesar la frontera de la luz, la materia experimenta una serie de modificaciones en su estructura molecular. En el caso concreto de nuestro autoplaneta, éste se dilata hasta adquirir dimensiones inconmensurables. Convertido en una inmensa nube de gas etéreo, Valera se mueve en el sub-espacio mil veces más veloz que el rayo de luz y en su camino es atravesado por planetas y estrellas sin sufrir daño...

Tuanko se interrumpió para respirar. Belén Izquiaola guardó silencio por respeto, aunque estaba deseando hablar para decir que ya conocía de sobra las particularidades del vuelo del autoplaneta en el sub-espacio. Tuanko continuó:

—Hace aproximadamente nueve años y medio fuimos

atravesados en nuestro camino por un cuerpo celeste de características parecidas a las del sol terrícola. La luz solar impresionó fugazmente nuestras placas fotográficas, a modo de una lámpara de destello que brilla y se apaga en fracciones de segundo. Pese a todo, el sistema de detección y análisis funcionó, el control automático entró en acción y nuestro autoplaneta inició la larga maniobra de frenado. Simultáneamente, cambiaba de rumbo y empezaba a describir un amplio arco que nos llevaría, al cabo de nueve años y medio, a las proximidades de la estrella que activó nuestro circuito de alerta. Al pasar a una velocidad sub-lumínica se reprodujeron a la inversa los fenómenos que afectan a la estructura molecular. El autoplaneta se contrajo, recobrando su tamaño normal, las máquinas Karendón empezaron a funcionar y los primeros seres vivientes reaparecimos en Valera. Nuestra primera sorpresa fue comprobar que no existía ninguna estrella capaz de haber activado el circuito de frenado del planetillo. La segunda sorpresa fue descubrir que estábamos siendo llevados hacia un lugar desconocido por un campo de gravedad de fuerza descomunal...

Belén Izquiaola no pudo contenerse por más tiempo.

—Se pensó que éramos arrastrados hacia un agujero negro...

La severa mirada que le echó Tuanko tuvo el poder de cerrar la boca de la joven.

—¿Sabe qué es un “agujero negro”? —preguntó Tuanko.

—¡Claro que lo sé! Todo el mundo lo sabe —exclamó Izquiaola enrojeciendo.

—¿Ha estado usted alguna vez en uno de ellos?

—¡No, Dios me libre! Nadie que cayera en un agujero negro saldría jamás de él. En alguna ocasión se les ha llamado también “estrellas negras”. Se supone que son una concentración de materia superpesada y su fuerza de gravedad es de tal magnitud que impide incluso la fuga de la luz. Pero lo que hemos descubierto no es un agujero negro, sino un gigantesco planeta frío... un hiperplaneta que suponemos hueco. Algo parecido a nuestro propio planetillo, sólo que mucho mayor.

—Aproximadamente treinta mil quinientos diecisiete trillones de veces más grande que Valera —concretó Tuanko—. O sea, es tan enorme que todo el sistema planetario solar terrícola cabría holgadamente dentro de él. Incluso es posible que existan algunos

planetas girando alrededor del sol allí encerrado. Si en alguno de esos planetas hubiera vida inteligente y conocieran el uso del telescopio, no sería un firmamento estrellado lo que verían, sino toda la superficie interior de su mundo. Para ellos, todo el universo se concretaría a lo que alcanzaban a ver. Ignorarían la existencia del Cosmos, de otros mundos y otra vida exterior. Serían como prisioneros en una gigantesca cárcel, cuyos muros quizás nunca logren atravesar.

—Si hay vida inteligente dentro del hiperplaneta, conocerán por nosotros la existencia del universo exterior —afirmó Belén Izquiaola.

—Espere, todavía no hemos entrado allí —objetó Tuanko.

—Será fácil hacerlo.

—Parece muy segura.

—Sí, lo estoy. Y si no lo estuviera me esforzaría por convencerme a mí misma de que ello es posible. La primera condición en un buen jefe, es tener confianza en la misión que está realizando. Si el jefe no cree en lo que está haciendo, ¿cómo van a creer los soldados que le siguen? —repuso Izquiaola con desparpajo. Y en rápido giro añadió—: Y a propósito de esto, ¿me han confirmado en el mando de este buque?

—Tiene usted valedores de mucho peso —dijo Tuanko con mordacidad—. El Almirante Mayor le confirma en el mando del “Coimbra”. Pero no lo olvide, Izquiaola. Yo soy el comandante de la expedición y digo lo que los demás tienen que hacer.

—Naturalmente, ¿quién dice lo contrario? —replicó la joven enrojando ligeramente.

—Marek será su segundo.

Izquiaola dedicó a Marek Aznar una sonrisa de puro compromiso, a la que el tapo contestó con un vago gruñido.

—Bien —dijo Tuanko mirando al reloj de la sala—. Son las ocho y media, tenemos el tiempo justo para comer y enfilear el túnel. Los cálculos de los tiempos se han efectuado tomando como referencia la medianoche. No podemos retrasarnos, ni tampoco adelantarnos.

Una hora más tarde el “Coimbra” soltaba la amarra que le mantenía sujeto a tierra, se elevaba verticalmente sobre el desierto cosmódromo y ponía en marcha sus reactores. Dos gruesos rayos de luz, de color amarillo brillante, salieron proyectados por sus toberas

de popa. La poderosa aeronave, de trescientos metros de longitud, salió hacia adelante con un suave tirón. Unos cincuenta kilómetros más lejos el “Coimbra” se detenía sobre la vertical de uno de los túneles que atravesaban todo el espesor de la corteza del planetillo hasta la superficie. El crucero inclinó la proa, levantó la popa y quedó en posición vertical apuntando directamente el círculo de balizas rojas en el suelo.

Tras un minuto de inmovilidad, la aeronave se dejó caer como un dardo y desapareció en las negruras del pozo.

CAPÍTULO II

Llamada a través de unos altavoces, el resto de la tripulación aulló. La tripulación del “Coimbra” estaba formada por ocho hombres y cinco mujeres. La misión de la aeronave era puramente pacífica y se había preferido llevar una tripulación reducida pero selecta.

Algo parecido había ocurrido con el equipo científico que iba a participar en la exploración del hiperplaneta. La máxima autoridad científica estaba representada en el doctor Fidel Aznar, hermano del Almirante Mayor. Le seguían en notoriedad el profesor Mario Valera, astrofísico; Gerardo Castillo, antropólogo y arqueólogo; José Ferrer, ingeniero industrial; Alejandro Aznar, padre de Tuanko, radioastrónomo y matemático; Anita Setúbal, botánico; Nuria Ross, psiquiatra y sociólogo; y Paulina Elorza, zoólogo. En total tres mujeres y cinco hombres.

Ninguno de los componentes del equipo científico se encontraba a bordo al zarpar el “Coimbra”. Todos ellos fueron desmaterializados pocas horas antes en Ciberburgo, la ciudad de la electrónica en el planetillo Valera. Desde Ciberburgo, una Karendón Traslador remitió por radio todos los datos relativos a la cinta perforada (“vetatom”) obtenida de la desmaterialización del grupo. A bordo del “Coimbra”, otra Karendón T. acumuló los datos y compuso un segundo “vetatom”, idéntico al de Ciberburgo. De este modo había dos cintas perforadas iguales, una que iba a quedarse guardada en Ciberburgo, y otra que iba a viajar con el “Coimbra”. Si la astronave lograba entrar en el hiperplaneta, el “vetatom” de a bordo se utilizaría para hacer llegar a los científicos. Si la astronave sufría algún percance y la tentativa fracasaba, el equipo de científicos siempre podría ser recuperado en la Karendón de Ciberburgo.

No era éste el caso de los astronautas del “Coimbra”. Individualmente todos tenían su “vetatom” particular en Valera, generalmente obtenido a la edad de diecisiete o dieciocho años. Pero una condición previa para que una Karendón pudiera reconstruir una persona, era que esta persona se encontrara desmaterializada. Es decir, si el “Coimbra” se estrellaba contra un obstáculo, o sus tripulantes eran sorprendidos en el momento que la aeronave traspasaba la barrera de la luz, o morían por cualquier otro accidente, ninguna Karendón del mundo sería capaz de devolverles la vida.

Faltando todavía siete horas para alcanzar la velocidad de la luz, Tuanko Aznar decidió desmaterializar a la tripulación.

—¿Por qué, si todavía tenemos mucho tiempo? —preguntó Belén Izquiaola.

—No veo necesidad de esperar hasta última hora. El barco va bien arrumbado y todo sucederá como está programado sin que nosotros tengamos que intervenir. Francamente, no me merecen mucha confianza los cálculos de nuestros matemáticos. Con un monstruo como ese hiperplaneta allí delante, hasta nuestra computadora puede ser inducida a error —Tuanko apretó los labios y los desplegó de nuevo para decir—: ¡Además, qué caramba! Empiezo a ponerme nervioso.

Izquiaola le lanzó una mirada de curiosidad, pero nada dijo. Tuanko fue hasta el punto del piloto para asegurarse de que todo estaba en orden. En ausencia de la tripulación humana, la computadora llevaría a cabo el programa de vuelo según las instrucciones previamente almacenadas en su memoria.

—Tomen sus escafandras y diríjanse a la Karendón —ordenó tocando en el hombro al piloto.

La tripulación abandonó sin prisas y ordenadamente la cámara de derrota, siendo los últimos en hacerlo Tuanko y la comandante Izquiaola. En la cámara las luces quedaron encendidas y todos los aparatos funcionando con normalidad.

Saliendo de la cámara de derrota y cruzando el corredor estaba, frente por frente, la sala de la Karendón Traslator. Entre los varios usos de las Karendón, el menos espectacular era sin duda su aplicación como vía de salvamento para abandonar el buque en situación de peligro. Antiguamente el abandono de una aeronave en

pleno combate se hacía por la vía ordinaria embarcando la tripulación en aerobotes, con lo cual se perdían muchas vidas.

Con las Karendón Traslator una tripulación de sesenta hombres podía abandonar el buque en diez minutos, y en otros diez minutos se encontraban a salvo a cien millones de kilómetros, restituidos por otra Karendón en algún lugar de Valera.

Las unidades en misión de patrulla no tenían que regresar cada dos o tres meses para efectuar el relevo de las tripulaciones. Desde cualquier distancia, las Karendón Traslator llevaban y traían tripulaciones con la facilidad y rapidez de un telegrama, haciendo más cortos los períodos de estancia a bordo y más frecuentes los relevos.

Los valeranos, que comenzaron utilizando máquinas Karendón para una sola persona, pronto las construyeron del tipo llamado “colectivas”; es decir, lo suficientemente grandes para desmaterializar grupos enteros de personas.

La Karendón Traslator instalada a bordo de los cruceros “Stelar” era del tipo medio, capaz para desmaterializar de una sola vez hasta veinticinco personas con un equipaje no muy voluminoso, o igual número de soldados con armaduras de vacío y armas ligeras.

La reducida tripulación del “Coimbra” ya se encontraba dentro de la cámara cuando Tuanko y la comandante Izquiaola entraron en la habitación. Marek estaba ante el cuadro de mando de la máquina y se reunió con Tuanko e Izquiaola.

—Se disparará en tres minutos —anunció.

Marek Aznar, oficial de máquinas, era técnico nuclear y especialista en Karendones.

La cámara era a modo de una caja grande totalmente cerrada a excepción de uno de los lados. Cubriendo el lado abierto y retirada unos sesenta centímetros de los bordes de la caja, se levantaba una gruesa pantalla de porcelana. Tanto la pantalla como el resto de la cámara estaban interiormente revestidos de cristal.

Deslizándose por el hueco que quedaba entre la pantalla y los bordes de la caja, los tres oficiales se introdujeron en la cámara donde esperaba el resto de la tripulación.

—Ojalá todo salga bien —dijo Belén Izquiaola, rompiendo el silencio de la espera.

—No tiene por qué preocuparse —contestó Marek—. Si el buque

se estrella seremos rescatados en Valera dentro de dos días.

—No es eso lo que me preocupa —dijo Izquiaola secamente.

Utilizando sus facultades paragnósticas, Tuanko acababa de sintonizar con el pensamiento de Izquiaola. Vio entonces que la joven decía la verdad, no era por su vida por quien temía. El rescate de la tripulación estaba asegurado gracias al milagro de la Karendón.

Izquiaola se preocupaba por el éxito de la expedición y entendía por un buen final el regreso a Valera después de vivir mil aventuras emocionantes, en la cual repetidamente se habría puesto de manifiesto su valor y su competencia profesional. Se veía Izquiaola tomando tierra en el cosmódromo de San Telmo, recibida apoteósicamente por una multitud entusiasmada, asediada por las cámaras de la televisión, cansada pero feliz, haciendo declaraciones ante los micrófonos...

En realidad el aspecto científico de la expedición tenía sin cuidado a Izquiaola. Todo lo que se descubriera en el hiperplaneta no tenía más importancia que la de resaltar su actuación personal, que sería tanto más meritoria cuanto mayores hubiesen sido las dificultades y los peligros.

Curiosamente, en los sueños de Izquiaola no aparecían ni el doctor Fidel Aznar, ni el profesor Valera, ni ninguno de los científicos que por pura lógica serían los más indicados para relatar los descubrimientos realizados. ¿Pensaba la ambiciosa mujer regresar sola?

Tuanko tendría que habérselo preguntado para saberlo. No iba a poder hacerlo, pues en este momento eran sorprendidos por el relámpago de la desmaterialización.

Se decía, y parecía ser cierto, que el alma humana, liberada en forma de energía pura en el fenómeno de la desmaterialización, iba a residir en una dimensión misteriosa, que los viejos bartpuranos solían llamar “dimensión temporal”, por diferenciarla de aquel otro lugar donde las almas pasaban a perpetuidad tras haberse elevado de condición después de sucesivas transmigraciones.

Como quiera que fuese, el alma no guardaba recuerdo de su permanencia en la “dimensión temporal”. El alma, por ser eterna, no tenía noción del tiempo. De aquí que los humanos, al regresar después de una desmaterialización, confundieran el relámpago de

su destrucción con el relámpago de su reintegración.

Los tripulantes del “Coimbra” conocían esta circunstancia y se miraron unos a otros a continuación del relámpago. ¿Estaban en el “Coimbra”? ¿Estaban en Valera? Todas las Karendón eran exactamente iguales. Ésta era una condición indispensable que siempre movía a confundirse a los ocupantes de la cámara.

Tuanko Aznar se dirigió rápidamente hacia la salida, sacó la cabeza por el hueco de la pantalla y vio que estaba en la misma habitación. Sobre la puerta vio el cartelón en letras de bronce: “Coimbra”. Respiró aliviado.

—¡Salgan, muchachos, estamos en nuestro barco! —exclamó.

Salieron empujándose unos a otros por ambos lados de la pantalla de porcelana, amontonándose en la puerta de la sala, cruzando el pasillo y entrando en la cámara de derrota.

En la cámara de derrota todo estaba igual que lo dejaron. Las luces seguían encendidas, las agujas se movían en las esferas de los aparatos de control y los carretes de cinta magnética giraban en los armarios de vídeo. Tuanko levantó los ojos hacia las grandes pantallas trapeciales de televisión que cubrían las paredes inclinadas de la cámara de derrota hasta unirse con los bordes de otra pantalla en el techo.

Casi toda la pantalla de babor estaba ocupada por un segmento amarillo de intensa luminosidad, de cuyo borde se elevaban altísimas llamas.

—¡El sol! —exclamó a espaldas de Tuanko una voz.

Tuanko se volvió hacia Belén Izquiaola y Marek Aznar, que estaban tras él con los demás miembros de la tripulación, todos contemplando boquiabiertos aquella pequeña parte de un astro que debía ser muchas veces mayor.

—No cabe duda, es un sol —dijo Tuanko emocionado—. ¡Estamos en el interior del hiperplaneta!

—Sabía que lo lograríamos, ¡lo sabía! —exclamó Marek frotándose las manos—. Hay que traer al abuelo Fidel.

Tuanko se dirigió a la tripulación:

—Muchachos, ocupen sus puestos. Nuestros científicos querrán conocer algunos datos sobre los que trabajar cuando regresen. —Se volvió hacia Marek—. De acuerdo, ve por ellos.

Marek salió rápidamente de la cámara de derrota para cruzar el

corredor hasta la sala de la Karendón Traslator. Arrollada al gran tambor estaba la cinta perforada o “vetatom” del equipo científico. Marek se dirigió al banco de instrumentos.

A pesar del tiempo que llevaba trabajando en las máquinas Karendón, Marek jamás dejaba de maravillarse cuando las veía en acción. Las Karendón eran el invento más revolucionario de todo lo realizado por la mente humana, y no eran producto de la tecnología terrícola. Los valeranos, al descubrir el circumplaneta Atolón, encontraron a los últimos supervivientes de la raza bartpur y sus fabulosas Karendón.

La Karendón, en la desmaterialización, rompía la materia y simultáneamente analizaba los componentes atómicos, anotando su posición sobre unas coordenadas. Cada dato relativo a la composición y localización de cada átomo destruido era traducido a un código de perforaciones sobre una delgada cinta metálica. Cuando esta cinta (“vetatom”) estaba destinada a ser almacenada por un largo período de tiempo, solía hacerse de oro, por su inatacabilidad a la corrosión.

En la restitución, la Karendón operaba a la inversa. Una computadora interpretaba el código de perforaciones del “vetatom”, e instruía a la máquina acerca del número y composición de cada átomo que iba a reconstruir. La Karendón era una máquina convertidora de energía en materia. En una sola y potentísima descarga, la máquina ponía en cada lugar su infinitesimal partícula, y la persona quedaba restituida a su forma original.

Bastaba considerar que las Karendón podían hacer lo mismo con animales, plantas y cosas, para comprender hasta qué punto las Karendón revolucionaron la industria. Como un mítico Cuerno de la Abundancia, las Karendón proveían al hombre de todo. ¡Y sólo exigían una fuente abundante de energía para funcionar incansablemente!

Con suavidad y energía Marek Aznar pulsó el botón de la puerta en marcha. Los engranajes de la cabeza lectora tiraron de la cinta perforada, haciéndola deslizar rápidamente por la ranura. Poco después cesaba el piñoneo del engranaje y se dejaba oír un poderoso zumbido, como de miles de voltios cargando enormes bobinas. Con velocidad eléctrica la computadora daba a la máquina instrucciones precisas para la operación.

De repente cesó el zumbido, hubo una brevísima pausa, y en seguida brilló un vivísimo relámpago, parte de cuyo fulgor llegó indirectamente hasta el tenso rostro de Marek. Éste se movió rápidamente en dirección a la obertura que quedaba entre la pantalla de porcelana y los bordes de la cámara de restitución.

Al mismo tiempo que Marek asomaba la cabeza sacaba la suya el joven profesor Ferrer. Probablemente el ingeniero era víctima de la misma confusión por la que pasaron antes los astronautas del “Coimbra”; sencillamente, no sabía si estaban todavía en Ciberburgo, o a bordo de la aeronave o en otro lugar.

—¡Hola! —exclamó José Ferrer alegremente al reconocer a Marek—. Parece que estamos en el buen camino. ¿Es aquí un barco llamado el “Coimbra”?

—Aquí es —repuso Marek echándose a reír—. Ya pueden salir.

Salió Ferrer y detrás de éste fueron apareciendo Anita Setúbal, Gerardo Castillo, Nuria Ross, Paulina Elorza, Mario Valera, Alejandro Aznar y Adler Ban Aldrik. Desmaterializados en Ciberburgo horas antes de zarpar el crucero, los científicos ignoraban todo lo sucedido después.

—¿Estamos en el interior del hiperplaneta? —preguntó el profesor Valera.

—Sí.

—¡Lo hemos conseguido! ¿Cuáles son las condiciones ambientales de este mundo?

—De momento lo único que hemos constatado es la existencia de un sol interior. No tuvimos tiempo de averiguar más en los minutos que llevamos aquí —dijo Marek.

—¡Magnífico! —exclamó Valera—. Vamos a verlo.

El grupo se puso en movimiento hacia la salida, cruzando el corredor y entrando en la cámara de derrota. Como si las prisas no fueran con él, Adler Ban Aldrik andaba rezagado en compañía de Marek.

Adler Ban Aldrik, cuyo nombre cristiano era Fidel Aznar, era bisabuelo de Marek. No hacía mucho, Adler Ban Aldrik había dado el “salto atrás” retornando a sus jóvenes años. Alto, de más de dos metros de estatura, llamaba poderosamente la atención por el gran tamaño de su cabeza. Mestizo de terrícola y madre bartpurana, en Adler Ban Aldrik se hallaban reunidas las cualidades más

sobresalientes de ambas razas. Educado en la secta de los “monjes” bundo, Adler Ban Aldrik poseía facultades paragnósticas extraordinarias.

Fidel Aznar tenía tan agudizadas las facultades extrasensoriales, que incluso en mitad de la agitación del momento percibió el disgusto de su bisnieto.

—¿Todo va bien, Marek? —preguntó mientras cruzaban el corredor.

Marek se sobresaltó.

—Claro que sí, todo va bien —dijo.

—¿Qué es lo que te entristece entonces?

Marek hizo un gesto ambiguo.

—No tiene importancia. Yo era el segundo de Tuanko hasta que en el último momento se presentó una advenediza y me quitó el puesto. Es la hija del Presidente Izquiaola, no te digo más.

Adler Ban Aldrik no hizo ningún comentario. Con frecuencia en sus relaciones con la familia aparecía como un hombre frío, distanciado e inhibido de los pequeños problemas de sus parientes. Luego, inesperadamente, solía sorprender a todos con algún rasgo de afectuoso interés.

Aunque le habría gustado escuchar alguna palabra de consuelo de su bisabuelo, Marek le disculpó en razón de la trascendencia del momento que estaban viviendo. Adler Ban Aldrik era un científico nato, y nada podía interesarle más en este instante que el hiperplaneta...

¡Dichoso hiperplaneta! Marek venía oyendo hablar de él desde el día que fue restituido en una Karendón en el acantonamiento de la Armada Sideral en San Telmo. Paso a paso, Marek pudo seguir de cerca todo el proceso que habría de desembocar en la expedición en que él también tomaría parte. Adler Ban Aldrik fue el primero en sugerir la idea de un gran planeta hueco, en cuyo interior brillaría una estrella varias veces mayor que el sol terrícola. A una escala infinitamente mayor, sería como una reproducción del propio autoplaneta de los valeranos, como un segundo planeta Redención^[1].

La primera consideración que se deducía de las proporciones del hiperplaneta, era la imposibilidad de que el terrícola pusiera su planta sobre él. La masa del hiperplaneta era del orden de

novecientas mil cuatrillones veces mayor que la Tierra. Ni los hombres, ni sus más poderosas aeronaves, podrían jamás posarse sobre la superficie de aquel mundo gigantesco sin ser pulverizados por la tremenda fuerza de gravedad.

Otra cosa distinta sería si los valeranos pudieran entrar en el interior hueco. Para una esfera hueca existía una fórmula mágica que permitiría al hombre sobrevivir. La corteza del hiperplaneta bajo los pies del explorador generaría todavía una fuerza de gravedad enorme. No obstante, el resto de la masa de la esfera también debería tenerse en cuenta. Esta masa, aunque lejana, era varias veces mayor que la masa que estaba bajo los pies de los exploradores, y formando a modo de una enorme cúpula por encima de sus cabezas, tiraría de ellos contrarrestando la fuerza que tiraba de ellos hacia abajo. El resultado sería que unas fuerzas de gravedad anularían a las otras, y el explorador o los exploradores que logran llegar hasta allí ¡no pesarían nada!

Salvado el problema de la supervivencia en el interior de la esfera, sólo quedaba por resolver la forma de llegar hasta allí. Contando que se calculaba el espesor de la corteza en más o menos setenta millones de kilómetros, y era imposible detenerse en su superficie para buscar un paso hasta el interior, la única posibilidad consistía en utilizar el conocido fenómeno de expansión molecular, que se producía cuando un móvil aceleraba hasta alcanzar una velocidad superior a la luz.

Pasando la velocidad de la luz, cosa que sólo era posible impulsando el móvil por medios electromagnéticos, aquél entraba en una fase de expansión rápida. Las partículas subatómicas se hacían más pesadas y cambiaban el plano de su órbita alrededor del núcleo. Cada partícula aumentaba la distancia, y cada átomo se separaba del contiguo sin llegar a perder su cohesión. Todo el móvil entraba a participar de esta metamorfosis y la aeronave se hacía enormemente grande. Convertida en una nube invisible de partículas de alta energía, era atravesada en su ruta por planetas y astros sin que el choque le afectara lo más mínimo. Transformada en una gigantesca nube el planetillo Valera había atravesado el hiperplaneta logrando fotografiar el sol que ardía en su interior.

Al frenar y descender a una velocidad sub-lumínica se repetía a la inversa el fenómeno. Las moléculas volvían a su lugar y la

aeronave recobraba su tamaño natural. Así fue cómo el “Coimbra” pudo pasar a través de una pared de setenta millones de kilómetros de espesor hasta el interior del hiperplaneta.

CAPÍTULO III

En “Coimbra” iba a una velocidad de 450.000 kilómetros por segundo completamente, habiendo recorrido en el mismo tiempo diez mil ciento veinticinco millones de kilómetros. Esta distancia, según se demostró, era superior al diámetro interior del hiperplaneta. Es decir, de haber volado siempre en línea recta, el buque habría ido a estrellarse contra el suelo, cosa que no iba a ocurrir, puesto que los astronautas tenían la facultad de poder alterar el rumbo.

La tripulación había regresado al “Coimbra” cuando éste volaba a 275.000 kilómetros por segundo. En ese momento los astronautas se movían bajo los conocidos efectos de la enlentización del tiempo. Mientras fuera de la astronave una hora tenía sesenta minutos, a 275.000 kilómetros por segundo la hora a bordo sólo tenía ¡cinco minutos! Considerando la variación de los tiempos con la disminución de la velocidad, las doce horas y media que la aeronave iba a emplear para desacelerar hasta detenerse, se reducían a ¡treinta minutos!

Tuanko Aznar conocía bien el fenómeno y sabía que mientras él pensaba una orden, mientras la daba y mientras ésta era ejecutada, el tiempo pasaba vertiginosamente fuera del buque y éste devoraba distancias de millones de kilómetros. Pese a todo, Tuanko pudo calcular el desarrollo de una parábola que debería llevarle a poca distancia de tierra cuando la aeronave volara a sólo diez kilómetros por segundo; o sea, 36.000 kilómetros a la hora.

Después de media hora de tensión, Tuanko Aznar tenía la situación bajo control. Sentado en la butaca negra, en el puente de mando, ahora podía ver en las grandes pantallas de televisión, a su alrededor y sobre su cabeza, una dilatada panorámica del nuevo mundo que se deslizaba bajo la aeronave.

Belén Izquiaola subió la escalerilla del puente y vino a situarse a

espaldas de Tuanko.

—Parece que hemos hecho un gran descubrimiento —dijo Belén con un timbre de gozo en la voz—. Ahí tenemos un océano inmenso, cien veces mayor por sí solo que toda la superficie de la Tierra. No sólo hay agua, el espectroscopio acaba de confirmar la existencia de clorofila. La atmósfera es rica en oxígeno y nitrógeno; es decir, podremos respirar libremente en ella si nos respetan las bacterias.

Tuanko arrugó el ceño, sorprendido de que a su segundo se le ocurriera pensar en cosa tan nimia como aquellos organismos diminutos llamados bacterias. Las bacterias nunca habían sido impedimento para que el terrícola pudiera posar su planta sobre los mundos que iba descubriendo. Abría la boca para responder cuando fue interrumpido por un altavoz:

—Oficial de transmisiones a Comandante. Estoy sintonizando una emisión de radio en lengua desconocida.

Tuanko pegó un salto en la butaca. Desdeñando el micrófono que colgaba de la “jirafa”, al alcance de su mano, gritó de viva voz:

—¡Garín! ¿Qué demonios es eso?

—Escúchalo, ahí te lo mando —respondió el teniente Garín desde su consola.

En la sala habían estallado los comentarios. Todos hablaban a la vez con gran excitación. A través del amplificador se escuchó una voz extraña. ¡Una voz humana! Tuanko sintió recorrerle la espalda un estremecimiento. ¿Estaba habitado el hiperplaneta?

La posibilidad de encontrar alguna forma de vida en el hiperplaneta había sido tenida en cuenta también, aunque sin insistir mucho en ella.

Bruscamente Tuanko se puso en pie y abandonó el puente bajando la breve escalerilla alfombrada. Desde diversos puntos de la sala acudían los científicos para formar un corro alrededor de la consola del teniente Garín.

La audición había empezado siendo aceptablemente buena y se estaba deteriorando por momentos. Después de escuchar atentamente, con el oído pegado al altavoz, Nuria Ross levantó el rostro para decir algo que todos sabían:

—No es ningún idioma que nosotros conozcamos.

La mirada de Tuanko se encontró con la de su padre, Alejandro

Aznar. En los ojos del científico brillaba el interés.

—¿Qué te sugiere esa voz? —le preguntó Tuanko.

—El hiperplaneta está habitado, eso es obvio.

—¿Habitado por quiénes? ¿Son seres como nosotros?

—De momento sólo sabemos que hablan como nosotros.

—¡Son seres inteligentes!

—¡Hombre, Tuanko! —exclamó sarcástico el profesor José Ferrer—. Eso es evidente. Tan evidente como que su civilización ha alcanzado cierto nivel tecnológico. No olvidemos que les estamos escuchando por la radio. Tal vez conozcan también la televisión y la fisión nuclear.

Los científicos se miraron unos a otros. Tuanko se inclinó sobre el teniente Garín.

—¿Hemos comprobado si hay señales de televisión?

—No —contestó Garín—. Ni se me había ocurrido. La verdad sea dicha, tampoco esperaba encontrar nada en la radio. Pero probé y salió esa voz. Debe venir de muy lejos, la estamos perdiendo.

—¿Será porque estamos volando en dirección contraria a su lugar de procedencia? —sugirió Ferrer.

—Podremos saberlo con la antena direccional —dijo Garín.

Tuanko, que era muy alto, atisbó por encima de las cabezas más próximas buscando con la mirada a Marek. Le vio en la última fila del corro y se abrió paso acercándose a él.

—Quiero que me prestes un servicio, Marek. Ve a encender el detector de neutrinos. Si hay reactores nucleares funcionando en alguna parte de este planeta, el detector nos dirá dónde está.

Tuanko hablaba en un tono de seguridad absoluta, justificada por una realidad largamente contrastada. Todas las pilas atómicas del mundo participaban de un defecto común inevitable. Durante el proceso de fusión de la materia liberaban una cantidad apreciable de neutrinos. Las estrellas como el Sol, en las que se realizaba una reacción nuclear incesante, también producían neutrinos.

Los neutrinos podían describirse como la nada en movimiento. Apenas tenían masa y carecían de carga eléctrica. Viajaban a la velocidad de la luz, y tenían tal poder de penetración, que una muralla de plomo, de un espesor de un millón de años luz, no bastaba para detenerlos. Por ello era imposible ocultarlos, y denunciaban siempre la presencia de un reactor en funcionamiento

por muy lejos y escondido que estuviera.

Belén Izquiaola, que había abandonado el puente a continuación de Tuanko, se había reunido con los científicos e interrogaba al profesor Castillo.

—Si hay gentes en este planeta, ¿cómo pueden ser? ¿Cuál será su aspecto?

—Tal vez no sean muy distintos de nosotros en lo esencial, aunque difieran bastante en lo accesorio —respondió Castillo.

—¿Qué entiende usted por esencial y qué por accesorio?

Castillo se rascó el cogote, como un hombre puesto en impensado apuro. No era ciencia lo que faltaba al profesor, sencillamente no estaba preparado para una rápida respuesta. Pero lo intentó.

—Verá usted, la naturaleza no suele hacer las cosas de cualquier manera. Puede dar varias soluciones a un problema, pero casi seguro la solución que adopte será la más eficaz y sencilla. Si nos ponemos nosotros mismos como ejemplo, vemos que el terrícola no es producto de la casualidad. Su estatura, su sangre, los órganos de la vista y el oído, su aparato respiratorio y el digestivo, están condicionados por la fuerza de gravedad de su planeta, por la diversidad de climas, por la luz del sol, la densidad y composición de la atmósfera y las plantas que le sirven de alimento. Es decir, hay muchas probabilidades de que, a condiciones ambientales parecidas, la naturaleza haya adoptado soluciones semejantes. Esto no nos dice de antemano cuál vaya a ser el aspecto de los habitantes del hiperplaneta. Sólo nos permite anticipar que aquí viven seres de una inteligencia superior, que se comunican entre sí y desarrollan una vida en sociedad. Seres que tienen ojos para captar la luz, que respiran oxígeno y se alimentan de plantas verdes.

—Lo que usted describe es exactamente un ser humano —dijo Belén Izquiaola.

—Pero un humano no tiene que tener necesariamente el mismo aspecto que nosotros —hizo notar Tuanko, que estaba escuchando.

La capitana Izquiaola quedó perpleja, como no convencida del todo, momento que Tuanko aprovechó para preguntar al teniente Garín si mejoraba la recepción de radio.

—Estoy utilizando la antena direccional —dijo Garín—. Percibo las señales más claras, pero pronto las perderemos. Nos estamos

alejando de esa emisora.

—¿Has fijado la dirección?

—Aproximadamente queda en la demora uno tres seis.

Tuanko fue a ordenar al piloto que variara el rumbo al uno tres seis.

—Vamos a reducir la velocidad también. Frena hasta dejarla en veinte mil kilómetros por hora.

El piloto, que era el teniente Gasso, se inclinó sobre el teclado que tenía ante sí introduciendo en la computadora los datos relativos al cambio de rumbo y variación de la velocidad.

En los cruceros de combate valeranos ninguna operación era confiada al hombre. Todas las maniobras se realizaban a través de una computadora, cuya rapidez de cálculo y capacidad de decisión eran muy superiores a la del cerebro humano.

Apenas acababa el buque de alterar el rumbo cuando Marek anunció:

—¡Atención, neutrinos!

Tuanko acudió rápidamente junto a su sobrino. Se acercaron también el profesor Valera, Alejandro Aznar y José Ferrer. No era que hubiera mucho que ver. Los neutrinos, al golpear la pantalla, se hacían visibles sobre el cristal negro como un chorro de diminutas estrellas, o como las partículas incandescentes que la muela abrasiva arrancaba de una herramienta.

—¿Una aeronave? —murmuró el profesor Ferrer.

Debido a la alta penetración de los neutrinos, era imposible determinar la distancia a su fuente de origen. Esto sólo podía hacerse por triangulación, utilizando simultáneamente dos o más detectores situados a cierta distancia uno de otro, mejor cuanto mayor fuera la separación. El detector del “Coimbra” no podía medir ni aproximadamente la distancia al origen de los neutrinos, pero sí podía fijar su dirección, y esto con mucha exactitud.

Cerca del borde inferior de la pantalla aparecía una marcación en cifras formadas por diodos luminiscentes. El origen de la emisión de neutrinos estaba en el rumbo del buque, ligeramente desviado a estribor. Tuanko preguntó al teniente Garín cuál era la nueva marcación de la antena direccional después de efectuada la maniobra. Por muy poca diferencia la dirección de los neutrinos coincidía con las señales de radio. El detector de neutrinos era en

este caso más fiable que la antena direccional. Tuanko decidió trasladar los datos a la computadora.

Unos segundos más tarde tenía la respuesta en la pantalla.

—La medida del ángulo de incidencia nos da una distancia de cincuenta y tres mil kilómetros, pero como volamos a cincuenta mil kilómetros de altura, la distancia a la vertical de ese punto es de sólo dieciocho mil kilómetros. Los serviolas no han detectado ninguna aeronave.

—Tal vez se trate de una pila atómica situada en tierra. Si la gente de este planeta tuviera una flota de aeronaves movidas por la energía nuclear, veríamos neutrinos cruzando por todas partes. Pero no los hemos detectado —observó Alejandro.

—Tampoco hemos buscado —respondió Marek.

—Hazlo —dijo Tuanko—. Explora todo el entorno. Si esta gente utiliza la energía nuclear, aunque sea en forma de pilas rudimentarias, debe haber otros reactores funcionando en todo el hiperplaneta.

—No es cosa mía, pero, ¿no volamos demasiado altos? —dijo Alejandro Aznar—. A veinte mil kilómetros por hora recorreremos cinco kilómetros y medio en un segundo. Suponiendo que hubiera allí una ciudad de mediano tamaño sólo permaneceríamos sobre ella un segundo; es decir, apenas el tiempo necesario para tomar una fotografía.

—Si hay una ciudad la veremos por el telescopio mucho antes de volar sobre ella. Veamos qué nos dice el radar de tierra.

Se acercaron a la consola del radarista, sargento Eced, el cual tenía ante sí una pantalla de algo más de un metro de ancho, de cristal negro.

—¿Alguna novedad, Eced? —preguntó Tuanko poniéndole una mano sobre el hombro. Los tapos se tuteaban siempre, cualquiera que fuese la diferencia de grado.

Eced, que era tapo, señaló a la pantalla.

—Hay mucha actividad allá abajo. Esa mancha podría ser una ciudad.

—¿Dónde? —inquirió Alejandro Aznar lleno de interés.

Eced le mostró una gran zona que brillaba con mayor luminosidad.

—¿Lo ve? Eso es el mar y eso tierra firme. Observe esa mancha

de puntos en la costa.

—Sí, veo que hay allí como un gran golfo.

—Debe haber muchos objetos reflectantes en ese lugar, como máquinas y estructuras metálicas. También los hay esparcidos más lejos; eso podrían ser trenes, automóviles o aeronaves moviéndose por todo el territorio, incluso en el mar. ¿Ve esos pequeños destellos en el mar?

Alejandro Aznar se enderezó mirando a su hijo.

—Tuanko, ¿por qué no utilizamos ya el telescopio? Este muchacho cree que allí hay una gran ciudad.

—Pues si está allí vamos a verla en seguida —dijo Tuanko volviéndose—. ¡Teniente Tarrago, preparen el telescopio electrónico y apúntenlo a la marcación que les dará Marek!

Marek estaba haciendo señas a Tuanko para que se acercara.

—¿Más focos de neutrinos, Marek?

—Sí, así es.

—¿Cuántos?

—El planeta es muy grande, ya lo sabes. Ni en un mes se podría explorar todo. Además, es posible que la mayor parte esté deshabitada.

—Para terminar pronto, ¿cuántos reactores has contado?

—Siete, todos alrededor del primero. Bueno, al decir alrededor quiero decir a distancias no mayores de mil kilómetros. No estamos ante una potencia nuclear, la mayoría de esos reactores deben ser de planta fija.

Tuanko vio que su sobrino estaba aburrido de contar reactores.

—Sienta a otro en tu lugar y confeccionad un mapa con la posición de todos los reactores que se vayan localizando. Vamos a echarle una ojeada a esa ciudad.

Todo el equipo científico había ido a situarse de pie cerca del puente de mando, una plataforma octogonal de tres metros de diámetro y un metro de altura, que se levantaba con aspecto de púlpito en el centro geométrico de la sala. Las imágenes del telescopio iban a ser proyectadas mediante un circuito cerrado de televisión en una de las grandes pantallas rectangulares laterales, inclinadas 45 grados entre el muro y el techo.

El telescopio se puso a funcionar sin previo aviso. La primera imagen apareció en la pantalla. Tomada a vista de pájaro, era una

embarcación que navegaba rodeada de un cinturón de espuma sobre un mar levemente picada, de un intenso azul.

—¡Un barco! —exclamó alguien.

Hubo un rumor de voces, rápidamente acalladas por el amplificador

—Parece que nos hemos quedado cortos, vamos a rectificar.

—¡Esperen! —ordenó Tuanko—. Vamos a ver ese barco. ¿Pueden acercar más la imagen?

El telescopio, capaz de fotografiar una pelota de golf a cincuenta mil kilómetros de distancia, aproximó el barco hasta unos doscientos metros.

—Es suficiente por ahora —dijo Tuanko.

Llenos de emoción contemplaron aquella imagen que parecía arrancada de algún viejo grabado del siglo xx. El barco tenía una estructura baja, sobresaliendo poco del agua. Era tan bajo que las olas que levantaba en su marcha barrían la cubierta y se abalanzaban contra una larga protuberancia de la que sobresalía una torrecilla armada de un mástil y una antena de radar.

—Oigan, ese barco se parece bastante al nuestro —observó un astronauta.

—Es un submarino —dijo José Ferrer con voz estremecida de emoción.

Aunque contruidos para moverse en el espacio, los cruceros valeranos de la serie “Stelar” también podían navegar en inmersión como un submarino. Salvadas las diferencias podía decirse que el submarino se parecía al “Coimbra” en sus formas estrechas y alargadas. El “Coimbra” era tres veces mayor y tenía un perfil más anguloso; el submarino era más aerodinámico y también más pequeño. Debía medir alrededor de un centenar de metros de eslora y estaba pintado de color gris oscuro.

—¡Interesante, muy interesante! —exclamó José Ferrer.

—¿Qué tiene de interesante? —preguntó Belén Izquiaola, callada durante largo rato—. No es más que un barco antiguo.

—Es antiguo para nosotros, pero seguramente está al día en la técnica más avanzada de este mundo. Eso es lo que lo hace más interesante, saber que aquí se vive en un tiempo que se remonta por lo menos dos millones de años en nuestro pasado.

—¿Cómo estará propulsado ese barco? —murmuró Tuanko, casi

hablando consigo mismo. Una sospecha penetró en su mente. Llamó levantando la voz—. Frances, ¿por qué se equivocaron al apuntar el telescopio?

Respondió la capitana Frances por el altavoz:

—No hubo error, comandante. Eso fue lo que pensé, pero no. El telescopio está correctamente apuntado en la marcación que nos dio Marek.

—¿Quiere decir que es ahí donde funciona el reactor que descubrimos primero?

—Pues sí, eso parece. A menos que hayamos errado por doscientos o trescientos kilómetros, que también es posible. Ya sabe, a esta distancia un error de una décima de grado representa una diferencia de casi cien kilómetros sobre el objetivo.

—Luego es un barco propulsado por la energía nuclear —dijo José Ferrer—. Es lógico. Si conocen la fisión atómica, ¿por qué no utilizarla en sus barcos?

En este momento se registraba algún movimiento sobre la cubierta del submarino. En la protuberancia que recorría la mayor parte del lomo del barco acababan de abrirse una línea de tres o cuatro escotillas de gran tamaño.

—Parece que algo va a ocurrir —observó el profesor Castillo—. ¿No pueden aproximar un poco más la imagen?

Tuanko dio la orden y la imagen avanzó de un salto, dando la falsa impresión de que el barco subía al encuentro de los observadores. La imagen se estabilizó a unos veinte metros de altura, distancia desde la cual podía apreciarse incluso las líneas de remaches que unían las planchas metálicas del submarino. En primer plano se veía la antena giratoria del radar. Esta antena dejó de voltear repentinamente, se movió ligeramente al lado contrario y quedó quieta.

—Miren, la antena de su radar se ha parado —observó Belén Izquiaola.

Un poco más bajo que la antena se veían tres escotillas circulares abiertas a lo largo de la protuberancia en dirección a la proa.

Con el aliento contenido esperaban los espectadores ver aparecer a alguien por las escotillas, cuando lo que brotó de una de ellas fue una pufarada de vapor. Entonces hubo como una silenciosa

explosión, y un objeto alargado saltó en el aire envuelto en una enorme nube de humo y llamas. Fue tan veloz la salida, que desbordó el marco de la pantalla y quedó fuera de la visual antes que se pudieran adivinar sus formas.

—¡Un misil! —exclamó Tuanko—. ¡Pronto, Frances, retroceda para que lo veamos!

Antonia Frances comprendió perfectamente lo que quería el comandante. Quitando aumentos al telescopio la imagen del submarino empezó a empequeñecerse rápidamente, dando la impresión de que el “Coimbra” despegaba a gran velocidad. Instantes después entraba en la pantalla un objeto que volaba impulsado por un largo penacho de llamas.

Era un misil, un arma de apariencia tosca y primitiva impulsada por un motor cohete, provisto de timones y de cortas y retraídas alas, como un viejo avión reactor. Estaba pintado de rojo y amarillo, siendo perfectamente visible la cabeza explosiva y las líneas de remaches que unían sus planchas. Pese a lo rudimentario de su construcción, ofrecía una silueta esbelta, aerodinámica y bien proporcionada.

—Sí, es un misil, una bomba dirigida —dijo el profesor Ferrer, que era entre otras cosas un especialista en armamentos.

—¿Nos habrán descubierto y vendrá contra nosotros? —dijo Belén Izquiaola con expresión preocupada.

—¿Alcanzarnos ese chisme a cincuenta mil kilómetros de altura? ¡No, por Dios! —Ferrer se echó a reír—. Observen sus cortas alas y sus timones. No es un ingenio para moverse en el vacío fuera de la atmósfera, si no para atacar objetivos en tierra. Esos viejos artefactos se disparaban como balas de cañón, bien desde una rampa o desde un silo subterráneo, y se elevaban por sus propios medios impulsados por un motor cohete, hasta que al quemar todo el combustible se encontraban fuera de la atmósfera. A partir de ese punto y arrastrados por la fuerza de gravedad empezaban a perder altura. En la última etapa de la parábola, al reentrar en la atmósfera, se servían de la velocidad adquirida y de sus alas para prolongar el tiempo de permanencia en el aire, y llegaban planeando sobre el objetivo.

El grupo escuchaba atentamente las valiosas explicaciones del ingeniero, preguntando Nuria Ross:

—¿Y de qué tipo era el explosivo que llevaban?

—Bueno, en los primeros tiempos, antes de la bomba atómica, iban cargados de explosivos convencionales, lo que unido a su imprecisión los hacía poco temibles. Más tarde fueron mejorados y se les incorporó una cabeza nuclear.

—O sea, que ese misil puede ir cargado con una bomba nuclear.

—Seguramente, puesto que en este planeta ya utilizan la desintegración del átomo, incluso aplicada a la propulsión de barcos.

—¿Podría ir destinado ese misil a destruir una ciudad?

—¿Cómo quiere que lo sepa? —se encogió de hombros el ingeniero—. Podríamos calcular el punto donde caerá si además de la velocidad conociéramos su peso y el valor de la fuerza de gravedad del planeta.

Belén Izquiaola metió baza y dijo:

—No tenemos datos suficientes, así que tendremos que esperar a ver dónde cae.

—¡Oiga, ese siniestro artefacto lleva tal vez una bomba nuclear, y usted habla de esperar tranquilamente a ver dónde explota! —protestó Nuria Ross sofocadísima—. ¿No sería más humanitario derribarle e impedir que pueda causar daño?

Todas las miradas se apartaron de la pantalla fijándose en Tuanko. Mientras tanto, en la pantalla, el misil tomaba claramente una inclinación hacia la horizontal.

—¡Atención, han lanzado otro proyectil! —anunció el control de radar.

Tuanko se volvió hacia la capitana Frances.

—Prepárense para abrir fuego de batería. Afinen bien la puntería, no quiero dañar el barco.

—¡Espere, usted no hará eso! —protestó Izquiaola.

—¿Por qué no? —inquirió Tuanko con voz áspera.

—Preguntémonos en primer lugar qué derecho nos asiste a interferir en los asuntos domésticos de los habitantes de este planeta. Somos unos recién llegados, ni siquiera sabemos quiénes pelean ni por qué, ni en qué lado están los buenos y los malos. A lo mejor perjudicamos al bando que sostiene una causa justa.

Los científicos se miraron unos a otros con estupor.

—Señorita Izquiaola —dijo el profesor Valera—, su idea sobre el

bien y el mal debe ser muy primitiva. En una guerra todas las causas son justas, y en cada bando se suplica con igual fervor a Dios para que ayude. Los líderes de las naciones arengan a su pueblo con idéntico énfasis, y la masa ruge en ambas partes convencida de estar asistida de la razón. Nosotros no somos ni juez ni parte, no podemos juzgar ni condenar. Sólo sabemos que allí hay una ciudad habitada por seres inteligentes, y si nuestros temores se confirman, esa ciudad y cientos de miles de personas están condenados a ser destruidos por esos siniestros artefactos. ¿Quiere saber si nos es lícito intervenir? En mi opinión siempre es lícito tratar de salvar una vida. Más si, como en este caso, son miles de vidas las que están en peligro.

Congestionado el rostro, Izquiaola replicó:

—Yo no me creo Dios, ni juzgo ni condeno a nadie. No he sido yo quien ha disparado ese misil. Sólo digo que vamos a meternos en un lío y crearnos enemistades en este planeta antes de haberles visto la cara a sus habitantes.

—¿Y sólo por no malhumorar a una gente que no conoce dejaría usted que fueran aniquilados cientos de miles de personas? Dígame, ¿pensaría lo mismo usted si se encontrara entre las víctimas de esa ciudad?

Belén Izquiaola se mordió los labios sin contestar.

—Gasso, verifica el rumbo del número uno —ordenó Tuanko.

Tras una breve pausa Gasso anunció:

—Verificado, va derecho hacia esa ciudad.

—¿Alguien tomó el tiempo al número uno?

—Doscientos ochenta y tres segundos de vuelo, acelerando cinco metros por segundo. Velocidad actual, mil cuatrocientos quince metros por segundo. Distancia recorrida, ciento noventa y ocho kilómetros.

—Gracias.

En este momento y de forma súbita se apagaba el motor del misil.

—En ese punto ha alcanzado su altura máxima —anunció el profesor Ferrer—. A partir de ahí inicia su caída libre hacia el objetivo.

—¿A qué distancia se encuentra del objetivo, suponiendo que sea la ciudad? —preguntó Tuanko.

—A doscientos kilómetros —fue la respuesta.

—Vamos a disparar. Frances, ¿estás preparada?

—Sí, comandante.

—¡Derríbalos!

La capitana Frances pulsó un botón de su consola. Todas las miradas se volvieron hacia la gran pantalla mural. Allí el misil fue fugazmente atravesado por un haz de dardos como barras de oro. La respuesta fue instantánea, el misil desapareció en medio de un fogonazo. Toda la pantalla se volvió blanca, llenando de luz hasta el último rincón de la cámara de derrota.

En la gran pantalla de proa, enfocada al infinito, se encendieron en la lejanía dos globos de fuego, cuyo resplandor se confundió en uno solo.

El brutal fogonazo brilló con leve parpadeo un segundo y se extinguió súbitamente dejando a todos deslumbrados.

—Blancos destruidos —anunció la capitana Frances.

Se dejó oír un suspiro.

—Veamos si esos estúpidos se atreven a lanzar más proyectiles. Apunten ese telescopio al barco —ordenó Tuanko.

Accionado por un motor eléctrico el telescopio retornó a la posición anterior.

—El barco en el objetivo.

De nuevo convergieron las miradas en la pantalla lateral de televisión. Desde una altura aparente de mil metros se veía el submarino navegando entre nubes de espuma. Se apreciaba un empeoramiento general del tiempo. El mar estaba más picado y algunas ligeras nubes entorpecían momentáneamente la visión interponiéndose entre el telescopio y el barco.

—Se acerca un frente tormentoso, pronto dejaremos de verlo —anunció la alférez Vizmón, oficial meteorólogo, que seguía el desarrollo de la acción simultáneamente por el telescopio y su propia pantalla de radar.

Pillando por sorpresa a los observadores, un proyectil saltó del silo entre llamas y humo. Lento al principio fue cobrando velocidad rápidamente hasta salir del campo visual por el borde superior de la pantalla.

—¡Ahí va otro, Frances! ¡Destrúyelo! —ordenó Tuanko.

La joven astronauta pulsó el botón de disparo. En las dos

pantallas se encendió simultáneamente la potente luz atómica.

—Ese les ha estallado encima mismo del coco —observó un sargento controlador sentado allí cerca.

Tuanko empezó a temer por la suerte del barco, aunque no a causa de la deflagración atómica, sino por lo cerca que los rayos de “luz sólida” debían haber caído. Le pareció que tardaba mucho en apagarse aquel molesto resplandor. Luego la imagen volvió a la pantalla.

El submarino, al menos, parecía indemne. Pero la gran masa de aire desplazada por la deflagración le alcanzaba en este instante. El mar se embravecía, todo se hacía más oscuro y el barco saltaba como un juguete en la cresta de las gigantescas olas. La gran nube radiactiva que tapaba el sol, cubrió también el cielo interponiéndose ante el telescopio. El submarino se perdió en la niebla cada vez más densa.

—Quien siembra vientos, recoge tempestades —comentó allí cerca el sargento Ivar—. ¡Buena danza les espera con esa mar!

—No seas tonto Ivar —dijo el alférez Donato Cifre—. Es un submarino lo que llevan bajo los pies. Se sumergirán y encontrarán aguas más tranquilas en el fondo.

El diálogo entre sus hombres hizo reflexionar a Tuanko.

—Garín, ¿tienes todavía el barco en tu radar? —preguntó.

—Sí.

—¿No se ha sumergido?

—No debe haberlo hecho, pues lo veo todavía en la pantalla. ¡Atención, Comandante! Detecto algo que parecen aeronaves internándose en el mar desde tierra firme. Rumbo uno ocho cero, es decir, vuelan hacia el lugar donde se encuentra el barco.

—¿Missiles?

—No lo sé. Bueno, no lo parecen, vuelan demasiado despacio y a una velocidad constante, unos trescientos metros por segundo, o sea un “mack”.

—Deben ser los de la ciudad saliendo al encuentro del submarino —dijo Marek Aznar.

—Frances, ¿puedes apuntar el telescopio sobre esas aeronaves? —preguntó Tuanko.

—Es inútil, Comandante —respondió Frances—. Hay un enorme hongo radiactivo interponiéndose entre nosotros y esos aparatos.

Observa la pantalla.

Tuanko se volvió hacia la pantalla de estribor y vio en efecto una nube en forma de seta que se elevaba a seis o siete mil metros de altura cubriendo toda la zona.

—Marek —dijo a su sobrino—. Calcula un ángulo de descenso que nos lleve sobre el barco a velocidad cero.

—¿Quieres descender donde está el submarino?

—Su propia bomba parece haberles dañado tan gravemente que les impide sumergirse. Presiento que se verán en apuros cuando lleguen esas aeronaves.

—¡Pero nosotros no somos beligerantes, caramba! ¿Qué te propones, hacer de escudo entre el submarino y los que acuden a atacarle?

—Hemos salvado a la ciudad de una destrucción que parecía segura, ¿no es cierto? Ahora tenemos el deber de ayudar a los del barco para que todo quede en el medio justo.

Marek miró perplejo a su joven tío. Luego sonrió.

—Muy bien, Comandante. Lo que tú ordenes —dijo.

Y se dirigió a la consola del piloto.

CAPÍTULO IV

Desempeñando simultáneamente su velocidad de avance, el “Coimbra” efectuó vertiginosamente su maniobra. Ninguna máquina sometida a las leyes físicas de la inercia habría sido capaz de realizar una maniobra de este tipo sin quedar despedazada, ni su tripulación habría sobrevivido a una prueba tan brutal.

Las bruscas retenciones, las aceleraciones fulgurantes y los rápidos cambios de dirección de las aeronaves valeranas, sólo eran posible en razón de la presencia de los campos de fuerza gravitacionales, que actuaban sobre la aeronave y todo cuanto se encontraba a bordo de ella.

En ausencia de la gravedad terrestre, estos campos de fuerza mantenían a la tripulación con los pies en el suelo. En las aceleraciones y desaceleraciones bruscas impedían que los astronautas salieran despedidos como proyectiles contra los mamparos y el techo y, en todos los casos, dirigidas y dosificadas por una computadora, actuaban contrarrestando las terribles fuerzas de la inercia.

Pasando a través de la oscura nube radiactiva que cubría toda la zona, el “Coimbra” encontró a nivel del mar chubascos y fuertes vientos que levantaban grandes olas.

Cuando el “Coimbra” llegó abajo, las aeronaves que habían acudido desde tierra llevaban más de diez minutos atacando al submarino. El crucero sideral se dejó caer en el agua y se puso a navegar dirigido por radar hacia la posición del barco.

De momento el mal tiempo favorecía al submarino, pues los aviadores encontraban grandes dificultades para colocar sus bombas, viéndose obligados a volar a baja altura entre la oscuridad y la lluvia. Esta misma lluvia formaba una cortina opaca en las grandes pantallas murales de televisión de la cámara de derrota del

“Coimbra”, donde Marek Aznar y otros tres hombres de la tripulación acababan de equiparse con armaduras totales de vacío y “back”. Los compañeros de Marek eran el alférez Gasso y los sargentos controladores Ivar y Eced, todos tapos.

A través de la cortina gris de la lluvia, Tuanko Aznar alcanzó a ver algunos fogonazos anaranjados. Los altavoces de ambiente trajeron hasta la cámara el ruido sordo de dos estampidos. Los aviones estaban dando buena cuenta del barco, que podía navegar, aunque no sumergirse.

—¡Cuidado! —avisaron desde la consola del radarista—. El barco ha virado y viene sobre nosotros.

Una aeronave surgió bruscamente de la lluvia volando a la altura de la cresta de las olas en derechura hacia el “Coimbra”. En el borde de sus alas pestañeaba el rápido fuego de las ametralladoras y mientras venía sobre el crucero, disparó dos proyectiles cohete.

—¡Ese nos ha confundido con el submarino! —exclamó la capitana Izquiaola desde el puente.

Salido de la oscuridad, el avión se vio de pronto ante el crucero sideral. Con veinte metros de casco bajo el agua, el “Coimbra” alzaba todavía otros veinte metros de estructura sobre el mar, equivalente a la altura de un edificio de siete u ocho pisos. El avión venía muy rápido impulsado por su motor de reacción, y aunque el piloto intentó una maniobra en el último instante, fue a estrellarse contra el “Coimbra”, que se erguía ante él como una férrea muralla de trescientos metros de longitud.

Una llamarada estalló en la pantalla, al mismo tiempo que se escuchaba la explosión a través del micrófono exterior, pero el “Coimbra” ni se movió.

—¡Atención, ahí viene el barco!

Efectivamente, el sumergible estaba a la vista en la pantalla trapecial de proa. Apareciendo como un fantasma entre la oscuridad y la lluvia, avanzaba a toda máquina seguido de las bombas de los aviones, que levantaban altos surtidores a su alrededor. La torreta del barco había sido desplazada hacia atrás, dejando a la vista una pieza artillera de bocas múltiples que tronaba sin parar llenando el aire de trazaderas.

—¡Atención, nos va a abordar! —gritó Izquiaola desde el puente

—. ¡Viren! ¡Viren!

La orden tuvo que ser repetida antes de que el piloto escuchara a Izquiaola entre el estruendo de las bombas, el machaqueo de la artillería y el ensordecedor rugido de los motores de reacción que pasaban por encima de los dos barcos.

—¡Bajen el volumen de ese altavoz, maldición! —gritó Tuanko haciendo aspavientos.

El piloto actuó más bien por propio impulso virando a babor, pero el submarino viró a estribor suyo y pronto se vio que la colisión era inevitable.

—¡Nos va a abordar! —gritó Belén Izquiaola—. ¡Viren más!

El “Coimbra”, que aun siendo el más grande era el más maniobrero de los dos, viró casi en redondo. Pese a todo el submarino lo abordó de refilón por el costado de estribor. A través de la pantalla se vio al submarino inclinarse tanto que mostró toda su quilla. La enorme mole del “Coimbra” le arrastró un largo trecho mientras Izquiaola se desgañitaba en el puente gritando:

—¡Alto! ¡Alto, paren!

El submarino se movía pesadamente al compás de las olas. Había quedado tumbado del costado de estribor y no pudo recobrar la estabilidad.

—Id por el portón de estribor y salvad lo que podáis —ordenó Tuanko a su sobrino Marek.

El “Coimbra” se había detenido junto al inmóvil sumergible. Un avión reactor pasó rugiendo en vuelo bajo. El profesor Ferrer vino junto a Tuanko.

—¿Has visto esos aviones? —dijo el ingeniero—. ¡Son auténticos aeroplanos! Aviones reactores los llamaban.

—La gente de este planeta debe estar chiflada. Sólo un loco se arriesgaría a volar esos trastos. Yo no lo haría.

—La Humanidad hizo sus primeros pinitos en el aire volando en artefactos mucho más inseguros que esos reactores.

—Sí, claro. Como el loco de Ícaro, que tomó un puñado de plumas y las unió con cera construyéndose unas alas. Pero voló tan alto que el sol derretió la cera, se desbarató la tramoya y se dio el gran tortazo en tierra.

José Ferrer esbozó una sonrisa. Los aviones, después de alejarse, volvieron de nuevo y esta vez atacaron con fuego de cohetes al

“Coimbra”. El crucero era demasiado grande para que los aviones fallaran el blanco y los proyectiles estallaron por todas partes sobre la cubierta, aunque sin causar el menor daño. Pese a todo Tuanko se mostró preocupado.

—Si esos tontos siguen arrojándonos bombas van a conseguir entorpecer la labor de rescate de nuestros hombres —refunfuñó.

En efecto, Marek y sus compañeros iban a verse en dificultades. Aunque lo ignoraban en este momento, una nueva oleada de caza-bombarderos acababa de llegar para relevar a las anteriores escuadrillas, que ya habían gastado sus bombas y cohetes en el ataque al submarino y se retiraban hacia sus bases de tierra.

Para llegar antes al aerobote salvavidas, Marek, el alférez Gasso y los sargentos Ivar y Eced se dejaron deslizar por el tobogán hasta el hangar.

Los cruceros de combate de la serie “Stelar” se empezaron a construir poco antes que los valerosos conocieran las máquinas Karendón, antes, por lo tanto, de incorporar las fantásticas Traslator como equipo de sus aeronaves. Actualmente un buque sideral averiado e inutilizado era abandonado rápidamente, desmaterializando a la tripulación en la Karendón Traslator y materializándola a millones de kilómetros, en lugar seguro en su propia base. Pero en época anterior al advenimiento de las Karendón, los buques tenían que ser abandonados por el ortodoxo y poco brillante sistema de meter a la tripulación en unos cuantos aerobotes.

En medio de un combate, entre rayos perforantes de “luz sólida” y oleadas de torpedos robot cargados de explosivos nucleares, pocas eran las tripulaciones que lograban retornar a su base a ponerse a salvo alcanzando otra aeronave amiga.

Aunque los aerobotes habían caído en desuso, arrinconados por la probada eficacia de las Traslator, allí estaban todavía para cubrir una eventualidad que raramente se presentaba. Como en el caso presente, en que Marek tenía que salir a rescatar a los supervivientes del submarino.

Deslizándose por el tobogán, los cuatro astronautas fueron a caer por una escotilla dentro del aerobote. Se trataba de un aparato de doce metros de largo por cinco de envergadura, construido de plancha de “dedona” con una cubierta transparente de

“diamantina”, capaz para dieciséis viajeros y armado de dos pequeños cañones y cuatro proyectores de “luz sólida”, todo el armamento en proa. Estaba propulsado por un motor de “luz sólida” alimentado por una pila atómica. La forma del casco era la de una embarcación.

Apenas habían llegado los cuatro hombres al aerobote cuando se abrió el portón de seis metros de ancho por tres de altura. Simultáneamente, en el hangar se encendían las luces rojas.

Marek envió al alférez al puesto del piloto y tomó asiento a su lado, enchufando la clavija de su propia armadura al panel de instrumentos. Gasso puso en marcha la pila atómica.

—Marek a puente. Estamos listos.

—Tarrago a Marek. Tal vez convendría que esperarais un poco, estamos bajo un violento ataque aéreo con cohetes —respondieron por la línea telefónica.

—¿Crees que esos cohetes puedan con nuestro blindaje de “dedona”?

—No lo sé. Si no con la “dedona”, tal vez puedan con la cubierta de “diamantina”. ¿Quieres probarlo por ti mismo?

Marek soltó un gruñido y decidió esperar.

Al abrirse totalmente el portón de estribor, entró violentamente un proyectil que hizo explosión dentro del hangar. No causó daños, pero el ruido y la llamarada fueron espectaculares. Después de quince minutos de intenso bombardeo los aviones se alejaron sin haber causado un rasguño al formidable crucero sideral.

—Se han marchado —comunicaron desde la cámara de derrota por teléfono—. Los aviones regresan a su base, pero hay otra fuerza en camino hacia aquí. Tardarán en llegar unos quince minutos.

La voz del controlador fue sustituida por la de Tuanko.

—Marek, salid ahora y haced lo que podáis, pero no os arriesguéis más de lo necesario. Volved al barco en cuanto lleguen esos aviones.

—Sí, jefe —contestó Marek.

Obedeciendo a los mandos, el aerobote abandonó la cuna en la cual descansaba y enfiló el portón impulsado por un chorro de “luz sólida”. Instantes después estaba flotando en el aire sobre el embravecido mar. La gran nube radioactiva ocultaba totalmente el sol y en el mar había oscuridad.

—Allí está —señaló el alférez Gasso.

Más ligero que el crucero sideral, el submarino estaba alejándose de éste empujado por el viento y el oleaje. Tumbado sobre el costado de estribor empezaba a hundirse de proa, levantando la popa con sus hélices al aire. A su alrededor flotaban algunos botes inflables de salvamento. Cuando el aerobote valerano se acercaba, empezaron a disparar contra él desde uno de los botes. Algunas balas rebotaron en la cubierta transparente de “diamantina”.

—¿Tenemos que salvarles aunque ellos se nieguen a ser salvados? —preguntó el alférez Gasso burlonamente.

—Mientras estemos protegidos por nuestras armaduras no podrán causarnos daño —dijo Marek. Y ordenó a los sargentos que abrieran la cubierta.

Una sección de la cubierta de “diamantina” se deslizó hacia atrás sobre unos raíles. El ruido del mar embravecido y la lluvia penetraron en el interior de la cabina. El viento empujaba al aerobote en dirección al submarino. Al llegar a la altura de éste, Gasso posó la navecilla en el agua. Marek abandonó el asiento y asomó fuera de la cabina proyectando la luz de su linterna sobre el submarino.

Vio dos botes de goma en el agua y varios hombres braceando cerca del barco. Éste, al levantar la popa, dejaba al descubierto una escotilla por la que salían gateando los hombres.

Los sargentos Ivar y Eced registraban con sus linternas las revueltas aguas próximas al aerobote.

—Allí hay uno —indicó Eced a través de la radio de su escafandra.

En efecto, allí donde apuntaba la linterna de Eced se veía un naufrago que parecía en el límite de sus fuerzas, hundiéndose y volviendo a reaparecer cada vez que una ola pasaba sobre él. Ivar se lanzó al agua, donde la voluminosa escafandra de “diamantina” azul le hizo flotar como una boya. El sargento utilizó inteligentemente su equipo para acercarse al naufrago, lo que hizo encendiendo el motor de su “back” de forma que éste le empujara hacia el hombre.

—¡Lo tengo! —anunció poco después Ivar por su radio.

Eced seguía iluminándole con la linterna eléctrica. Se escuchó una ahogada exclamación, y luego a Ivar que decía:

—¡Oigan, no es un hombre!

Desde el “Coimbra” interfirió la radio una voz conocida, la del profesor Castillo que preguntaba:

—Muchacho, ¿qué es lo que ha salvado usted? ¿Es un animal?

—No es un animal —se escuchaba el jadeo de Ivar—. Creo que es un hombre, pero no como nosotros. ¡Oigan, es horrible!

—Sea lo que sea, tráelo al bote —ordenó Marek—. Date prisa que no podemos perder tiempo.

Ivar utilizó de nuevo el chorro propulsor de su “back” para llegar hasta el aerobote remolcando al náufrago. Marek se inclinó sobre la borda para ayudar a izarlo mientras Eced alumbraba con la linterna. La visión de aquel horrible rostro le hizo estremecer. La linterna se le escapó de la mano a Eced.

—Ven a ayudar, Eced. Pesa mucho —dijo Marek.

Mientras izaban el gran corpachón del náufrago preguntaron desde el “Coimbra”.

—¿Lo tenéis ya, Marek? ¿Cómo es?

—¿Qué quieren que les diga? —resopló Marek después de dejar al náufrago tendido de bruces en el piso—. No es como nosotros, aunque su figura es, en general, parecida a la humana. Quiero decir con esto que tiene cabeza, ojos y boca... dos brazos y dos piernas. Es muy grande, como dos metros y medio de estatura. ¿Tendrá pulmones? Está medio ahogado, tal vez debiéramos hacerle la respiración artificial.

La voz de Tuanko resonó clara y enérgica en el auricular de Marek:

—Marek, haz lo que quieras pero date prisa. Los aviones estarán aquí en cinco minutos, así que no perdáis el tiempo.

Marek decidió quedarse junto al náufrago y enviar a Ivar y Eced en busca de otros supervivientes. Los dos hombres se elevaron con sus “backs” y se alejaron por el aire. Marek se arrodilló y puso sus manos enguantadas de vidrio sobre la espalda del náufrago. Advirtió entonces que éste tenía dos grandes y gruesas corazas óseas en el lugar de los omoplatos, las cuáles ofrecían resistencia a la presión de sus manos. Pensó que lo mejor sería ponerle de lado, meterle un tubo en la boca e insuflarle oxígeno.

Mientras iba al pañol del aerobote y regresaba con una botella de oxígeno, llegaron los aviones. El poderoso rugido de los motores

de reacción pasó sobre su cabeza. A través de las nubes y la lluvia descendían dos bengalas suspendidas de pequeños paracaídas. Los aviadores iban a ver al “Coimbra” y pronto comenzaría su bombardeo.

Ivar fue el primero en regresar arrastrando a otro náufrago semiinconsciente. Advertido de su llegada por la radio, Marek fue a la borda para ayudarlo a izarlo a bordo. Por encima de sus cabezas pasó rugiendo un reactor. Un poco más lejos, sobre el “Coimbra”, estallaron ruidosamente los proyectiles. El crucero sideral tenía una buena coraza de tres metros de espesor de “dedona” contra la que nada podían los cohetes ni las bombas convencionales. Pero el aerobote no estaba en este caso y podía resultar dañado si le acertaba uno de aquellos temibles cohetes.

Apenas depositado el segundo náufrago en el piso del aerobote empezó a moverse y a dar coces como un caballo. Marek envió al sargento a buscar una cuerda al pañol de popa y mientras tanto trató de sujetar al extraño individuo. Descubrió que pese a la superior corpulencia del náufrago no tenía una fuerza muscular superior a la suya. Cuando regresó Ivar, lo ataron de manos y pies.

Eced llamó por la radio en solicitud de ayuda.

—Tengo aquí a un tipo que se resiste a ser salvado. Venid a ayudarme, creo que el hombre está asustado.

Marek envió a Ivar y siguió administrando oxígeno al primer rescatado. Del crucero llamaron con urgencia:

—Marek, dice el Comandante que regreséis enseguida.

—Estoy solo en el bote con Gasso. Ivar y Eced han salido a rescatar otro náufrago. Regresaremos inmediatamente.

Un avión reactor apareció volando a baja altura y disparó sus ametralladoras contra el aerobote. Las balas cayeron al agua y algunas rebotaron silbando al pegar en la cubierta de “diamantina”. El avión pasó con gran estruendo sobre el bote y se alejó ganando altura.

Entre irónico y furioso, Marek pensó en cuán fácil habría sido para el “Coimbra” dar cuenta de toda la fuerza aérea en un segundo, con sólo una orden de Tuanko para que entraran en acción los proyectores de “luz sólida”. Pero sabía que Tuanko no daría tal orden, puesto que su buque no estaba en peligro y trataba de evitar sacrificar vidas inútilmente.

Las bengalas iluminaban ahora desde el aire al “Coimbra” y al submarino, e igualmente el interior del aerobote. Marek se incorporó para mirar en busca de sus hombres. Los vio volando de regreso, sosteniendo entre ambos un naufrago que pataleaba como un ahorcado. Los aviones volvían rugiendo, haciendo pestañear el fuego de sus ametralladoras en el borde de las alas y los cañones de proa. Las balas trazaron un reguero de surtidores en el mar y alcanzaron de lleno a los ocupantes de uno de los dos botes de goma. Se vio a los ocupantes del bote retorcerse y caer al agua.

El aeroplano pasó rugiendo ensordecedoramente por delante del aerobote. Ivar y Eced llegaron hasta la navecilla. En este momento el naufrago logró soltarse de Ivar y arrastró consigo a Eced, ya que el “back” no desarrollaba suficiente potencia para sostenerles a los dos. Se zambulleron en el mar junto al aerobote, pero la flotabilidad del traje y la escafandra de Eced les hicieron regresar a la superficie.

—¡Ayúdame, Marek, maldición! —gritó Eced, sobre cuya escafandra llovían los furiosos puñetazos del naufrago.

Marek sacó medio cuerpo fuera de la borda y logró atrapar al naufrago por una muñeca. Desde el aire Ivar se dejó caer en el agua junto a Eced.

En este momento aparecía un reactor volando en línea recta hacia el aerobote. Las bengalas estaban cerca del agua iluminando de pleno al aerobote, al submarino y al crucero sideral. Una rociada de proyectiles, que comenzó a la altura del submarino, trazó unas líneas paralelas sobre el mar antes de alcanzar de lleno al aerobote.

Las balas silbaron por todas partes, rebotaron en la cubierta de “diamantina”, levantaron astillas del piso del bote y alguna resbaló aullando al tocar de refilón la escafandra de Marek Aznar. El naufrago que Marek tenía asido dejó escapar un grito arqueándose como si acabara de recibir una puñalada en la espalda. Marek tuvo que sostenerlo con fuerza para que no se le escapara de la mano.

El reactor pasó rugiendo sobre el aerobote y se alejó seguido de las maldiciones de Eced.

—Creo que este hombre está herido —dijo Marek—. Eced, ayúdame a subirlo.

Ivar acudió también a ayudar y entre los tres izaron al naufrago. Éste había dejado de luchar, aunque estaba consciente. Sus grandes

y redondos ojos brillaban desde la profundidad de unas cuencas hundidas bajo un arco superficial prominente, siguiendo los movimientos de aquellas otras criaturas enfundadas en recias armaduras y escafandras de cristal azul. El náufrago quedó tendido en el piso entre los asientos. Los sargentos se encontraban ya a bordo y Marek ordenó al alférez Gasso regresar al barco.

Cuando el aerobote se dirigía hacia el “Coimbra” arreciaba el bombardeo aéreo. Las bombas caían encima del crucero y su alrededor, formando una cortina de agua. Las bengalas cayeron al mar y se apagaron. A falta de luz y a través de las nubes los aviadores vieron dificultada su labor, por lo que las bombas empezaron a caer desordenadamente a distancia del barco.

Aprovechando esta circunstancia, Gasso aceleró y condujo el aerobote recto hacia el portón del costado de la aeronave.

Irrumpieron tan violentamente en el hangar que faltó poco para que se estrellaran en el férreo muro del fondo. Apenas había cruzado el aerobote el portón, cuando desde la cámara de derrota accionaron el dispositivo que cerraba la triple puerta de “dedona”; dos hojas de un metro de espesor en el exterior, otras dos idénticas en el interior, y entre ambas una cortina corrediza en dos secciones.

Todo el estruendo que llegaba del exterior quedó súbitamente apagado.

Al saltar Marek Aznar del aerobote, lo primero que vio fue un pequeño grupo que salía del ascensor: todo el equipo científico se personaba en el hangar para echarle un vistazo a los náufragos.

Tal vez el que menos curiosidad demostraba era Adler Ban Aldrik, quien permanecía impassible a un lado mientras sus colegas se amontonaban para mirar al interior del aerobote, donde los astronautas removían al herido ayudados desde fuera por Ferrer, Alejandro Aznar y Valera. Castillo, cuya especialidad eran la arqueología y la antropología, iba de un lado a otro estorbando en todas partes.

Precisamente el primero en ser requerido fue el bartpurano. Marek se dirigió a él y dijo:

—Llevamos un herido. ¿Quieres echarle un vistazo?

Alguien había ido a encender las luces del hangar. A plena luz, los científicos miraron asombrados a la extraña criatura que los astronautas depositaban en el suelo a los pies de Adler Ban Aldrik.

El “bundo” se inclinó sobre el náufrago. Los grandes ojos de éste, incrustados en un rostro de rugosa piel oscura, miraban a su alrededor con tanto o más asombro del expresado por los valeranos. Por primera vez el habitante del hiperplaneta veía otras criaturas distintas a todo lo conocido en su mundo.

Al inclinarse Adler Ban Aldrik, el náufrago pegó un respingo y trató de incorporarse. Pero la herida que tenía en la espalda se lo impidió. Entreabrió los gruesos labios, soltó un gemido y volvió a depositar la cabeza en el piso con sordo ruido a macizo.

—Creo que se ha desvanecido —dijo Adler Ban Aldrik entre dientes—. ¿Dónde tiene la herida?

—En la espalda —dijo Marek.

Castillo vino a ponerse de rodillas junto al herido.

—¡Extraordinario! —murmuró el antropólogo.

—Ayúdeme a volverlo —dijo Adler Ban Aldrik.

Entre los dos empujaron al herido, volteándolo.

Era un tipo gigantesco, de casi tres metros de estatura, de cuerpo recio y gruesas piernas, que contrastaban con unos brazos desproporcionadamente cortos y poco desarrollados. El rostro, de increíble fealdad, correspondía a una cabeza más bien pequeña, sostenida por un cuello grueso y corto. El cráneo, completamente pelado, presentaba una curiosa cresta que se prolongaba hasta la nuca. A su vez la nuca, formada por un solo hueso, caía formando un reborde que protegía la parte posterior del cuello.

Toda la espalda del extraño ser, donde había recibido el balazo, quedaba protegida por dos placas óseas de gran tamaño y grosor, cubiertas de duro y rugoso cuero. Contrastaba la protección de la cabeza, el cuello y la espalda, con el vientre de piel fina y blanca.

Mientras el bartpurano examinaba la espalda del herido, Castillo llamó la atención de sus compañeros sobre las manos. Éstas eran grandes y fuertes como garras, de uñas cónicas y duras como estiletes y dedos cortos y anchos. Todo el dorso de la mano aparecía cubierto de verrugas de aspecto muy desagradable, en tanto que la yema de los dedos y la palma de la mano eran de piel más suave y más clara y estaban provistos de una especie de almohadillas.

El individuo venía vestido a medias por una pieza de cuero rojo que hacía de pantalón y le llegaba hasta el pecho, sostenida por un asa alrededor del cuello, como parte de un “mono” de mecánico,

dejando desnudos los brazos y las piernas. Los pies, grandes y planos, los llevaba calzados con unas sandalias que dejaban al aire los dedos, de aspecto parecido a los de las manos.

—Apuesto a que no es un mamífero —dijo Castillo como hablando consigo mismo—. ¿Qué dices tú, Fidel?

—No es un mamífero —respondió Adler Ban Aldrik, a quien sus amigos solían llamar por su nombre cristiano de Fidel.

—¿A qué especie creéis que pueda pertenecer? —preguntó el profesor Ferrer.

—Probablemente no tenga ninguna analogía con nuestras especies —dijo Castillo—. Si la tuviera, yo diría que es un reptil.

—¿Un reptil andando a dos patas? —exclamó Nuria Ross.

—Bueno, no tienes por qué sorprenderte. En la propia Tierra existieron saurios que andaban sobre dos patas, como por ejemplo el Tiranosaurio. Si el Tiranosaurio hubiera evolucionado con las demás especies, podría haber llegado a convertirse en algo parecido a esta criatura.

—¿Por qué piensas que pueda ser un reptil y no otra cosa distinta?

—No afirmo que lo sea, eso tendrá que verse. Pero hay indicios que apuntan en ese sentido. Observad su vientre de piel clara y fina en contraste con la rugosidad y el espesor del cuero del dorso, en esa cabeza y hombros protegidos por placas óseas y en esa especie de almohadillas en las manos y las plantas de los pies. Si después de todo esto comprobamos que tiene la sangre fría, no habrá más remedio que admitir que se trata de un reptil.

Marek y sus hombres habían sacado del aerobote a los otros náufragos. El náufrago que Marek auxilió administrándole oxígeno, se había reanimado y yacía ahora en el piso, atado de pies y manos junto a su compañero.

—Voy a necesitar unas pinzas largas y fuertes para sacarle el proyectil que tiene incrustado en el omoplato. La bala es de grueso calibre y está profundamente alojada en el hueso. Debe estar doliéndole mucho —dijo Adler Ban Aldrik.

—¿Por qué no les llevamos arriba? —sugirió Castillo.

Se aceptó la idea. En el primer viaje del ascensor subieron el herido, Adler Ban Aldrik, Castillo y los sargentos Ivar y Eced. El herido iba sentado en el suelo con la espalda apoyada contra el

tabique, de forma que sólo descansaba el omoplato bueno. Ya no miraba a los terrícolas, sus grandes y pensativos ojos estaban obstinadamente clavados en el piso, como si de los hombres que le habían capturado sólo le interesara la morfología de sus extremidades inferiores. En el breve trayecto entre la bodega y el puente superior, Marek utilizó sus facultades telepáticas para contactar con el pensamiento del individuo.

El pensamiento, como la luz, era un elemento universal.

Así como en el anti-universo la luz de los cuerpos antimateriales podía iluminar la materia contraria sin destruirla, el pensamiento era un supremo don común a todas las especies inteligentes. La luz y el pensamiento eran inmateriales e iguales en todas partes. También lo era la identidad del alma.

Sin ninguna dificultad, Marek pudo penetrar brevemente en el pensamiento del náufrago. Descubrió allí un ser asustado, vencido, acobardado ante el infortunio y preocupado por lo que le deparaba el destino.

“No temas, nadie va a infligirte daño alguno. Estás entre seres racionales que te comprenden y sólo quieren ayudarte” —le transmitió Marek telepáticamente.

El herido levantó el rostro y sus grandes ojos color miel se encontraron con los ojos de Marek. El feo rostro, de sombría frente, nariz aplastada y labios gruesos, no expresaba nada. Pero en el alma de aquel ser Marek leyó algo parecido a un sentimiento de gratitud y esperanza. El ascensor se detuvo y el intangible vínculo que por unos segundos había unido a Marek con aquel ser, quedó roto.

CAPÍTULO V

Cuando Beg Hon entendió por la espalda y los músculos del brazo de la aeronave. Le escoltaban todavía los dos hombres enfundados en armaduras de cristal azul, y tras ellos andaba el hombre alto y rubio que tenía una cabeza grande y pelada. La enfermería era espaciosa, limpia y luminosa, y estaba agradablemente caldeada. Aunque la inmensa mayoría de los aparatos que vio le eran extraños, comprendió la función que estaban llamados a desempeñar después de ver un par de camas.

La gran preocupación que Beg Hon había sentido acababa de disiparse en parte mientras subían en el ascensor. El hombre de la armadura azul le había hablado sin palabras, se había dirigido directamente a su conciencia y le dijo que no debía temer nada, que sólo pretendían ayudarle. Beg Hon se sentía ahora más tranquilo, aunque todavía estaba bajo la impresión que le causó ver aquellos extraños seres de piel blanca y repugnante, de ojos pequeños y malévolos y nariz puntiaguda. Los extranjeros le recordaban a Beg Hon un pollo desplumado vivo.

En la enfermería uno de los hombres le tomó por el brazo bueno y le guió hasta una de las camas. Beg Hon se dejó llevar dócilmente, no quería dar a los extranjeros la impresión de que era un salvaje, o de que tenía más miedo del que realmente sentía. Al llegar a la cama se detuvo y dióse la vuelta. Sus ojos se encontraron los ojos del hombre de la cabeza grande. Éste le habló... ¡y Beg Hon le entendió todo!

—Échate en la cama, voy a sacarte el proyectil que tienes en la espalda. Mi nombre es Fidel Aznar, aunque también me llaman Adler Ban Aldrik. Soy médico, puedes estar tranquilo. ¿Cómo te llamas?

Beg Hon quedó tan sorprendido que no acertó a pronunciar

palabra. El extranjero le hablaba con sonidos ininteligibles, ¡y sin embargo le entendía! ¿Cómo era esto posible?

El propio Fidel Aznar se lo explicó sencillamente:

—Te hablo telepáticamente; es decir, hago que mis ideas lleguen hasta tu mente sin pasar por tus oídos. Puedes hablarme, no conozco tu idioma, pero leeré tus pensamientos.

Beg Hon quedó aterrado. Sabía lo que era la telepatía, se hablaba mucho de ello en los medios científicos como algo que podría ser algún día. En un tiempo futuro, cuando la inteligencia de los hombres se hubiese desarrollado, la gente se entendería telepáticamente sin necesidad de palabras. ¡Los extranjeros habían alcanzado ya este estudio del desarrollo cerebral!

—Vamos, échate en la cama, te curaré —dijo el extranjero.

Beg Hon se echó de bruces en la cama. Ladeando la cabeza, con la mejilla apoyada en la blanca sábana, siguió atentamente los movimientos del doctor. Éste esterilizó una sonda y unas largas pinzas en un aparato que no era nada parecido a un autoclave.

—En efecto, esterilizamos el instrumental mediante ultrasonidos —dijo el doctor adivinando el pensamiento de Beg Hon. Regresó con los instrumentos en la mano—. Voy a sondarte para ver a qué profundidad se encuentra la bala. No te dolerá si no quieres, sólo debes convencerte de que no vas a sentir dolor. Repítelo para ti mismo, “no voy a sentir dolor”.

—No voy a sentir dolor —dijo Beg Hon en voz alta.

—¿Cómo te llamas?

—Beg Hon.

El doctor estaba detrás de él y Beg Hon no podía verle el rostro.

—¿Eres varón o hembra?

A Beg Hon la pregunta le pareció ociosa, no sólo porque las hembras no tripulaban barcos, sino porque como varón tenía sus rasgos propios e inconfundibles.

—¿En qué os diferenciáis los machos de las hembras, aparte naturalmente del sexo? —le preguntó el doctor.

Beg Hon se sintió asustado y muy preocupado. No lo había pensado antes, pero ahora se daba cuenta de que los extranjeros podían leer TODOS sus pensamientos, aunque permaneciera callado. ¿Significaba esto que no podría ocultarles nada?

Beg Hon era un tuma, y aunque no siempre estuviera de acuerdo

con la política de su país, tenía muy arraigada la idea del honor y del deber para con la patria. Cuando los extranjeros le rescataron del mar, Beg Hon se opuso enérgicamente a ser salvado. Creía entonces que silaitas le tomaban prisionero, y prefirió morir antes que ser interrogado y ceder ninguna información al enemigo.

Un objeto pesado cayó tintineando en una fuente metálica junto a la cabecera de la cama. Era un proyectil de ametralladora gruesa. ¡El extranjero acababa de extraérsela del hueso de la espalda y no había sentido el menor dolor!

—Tu técnica es muy buena, Doctor. No he sentido nada.

—Guarda silencio hasta que yo te diga, voy a cerrarte la herida.

—¿Vas a cauterizarla?

Fidel Aznar no respondió. Beg Hon esperaba verle utilizar alguna otra herramienta, como un bisturí eléctrico o cosa parecida, pero en realidad el extranjero no empleó ningún otro instrumento. Después de un pequeño rato el doctor se movió y dijo:

—La herida está cerrada. Pienso de todas formas que habría que hacerte una radiografía, posiblemente la bala haya fracturado el hueso. Ya puedes levantarte.

Beg Hon estaba seguro de no poder hacerlo sin sentir de nuevo aquel agudo dolor en la espalda y el brazo. Pero con gran sorpresa suya no experimentó ningún dolor ni molestia al incorporarse. Se sentó en el borde de la cama y miró sorprendido al lampiño rostro del doctor.

Beg Hon era un tipo al que gustaba indagar las causas de las cosas.

—¿Por qué no siento ningún dolor? ¿Estoy todavía bajo los efectos de la anestesia? —preguntó.

—No hay ninguna razón para que sientas dolor ahora, puesto que estás completamente curado.

Beg Hon no hizo más preguntas porque en este momento entraban en la enfermería Ubiao y el sargento Istan. Ubiao segundo oficial del “Maquim”, cojeaba al andar. Detrás venían todos aquellos extraños tipos que se encontraban en la bodega del barco cuando sacaron a Beg Hon del bote.

Mientras Istan adoptaba la actitud de un hombre francamente asustado, el capitán Ubiao miraba arrogantemente a todos lados, no obstante lo cual, cambió de actitud cuando vio que querían llevarle

a una de las camas. Aunque llevaba las manos atadas, Ubiao trató de resistirse. Le redujeron por la fuerza y le arrojaron de un empujón en la cama contigua a la de Beg Hon.

—¿Por qué te resistes? —le dijo Beg Hon—. Estás herido y sólo quieren ayudarte.

—¿Quiénes son estos tipos? —preguntó Ubiao echando los pies fuera y sentándose en el borde de la cama, frente a Beg Hon—. ¡Qué aspecto más repugnante tienen!

—Ignoro quiénes son —dijo Beg Hon—. Por lo menos de una cosa podemos estar tranquilos; no son silaitas.

—Lo cual no quiere decir que estemos en mejor situación que si hubiéramos caído en manos de los silaitas. ¿Te has fijado en su barco? ¡Es enorme!

El doctor de la cabeza grande que había curado a Beg Hon se acercó a Ubiao y le habló. ¡Pero Beg Hon no entendió ni una sola de sus palabras! Por el contrario, Ubiao quedóse mirando al doctor atónito. Luego miró a Beg Hon y exclamó:

—¡Me habla y yo entiendo!

—Se dirige a ti hablando telepáticamente, es decir, de mente a mente. Ellos pueden leer nuestros pensamientos, lo he comprobado.

—¿Cómo pueden hacer eso?

—Lo ignoro. Supongo que tendrán algún don especial que nosotros no podemos siquiera comprender.

Ubiao quedó tan anonadado que no ofreció resistencia alguna cuando el doctor Fidel se inclinó sobre él y le palpó la pierna herida.

Beg Hon, que no pudo presenciar las manipulaciones del doctor cuando le curaba la espalda, pudo asistir ahora a la curación de Ubiao. Salvo comprobar que la herida tenía agujero de entrada y salida, Fidel Aznar no hizo nada. Sólo miró fijamente la herida, en silencio y como absorto en sí mismo. ¡La herida se cerró por sí sola y dejó de sangrar!

El doctor se volvió hacia el sorprendido Beg Hon.

—Convendría que tomarais un baño. Os proporcionaremos ropa nueva y seca. Tu amigo Ubiao parece muy nervioso. Advértele que no le quitaremos las ligaduras si no promete comportarse civilizadamente.

¡Civilizadamente! La palabra hirió a Beg Hon en su dignidad.

Tenían que demostrar a los extranjeros que los tumas eran tan civilizados como el que más. Habló a Ubiao y le rogó que renunciara a todo acto de violencia.

—Hay cosas a las que un prisionero no puede renunciar, tal como su derecho a intentar evadirse —dijo Ubiao.

Beg Hon se enfadó:

—No seas imbécil, Ubiao. Cuanto tú estés pensando en evadirte, ellos estarán leyendo tus intenciones en tu pensamiento.

—¿Quieres decir que jamás lograremos escapar? —preguntó Ubiao con desaliento—. ¿Qué harán de nosotros?

Beg Hon transmitió la pregunta al doctor Fidel. Éste se encogió de hombros y dijo:

—No os vamos a matar ni a torturar, ni vais a ser nuestros cautivos eternamente. Acabamos de llegar a este mundo y sólo nos guía un interés puramente científico. Hay muchas cosas que deseamos saber de vuestro planeta... Todo sería mucho más fácil si satisficierais nuestra curiosidad respondiendo a nuestras preguntas.

Beg Hon se sintió realmente preocupado. ¿Qué significaba aquella expresión, “acabamos de llegar a este mundo”? ¿Cuál era el mundo de procedencia de los extranjeros?

—Charlaremos más tarde —dijo Fidel Aznar en respuesta al pensamiento de Beg Hon.

Observados por los tripulantes del barco, que no paraban de hacer comentarios entre sí, los tres tumas esperaron hasta que regresaron los dos hombres que habían ido a despojarse de sus armaduras de cristal. Éstos, vestidos de blanco de los pies al cuello, soltaron las ligaduras de Ubiao y de Istan y los sacaron de la enfermería metiéndoles en un cuarto de duchas contiguo.

Al salir de las duchas les entregaron unas toallas grandes de baño. Todavía envueltos en estas toallas, sus guías les llevaron hasta un ascensor con el que bajaron hasta un pañol. Allí se encontraron de nuevo con algunos de los individuos que ya vieron en la bodega y en la enfermería.

Más sereno, ahora que empezaba a acostumbrarse a su nueva situación, Beg Hon se iba fijando en muchos detalles que antes le pasaron desapercibidos. Por ejemplo, mientras algunos individuos iban vestidos de blanco, todos iguales, otros llevaban ropas que variaban en el corte, el color e incluso en la calidad del tejido. Beg

Hon supuso acertadamente que unos iban uniformados y pertenecían a la dotación del buque, mientras que los demás eran civiles y estaban en el barco por alguna razón especial.

También observó que los tipos eran distintos. La mayoría eran esbeltos y tenían pelos cortos en la cabeza, pero algunos otros llevaban los cabellos largos y tenían en el pecho dos protuberancias, más acusadas en unos que en otros. Estos últimos eran todavía más pequeños y tenían las ancas marcadamente más redondeadas y carnosas. Beg Hon presumió que unos eran machos y las otras hembras, simplemente porque en su propia raza las hembras también eran más pequeñas que los machos.

El pañol era muy grande y estaba bien provisto de toda clase de repuestos y herramientas, incluso aquellas curiosas armaduras de vidrio azul, y un armario donde se veían ordenadamente dispuestos una hilera de fusiles de un modelo jamás visto.

Estaba Beg Hon preguntándose si los extranjeros tendrían también ropas confeccionadas para su talla, cuando uno de los marinos uniformados le invitó a entrar en una especie de jaula cilíndrica que se alzaba sobre una tarima. Aunque los barrotes “parecían” demasiado endeble para impedirle salir, Beg Hon miró desconfiado aquello.

—¿Es una jaula? —preguntó al marino.

—Es un palpador. Como verás se trata de confeccionarte un traje, y para eso necesitamos conocer tus medidas. En todo el interior de los aros y los barrotes de la jaula hay unos sensores que miden la distancia que queda entre ellos y tu cuerpo. Según esas medidas, la Karendón confecciona un patrón y a continuación integra de una sola vez tu ropa interior, tu traje y tus zapatos. Por cierto, ¿de qué tejido lo quieres? ¿Liviano, de mediano abrigo, rojo, azul, gris o de qué color? ¿Lo prefieres metálico, de oro, de plata, de titanio?...

Beg Hon pensó que el marino se estaba burlando de él. Más para que nadie pensara que un tuma no tenía sentido del humor ni sabía soportar una chanza, dijo muy seriamente:

—Si es posible lo quiero tejido de oro, pero que no sea muy pesado.

—El oro es un metal muy pesado, ya lo sabes —dijo el marino haciendo muecas con su rostro lampiño.

—No importa, insisto en que sea de oro —dijo Beg Hon, sospechando que el otro buscaba evitar el compromiso.

—Muy bien, a tu gusto. Dame la toalla y sube a la tarima.

Descalzo y totalmente desnudo, Beg Hon subió a la tarima y el marino cerró la jaula. En este momento algunos de los extranjeros que le estaban observando manejaron sus cámaras fotográficas. Una de las hembras se acercó tanto para retratarle el miembro viril, que Beg Hon se sintió lleno de vergüenza. Experimentó entonces la sensación de ser objeto de una curiosidad estúpida, como un mono que se ofrece a la diversión del público expuesto en una jaula. ¿Por quién le habían tomado?

Lleno de furia levantó la pierna por entre los barrotes y asestó un puntapié a la cámara de la hembra, que voló por el aire y fue a caer a distancia. La hembra se asustó tanto que cayó al suelo sobre sus posaderas. Pero la ira de Beg Hon no se había extinguido todavía. Se asió con ambas manos a los barrotes y tiró de ellos doblándolos. Ya suponía que la endeble jaula no resistiría a la fuerza de sus músculos. De un empujón la desbarató, la levantó en el aire y la arrojó sobre el grupo de monos lampiños que le estaban mirando con la boca abierta.

En este momento llegaba el individuo más alto y más rubio que le había rescatado del mar y parecía ejercer cierta autoridad sobre los marinos que le acompañaron en aquella ocasión. Beg Hon le había visto con armadura, pero ahora vestía de blanco y traía una gorra blanca con visera negra adornada de entorchados de oro. Apenas el oficial le miró, Beg Hon sintió el impacto de una personalidad poderosa, algo parecido a lo que le había ocurrido con el doctor Fidel.

El oficial no movió siquiera los labios, pero Beg Hon escuchó su voz en el interior de su cerebro.

—Beg Hon, ¿qué haces? ¿Es esa tu manera de comportarte, como un animal?

Beg Hon no quería parecer un animal. Era un oficial de la Armada Imperial, descendía de una familia noble y había cursado estudios en la Universidad de Comma, graduándose en la Escuela Naval.

—¡No soy un animal! —gritó blandiendo sus puños—. ¡Y por lo mismo que no lo soy no consiento que me metáis en una jaula!

—No es una jaula.

—¡Es una jaula! —vociferó Beg Hon—. En mi país a los monos como vosotros los exhiben en jaulas como esas.

Beg Hon abandonó de un salto la tarima. A sus espaldas fulguró un relámpago azulado. Se volvió. Un gran armario, tan alto como él, abrió silenciosamente su gruesa puerta cubierta de porcelana. En el interior del armario, colgando de una percha, brillaba como un ascua un traje de una sola pieza tejido de oro. Debajo del traje, en el piso del armario, vio un par de espléndidas botas de un material gris plateado.

Beg Hon quedó anonadado. Dudó entre si el marinero le había ofrecido un traje confeccionado, o si realmente la máquina acababa de fabricarlo para él.

—¿Pediste un taje de oro, Beg Hon? —le preguntó el oficial irónicamente.

Beg Hon se sintió avergonzado de su conducta. Seguramente los extranjeros estaban pensando de él que era un perfecto ignorante. ¿Pero por qué tuvieron que humillarle fotografiándole en cueros? ¡Si al menos no hubiese habido hembras delante!

Utilizando sus dotes telepáticas, el oficial conoció el problema de Beg Hon. Habló al grupo y las hembras abandonaron el pañol con sus cámaras fotográficas.

—¿Te sientes mejor ahora, Beg Hon? —preguntó el oficial.

—Te quedo agradecido, oficial.

—Llámame Marek. Ese es mi nombre.

—¿Eres el comandante de este buque?

—No. Soy el segundo. ¿Por qué no vas a probarte tu traje?

Beg Hon le miró compungido.

—Siento haber estropeado el palpador.

—No te preocupes, tenemos repuestos aquí mismo. Sólo que tus compañeros tendrán que esperar para conseguir sus trajes.

Beg Hon se dirigió al armario. Descolgó el traje de oro, que no encontró tan pesado como había esperado. El traje se abría con una cremallera y en el interior encontró otras piezas; un calzoncillo corto y una camiseta de algodón. Mientras se vestía, pensaba que tal vez no hubiera escogido la prenda más cómoda, aunque indudablemente fuera la más valiosa. ¿Siempre prodigaban los extranjeros el oro con tanta magnanimidad?

Marek leyó sus pensamientos. Sus labios se estiraron en una mueca que Beg Hon empezaba a comprender era síntoma de risa o algo parecido.

—El oro no tiene para nosotros más valor que el plomo o cualquier otro metal. Lo producimos por integración molecular y cuesta igual lo uno que lo otro, es decir, nada.

—¿Nada? —exclamó Beg Hon—. ¿Producís igualmente oro y plomo sin que os cueste nada?

—Sólo el gasto de la energía eléctrica. Es verdad que se gasta más energía fabricando oro que madera, pero no contabilizamos el costo, no tiene importancia —aseguró Marek.

Beg Hon acabó de vestirse, se calzó las botas y abrochó la cremallera.

—Tienes un aspecto formidable —aseguró Marek—. Tu traje va a arrancar gritos de admiración cuando regreses a casa.

—¿Vais a permitirnos regresar a nuestro país? —preguntó Beg Hon.

—Apenas llevas aquí una hora, ¿y ya sientes añoranza de tu país? ¿Es que no hay nada a bordo de este barco que excite tu interés?

—Mucho. Aunque me sentiría mejor si estuviera aquí por mi propio gusto.

—Considérate huésped en lugar de prisionero, si eso te hace sentir mejor. Ven conmigo, supongo que tendrás hambre.

—¿Y mis compañeros?

—Vendrán a reunirse con nosotros cuando estén vestidos.

Beg Hon siguió a Marek fuera del pañol. Tras ellos echaron los hombres que tanta curiosidad habían demostrado, incluso utilizando sus cámaras fotográficas sobre Beg Hon. Estos hombres eran cuatro. De nuevo en el ascensor Beg Hon iba preguntándose quiénes serían aquellos tipos cuando Marek le habló y dijo:

—Estos hombres son científicos, todos ellos eminencias en sus respectivas especialidades. La misión que vinimos a realizar en este planeta es puramente de investigación. No abrigamos ningún sentimiento de hostilidad ni nos proponemos interferir en sus asuntos domésticos. Éste es el profesor Mario Valera, astrofísico. Este otro es el profesor Gerardo Castillo, arqueólogo y antropólogo, y por último el profesor José Ferrer, que es ingeniero y físico

nuclear.

El ascensor se detuvo y todos salieron de él dirigiéndose en grupo por un pasillo alfombrado hasta una habitación de regulares dimensiones, con una larga mesa rodeada de sillas, un gran aparador-librería, y en éste un receptor de televisión en color que estaba funcionando. Este comedor tenía moqueta en el piso, una especie de armario metálico en un ángulo, sillas tapizadas y cuadros de gran calidad en las paredes.

Lo que más sorprendía a Beg Hon, aparte las enormes proporciones del buque, era el equipamiento interior de éste. Los extranjeros parecían disfrutar de un alto nivel de vida. Por todas partes se apreciaba que no se había reparado en gastos al hacer las cosas, y hasta en el más pequeño detalle trascendía el acierto en el diseño, la calidad de los materiales y una cuidadosa terminación en cada cosa. ¡Claro, que si podían fabricar oro por transmutación atómica, no iban a poner reparos por dinero!

Los extranjeros debían estar atentos a cada uno de los pensamientos de Beg Hon. Acababan de sentarse a la mesa, donde Beg Hon destacaba por su mayor corpulencia, cuando el profesor Alejandro Aznar hizo una mueca y dijo:

—No, Beg Hon, las cosas en nuestro mundo no son como te figuras. Nuestra economía no se rige por los anticuados patrones capitalistas que seguramente conoces, eso terminó hace muchísimo tiempo. En Valera el oro se utiliza para fabricar grifos, para conducciones de agua y otros usos en los que se aprecian las cualidades de este metal resistente a la oxidación y la corrosión. El dinero no existe.

—Pero utilizaréis billetes, vales o alguna otra forma para facilitar las transacciones, ¿o no?

—En nuestro mundo sólo se conoce un modo de transacción. El ciudadano entrega a la nación su trabajo, y a cambio recibe de la nación todo lo necesario para llevar una vida digna. Así es de sencillo.

—Eso es lo que aquí llamamos socialismo.

—Así lo llamamos nosotros también.

—Pero aquí el socialismo no funciona, no puede funcionar. El socialismo parte del falso supuesto de que todos los hombres son iguales. Eso no es verdad. Los hombres no nacen iguales; unos

nacen fuertes y otros débiles, unos inteligentes y otros torpes, unos trabajadores y otros holgazanes. La pretensión de medir a todos con el mismo rasero es impracticable. Si se suprime el premio a la inteligencia y la laboriosidad se mata todo estímulo, se retrasa el desarrollo, se sume a la nación en el desinterés y el desánimo, baja la productividad y sobreviene la miseria...

Mientras repetía de carrerilla una lección bien aprendida, Beg Hon pensaba en la experiencia socialista de los silaitas. Este pensamiento fue interceptado por Alejandro Aznar.

—Háblame de los silaitas.

Beg Hon se resistía a hablar de Silaos... Finalmente dijo con desgana:

—Los silaitas iniciaron hace años la experiencia socialista. Todo empezó con la sublevación de los esclavos, que barrieron y dieron muerte a la clase noble adinerada. Silaos era entonces un país eminentemente agrícola. Se repartieron las tierras de cultivo, con lo cual se inició una caída en vertical de la productividad. En mi opinión el ser humano es por naturaleza egoísta, perezoso e insolidario. Aun hoy día la diferencia entre Silaos y Tumma es apreciable. Mientras a igual extensión una granja silaita alimenta a tres familias, una granja tuma alimenta a treinta y dos familias. La razón está en que el gobierno socialista de Silaos decomisa para el Estado la mitad de las cosechas y el agricultor silaita piensa que no vale la pena esforzarse en trabajar para su gobierno. Entonces trabaja a un mínimo de rendimiento, por una cosecha vital para su propia supervivencia. Las duras sanciones impuestas por el gobierno no parece que lleven camino de enmendar esa situación. El país entero adolece de una falta de interés, consecuencia clara de una falta de estímulo.

Beg Hon guardó silencio, como si lo hubiese dicho todo, pero Alejandro Aznar esperaba algo más y dijo:

—Me hablas solamente de la parte negativa de la aplicación a rajatabla del socialismo, pero algo positivo debe haber también, ¿o no es así?

—Desde la implantación del socialismo Silaos inició una desesperada carrera hacia la transformación industrial, y en ese aspecto algo han conseguido. En lo industrial Silaos era un país totalmente dependiente de Tumma. Copiaron nuestras patentes, y

aunque el principio fue desastroso, a costa de enormes sacrificios y del hambre del pueblo, de fracasos y desastres, adquirieron su propia experiencia en un terreno que desconocían totalmente. Hoy su producción de acero, de electricidad y de cemento iguala casi a la de Tumba. Esto no supone que los silaitas hayan mejorado de condición. La mayor parte de la producción industrial del país se dedica a la creación de una potencia militar de primer orden. Su Ejército, su Marina de Guerra y sus Fuerzas Aéreas crecen constantemente, hasta el punto que nos hemos visto obligados a declararles la guerra, antes que se rompa el actual equilibrio de fuerzas y nos aplasten con la superioridad del número.

—¿Era necesaria esa guerra? ¿Lo era de verdad? —interrogó Alejandro Aznar advirtiendo cierta vacilación en Beg Hon.

—El gigantismo de Silaos nos crea un grave problema a todos los demás países del mundo civilizado. Silaos exporta su propaganda, incita a las masas a la rebelión, ayuda en armas y dinero al movimiento revolucionario de todos los países. Si no destruimos el socialismo, él acabará aplastándonos a nosotros. Puede hacerlo de dos formas distintas; bien atacando nuestra economía disputándonos el mercado con precios más bajos, bien por la lucha armada directa.

—Sinceramente, Beg Hon —preguntó Alejandro Aznar—. Si Silaos no estuviera respaldado por su formidable Ejército, ¿qué posibilidades tendría de arrebatarnos la hegemonía del mercado de vuestros productos?

—Ninguna —admitió Beg Hon, sorprendiéndose a sí mismo con esta espontánea declaración—. Nosotros no se lo permitiríamos.

—Luego reconoces que Silaos ha tenido que armarse hasta los dientes antes de poder lanzar sus productos industriales a competir con los vuestros, ¿no es así?

—Supongo que es como tú dices.

—¿No lo sabes? —insistió Alejandro Aznar.

Beg Hon lo sabía, pero se negó a contestar. Medió entonces Marek y dijo:

—Vosotros atacasteis a Silaos con missiles nucleares. ¿Es así como se acostumbra a declarar la guerra en este planeta, enviando por delante las bombas como aviso?

—Tal como estaban de deterioradas nuestras relaciones, era

simple cuestión de ver quién se anticipaba al otro asestando el primer golpe.

—Pero tú no apruebas ese modo de actuar —apuntó Marek.

—Es cierto, me disgusta. Pertenezco a una antigua familia de nobles guerreros. En otro tiempo solamente los guerreros profesionales, los “damuras”, hacíamos la guerra. Eso era en la época feudal. Luego vino la revolución industrial y los “damuras” perdieron parte de su imagen. Hoy, con los tecnicismos del maquinismo y la masificación de los ejércitos, hubo que dar entrada a la plebe. De todos modos todavía se reserva a la nobleza los grados superiores.

—¿Qué grado desempeñabas a bordo de tu barco?

—Era el segundo comandante.

—¿Sabes qué ocurrió con vuestras bombas?

—Las tres estallaron en el aire antes de alcanzar sus objetivos. La última hizo explosión sobre nuestras cabezas. Abrió una vía de agua en el casco que nos impidió sumergirnos. Pensamos que los missiles adolecían de algún defecto, pero luego vimos en nuestro radar una aeronave que volaba a gran altura y temimos que los silaitas hubiesen puesto en el aire un nuevo tipo de arma.

—¿Pensasteis que nuestra aeronave era una nueva arma de vuestros enemigos?

—En efecto. Y ahora que me consta que no sois silaitas todavía me pregunto quiénes sois. Me habéis hablado de un planeta, vuestro planeta al que llamáis Valera. Conocemos todos los pequeños planetas que giran alrededor del sol, durante siglos han sido estudiados por nuestros astrónomos. Incluso recientemente hemos enviado a uno de esos planetas una sonda espacial que ha analizado su atmósfera y nos ha enviado imágenes de televisión. Por lo que sabemos hasta ahora ninguno de esos planetas reúne condiciones para la vida, tal como nosotros la conocemos.

—Nuestro planeta no es de este mundo, está fuera de ésta gigantesca esfera, en el espacio exterior —dijo Alejandro.

Beg Hon quedó atónito. ¡El espacio exterior!

Desde los tiempos más antiguos se creía que todo el orbe era Hebón, es decir, la masa de océanos y continentes en cuyo centro gravitaba el Sol. Éste era todo el universo y fuera de él no existía nada. Sólo en tiempos relativamente modernos se puso a discusión

la realidad de esta aseveración, y más recientemente, con la investigación de la estructura molecular, algunos científicos muy avanzados, como Thant y Bosha, y ya en la actualidad Azi Val, dieron por seguro la existencia de un espacio exterior, en cuyo contexto Hebón sólo sería una gigantesca esfera hueca, un planeta más entre muchos gravitando en un Universo infinito.

Oficialmente, en Tumma se ignoraba la teoría de estos sabios eminentes, que conocieron la prisión y la tortura, la deportación y la muerte, por defender unas ideas que atentaban contra la base de la religión Auzal, la única tolerada en el Imperio, cuyo representante mortal era la propia figura del Emperador.

Los silaitas, que al tiempo que ahorcaban a la clase noble hacían saltar en pedazos la religión, se tomaban muy en serio su revolución cultural y creaban nuevos centros de investigación. El emporio de la cultura pasaba de Tumma a Silaos. El socialismo atacaba directamente los tres puntos de apoyo vitales del Imperio; el social, el económico y el cultural. Si uno solo de estos apoyos cedía, toda la estructura del Imperio Tumma se tambalearía y acabaría por derrumbarse.

Aunque no era un militante activo y veía con cierto temor los avances del socialismo, Beg Hon admitía la realidad de un hecho incuestionable. Las viejas estructuras se caían a pedazos; un nuevo orden, que quizás no fuera el socialismo, sino algo distinto, se gestaba en el seno de un mundo en efervescencia. Un mundo mejor comunicado, más sincero y más ilustrado, un mundo acuciado por nuevas necesidades, que exigía nuevas respuestas a viejas preguntas jamás contestadas.

El sistema capitalista crujía por todos sus lados, pero todavía no estaba muerto. La respuesta de las fuerzas reaccionarias iba a ser la de siempre, porque el capitalismo, entre otros defectos, adolecía de falta de imaginación. El capitalismo no defendía ideales, sino intereses. No podía hacer cesión de sus posiciones, porque si lo hiciera dejaría de ser el capitalismo y sería otra cosa. Y para defender sus posiciones apelaba al recurso de la fuerza, como siempre había hecho.

La guerra era la respuesta del imperialismo a los ataques ideológicos del socialismo. Una guerra total, como jamás antes había conocido el mundo; una guerra planeada, ejecutada con

nuevas y sofisticadas armas de inmenso poder. La Humanidad sufriría tanto, iba a quedar tan diezmada, que después de esta terrible lección, por mucho tiempo en el futuro, no tendría fuerzas para rebelarse.

CAPÍTULO VI

DESPUÉS de dos horas de navegación, el “Coimbra” se aproximaba a la ciudad portuaria.

Hacia aproximadamente diez minutos el contralmirante Tuanko había abandonado la cámara de derrota, llamado por su padre el profesor Alejandro Aznar. Ahora Belén Izquiaola se encontraba sola en el puente de mando, recostada en su sillón. Sabía que el profesor Alejandro y Marek interrogaban al náufrago en el comedor de oficiales, y que probablemente habían llamado a Tuanko por algo relacionado con este interrogatorio.

El primero en hablar con el prisionero fue Adler Ban Aldrik. De todos los Aznar que se encontraban a bordo, el único que realmente inspiraba respeto a Belén era el bartpurano. Éste también era un Aznar, pero distinto. Su sangre estaba mezclada a partes iguales de bartpurano y terrícola, más para nadie era un secreto que en la procreación de Adler Ban Aldrik, aparte naturalmente del protagonismo de sus padres, intervinieron decisivamente los doctores bartpuranos especialistas en genética. Éstos manipularon los genes seleccionando los rasgos hereditarios más beneficiosos de cada cónyuge. El resultado fue Adler Ban Aldrik, del que con razón podía decirse que era un superhombre, un fuera de serie.

Después de curar a los heridos en la enfermería, Adler Ban Aldrik subió a la cámara de derrota y habló con Tuanko. Belén se encontraba presente y gracias al “bundo” sabía que el tuma se llamaba Beg Hon. Era una ventaja tener a bordo a un individuo como Adler Ban Aldrik. Sus extraordinarias facultades paranormales habían hecho posible que se entendieran con los tumas.

Bien era cierto que había otros a bordo que poseían igualmente estas facultades. Los tapos, emparentados con los bartpures, tenían también facultades telepáticas. Y los Aznar, naturalmente, que

también eran tapos.

A Belén Izquiaola le ponía especialmente nerviosa saber que tanto el contralmirante, como el sobrino Marek, eran capaces de descubrir sus más recónditos pensamientos. Que esto lo hiciera Alejandro Aznar no le importaba tanto; era un hombre distraído, tan bueno que Belén le habría confiado por sí misma hasta el último secreto, en la seguridad de que el profesor no traicionaría su confianza. Y en cuanto al otro Aznar, es decir, Adler Ban Aldrik, podía decirse sin pecar de exageración que vivía en un mundo aparte. El pensamiento del “bundo” solía estar demasiado ocupado en problemas científicos y metafísicos para descender de sus alturas a indagar lo que bullía dentro de la cabeza de una chica cualquiera. Eso era lo que creía Belén Izquiaola.

Pensándolo bien no había estado demasiado acertada solicitando ser incluida en la expedición del “Coimbra”. En el autoplaneta Valera, y ya concretando, en los cuadros de la Armada Sideral valerana, la gente les temía a los tapos como al rayo. En ninguna parte querían relacionarse con los tapos, y esto por una razón elemental. El valerano común y corriente, que no tenía ninguna de las facultades parapsíquicas de los tapos, no podía relacionarse con éstos en plan de igualdad. El tapo llevaba siempre ventaja; conocía los pensamientos del valerano y sus intenciones más ocultas, sus vanidades y sus secretos, lo malo y lo falso que generalmente estaba escondido en lo más profundo de cada uno.

En Valera, los valeranos negaban discriminar a los tapos. Lo que hacían, sencillamente, era defenderse de ellos apartándolos de sí, cuanto más lejos mejor.

Más radical que sus compatriotas, Belén Izquiaola admitía odiar a los tapos. No le importaron hasta que los conoció, y tuvo que ser a bordo del “Coimbra” donde aprendiera la amarga lección. No todos a bordo eran tapos, ¡pero los que había pesaban mucho!

Estaba Belén Izquiaola lamiéndose sus heridas en solitario cuando la llamaron desde el comedor de oficiales. Esto le extrañó mucho. Ordenó a la capitana Antonia Frances que tomara el mando y se dirigió al comedor de oficiales. Cuando ella llegaba salía de la habitación el gigantesco Beg Hon acompañado del sargento Eced.

Belén pegó un respingo. Había visto antes a los tumas cuando eran desembarcados del aerobote, a través del circuito cerrado de

televisión. Visto al natural el extraño ser le pareció más alto, más grande, y por supuesto más horrible. Belén pegó la espalda al mamparo, a pesar de que el pasillo era lo suficiente ancho para diez personas en fondo, y hasta contuvo el aliento, como temiendo respirar el aire que rodeaba a un tipo tan monstruoso.

Entró en el comedor y allí encontró a todo el equipo científico, a Tuanko y a Marek sentados alrededor de la mesa, tomando café y zumos de fruta que iban sacando directamente de la Karendón “dispensera” instalada en el mismo comedor.

—Siéntese, Comandante —invitó Tuanko—. ¿Va a tomar algo? Marek, sirve a la señorita Izquiaola una taza de café.

Marek abandonó su asiento y fue a la “dispensera” a apretar el botón correspondiente en el programador.

—Mírenos, Izquiaola, estamos preocupados —dijo Tuanko abarcando a la reunión con un ademán—. Beg Hon ha hablado, y las cosas que cuenta son terribles. Parece que no hemos llegado en un buen momento. Dos grandes potencias, las mayores del hiperplaneta, se enfrentan en estos momentos decididos a aniquilarse mutuamente. Las bombas que nosotros detuvimos iban destinadas a arrasar Orkad, esa ciudad portuaria con ocho millones de habitantes, y era la primera carcasa con la cual se inauguraban los hostilidades. ¿Ha probado usted a sacar el periscopio?

—No. ¿Cómo iba a atreverme sin orden suya? —respondió Belén irónicamente.

—Bueno, no importa. Seguramente lo que vamos a ver es un territorio sembrado de setas radiactivas, que no estaban allí cuando nos sumergimos. En dos horas han tenido tiempo para destruir todo lo que les costó dos milenios de construir.

—Tal vez no —dijo José Ferrer—. La guerra no ha hecho más que empezar, Beg Hon dice que los tumas han desarrollado últimamente un missil contra missiles. Ignora si los silaitas poseen un arma parecida, aunque dado el desarrollo tecnológico de éstos, parezca lógico que la tengan también. El factor sorpresa en el cual esperaban sacar ventaja los tumas, ha sido anulado gracias a nuestra intervención.

Belén Izquiaola aceptó la taza de café que le ofrecía Marek, tomó un sorbo de la infusión y dijo:

—¿Y nosotros qué tenemos que ver en todo eso?

—Ese es nuestro problema —replicó Alejandro Aznar—. No sabemos qué hacer.

—¿Y por qué hemos de hacer nada? No es nuestro problema.

—Estamos en las mismas que antes —suspiró Tuanko haciendo un gesto de enojo—. Según usted debemos limitarnos a ser espectadores pasivos de una guerra en la que dos grandes naciones van a destruirse mutuamente sin provecho para ninguno. ¿Es así como lo ve usted?

—¿Y cómo podemos impedirlo, digo yo? —exclamó Izquiaola.

—Tal vez podamos. Nuestro crucero tiene poder sobrado para destruir en el aire todos los missiles que se disparen por ambos lados, para derribar todos sus aviones y hundir todos sus barcos de guerra.

—Los barcos y los aviones van tripulados por hombres. Estamos hablando de salvar vidas, no de sacrificarlas. A menos, claro, que alguien se considere con derecho a sacrificar unos miles de vidas para salvar unos cientos de miles. ¿Por qué no preguntamos su opinión a nuestro moralista, el doctor Adler Ban Aldrik?

Todas las miradas convergieron sobre Fidel Aznar, que ocupaba el extremo de la mesa opuesto a Tuanko.

—Habla, viejo —invitó Tuanko—. Dinos tu opinión.

—Detesto las guerras —afirmó el “bundo” sin alzar los ojos de la mesa—. Condeno incluso las guerras que vosotros habéis llamado justas, como la que sostuvimos en la Tierra contra los sadritas, y en Atolón contra los thorbod. Siento no poder ayudaros a despejar vuestras dudas. ¿Es moralmente aceptable sacrificar unas vidas para salvar otras? Mi respuesta es que no. Nunca, en ningún caso, es lícito arrebatar una vida.

—¡Hombre, tío! —exclamó Tuanko—. Piensa que no se trata de una sola vida, sino de millones de ellas.

—Me preguntas mi opinión y te la doy. El que mata mil hombres no es mil veces más execrable que el que mata a uno solo. Con la primera víctima ya ha incurrido en el crimen más condenable que pueda cometer el ser humano. Parece que no debiera ser así, acostumbrados como estamos a medir el valor de las cosas por su cantidad. Un montón de mil cadáveres nos impresiona más que un solo cadáver. Si quieres saber la importancia de una sola vida, considera uno entre el montón, ponte en su lugar. A ti el montón no

te importa, pero tu vida sí te importa, es lo más valioso para ti. Eso nos ocurre a todos. Ocurre también con cada uno de los que forman montón. Pensamos que la vida de los demás no es importante, nos resbala por la epidermis el que mueran mil hombres o un millón. Sólo cuando nos encontramos entre las víctimas protestamos, ¡es injusto, yo no debiera estar aquí porque yo soy yo mismo, distinto de los demás! Pero no hay distinción, todos amamos la vida, desde el hombre a la mosca que huye cuando siente el aire de la mano que va a aplastarla de un papirotazo.

—¡Vaya, ya estamos con las de siempre! —exclamó Tuanko disgustado—. Sabía que era inútil pedir tu opinión.

Los reunidos guardaban silencio, tal vez impresionados por las reflexiones del “bundo”.

“¡Maldito seas, viejo!” —transmitió telepáticamente Tuanko a su tío abuelo—. “Ahora necesito lo menos una hora para levantar el ánimo de éstos. Tú no aportas soluciones, ¡tú haces la puñeta a todo quisqui!”.

“¡Vete al infierno, salvaje!” —fue la respuesta telepática de Adler Ban Aldrik.

—Está bien, amigos —dijo Tuanko dirigiéndose al grupo—. Sigamos tomando café. Mientras nosotros estamos aquí tan ricamente una pierna sobre otra, allí afuera hay quizás millones de seres; hombres, mujeres y niños que corren aterrados mientras las bombas nucleares estallan sobre sus cabezas. Es la guerra; cruel, injusta, innoble e inmoral. Las guerras no deberían ser pero son, están ahí. No habría lugar a ellas si todos y cada uno de nosotrosuviéramos la calidad espiritual del honorable Adler Ban Aldrik. Es sencillo; todo se reduce a respetar la vida de nuestro prójimo como la vida propia. Lo que ocurre es que, cuando uno respeta a los demás, los demás le pierden el respeto a uno. ¿Qué dice Adler Ban Aldrik a esto? No se lo pregunten, yo sé la respuesta. Dentro de mil millones de generaciones, cuando todos seamos buenos, no ocurrirán estas cosas. ¡Formidable! ¿Y mientras esperamos a que el ser humano evolucione hacia la bondad infinita, que parece ser nuestra meta, qué hacemos? ¿Quedarnos quietos para que nos las den todas en el mismo carrillo?

—No es el caso, no es nuestra guerra —dijo Belén Izquiaola.

Tuanko Aznar pegó un puñetazo en el borde de la mesa.

—¿Y qué demonios importa que no sea nuestra guerra? ¿O es que somos de hielo para contemplar impasibles cómo se matan esos locos? No les digo que intervengamos a favor de un bando u otro. ¡Maldición, sólo propongo que echemos abajo sus mortíferos artefactos! ¿Que luego quieren continuar su guerra? ¡Muy bien, que la hagan con piedras y con palos! Por lo menos morirán muchos menos.

—Eso parece razonable —dijo el profesor Mario Valera chupando de su pipa apagada—. La mortandad será horrible con esos primitivos artefactos, no sólo por las víctimas que causen directamente, sino por las secuelas de su mortífera radioactividad. Recuerden que esta gente se encuentra en los albores de la Era Atómica y utilizan bombas “sucias”.

—En mi opinión Tuanko tiene la suficiente autoridad para decidir por sí solo lo que debe hacer —dijo Paulina Elorza—. Y lo que él diga debemos acatarlo los demás. Él es el jefe militar de la expedición.

—Ésta es una expedición científica, no militar —rebatí el propio Tuanko—. Mi cometido se reduce a cuidar de su seguridad personal.

—Pero no creo que corramos peligro si abandonamos por un tiempo nuestro cometido y procuramos de hacer entrar en razón a esa gente, ¿verdad? —preguntó el profesor Castillo.

—Nunca se sabe lo que pueda pasar —apuntó Belén Izquiaola.

—Yo digo que no hay ningún peligro —dijo Marek.

—No acepto tomar esa responsabilidad solo. Si les parece lo sometemos a votación —propuso Tuanko.

—¿Teme que podamos salir de este enredo con algún chichón de más, no es cierto? —preguntó Belén, disfrutando de mortificar al contralmirante.

Tuanko no respondió. Sus años de servicio como ayudante de Almirante Mayor le habían enseñado a evitar las discusiones. Cuando dos personas se enfrentaban dialécticamente, siempre había al menos una que salía herida.

Se decidió someter el asunto a votación. Marek rompió las páginas en blanco de su libreta de notas y repartió los papeles entre los presentes. Adler Ban Aldrik rechazó el suyo con un movimiento de cabeza. Se armaron de lápices y bolígrafos y cada uno escribió su

respuesta a la pregunta, ¿intervenimos?

—Recoja las papeletas y cuente los votos usted misma —invitó Tuanko a Belén Izquiaola.

Belén leyó en voz alta los votos, Todo eran “síes”.

—¿Dónde está su voto? —interrogó Tuanko extrañadísimo.

—Aquí. ¡No pensará que hice trampa! —exclamó Belén.

Tuanko no insistió.

—Ya que hemos tomado una decisión, pongámosla en práctica, cuanto antes mejor —dijo poniéndose en pie—. Izquiaola... Marek, venid conmigo, vamos a lo nuestro.

En la cámara de derrota sólo estaban la capitana Frances, el teniente Garín, la alférez Nora Tarrago y el sargento Ivar. Tuanko mandó llamar a los demás y también a Beg Hon. Antonia Frances abandonó el puente y Marek fue a ocupar el puesto del piloto.

Al pie de la corta escalerilla que llevaba al puente de mando, mientras esperaban a Beg Hon, Tuanko preguntó a Belén.

—¿Por qué votó a favor de intervenir, después de haber estado oponiéndose todo el tiempo?

—Yo deseaba intervenir en esa guerra.

—No la creo.

—Usted tiene el don de leer el pensamiento. Si se hubiese molestado en mirar dentro de mí, habría descubierto que, en el fondo, estaba deseando que se decidiera por intervenir. No me seducía mucho venir a este planeta a recoger muestras de plantas y capturar insectos, de modo que no podía disgustarme que emprendiéramos una acción más acorde con mis aficiones.

—Si lo deseaba, ¿por qué estuvo en contra mía?

—Yo no soy tapo, por lo tanto carezco de esa sinceridad tan alabada en sus mujeres. Las mujeres valeranas somos muy complejas. Mentimos casi siempre, por hábito, y también por maldad. A mí usted me caía bien, pero puesto que usted no se molestó en averiguarlo, no iba a ser yo quien fuera a buscarle con sonrisas y carantoñas. No podía hacerlo. Desde el principio tuve la sensación de ser persona no grata en este buque. Era lógico, puesto que llegué aquí por recomendación, me impusieron a la trágala, le arrebaté el puesto a Marek, y la tripulación me miraba con malos ojos. ¿Qué podía hacer yo, sino responder con indiferencia a la animosidad que sentía a mí alrededor?

—Admito que su posición aquí no ha sido muy cómoda. Yo escogí a la tripulación y los muchachos están conmigo. Marek se llevó un gran disgusto, y en cuanto a mí, tuve una pelotera con mi tío. El Almirante Mayor consideraba que éramos demasiados miembros de la familia en este buque, y llegó a amenazarme con dejarme en tierra si no aceptaba a usted poniéndola en el puesto de Marek. Con todo, yo no le guardaba rencor, se lo digo sinceramente. La acepté como un mal irremediable.

—Pues eso precisamente me dolía, que me hubiesen aceptado como “un mal”. Yo no he querido ser un mal menor ni un mal mayor, sino uno más. Pero ustedes no me aceptaron. —Belén sacudió la cabeza—. Claro que yo me lo busqué. Puse tanto empeño en venir que no reparé en el lado negativo del asunto. Fue error mío, no cabe duda.

—Pero usted ya está aquí, eso no tiene remedio.

—Sí lo hay. Puede desmaterializarme y tenerme a buen recaudo en la Dimensión Temporal hasta que nos restituyan a todos en Valera.

—No diga tonterías, yo no puedo hacer eso.

—¿Tiene miedo a la pelotera que pueda tener después con el Almirante? ¡Vamos, no sea cobardica! Le prometo echarle una mano admitiendo que estaba de sobra aquí —dijo Belén riendo.

Pero Tuanko negó con la cabeza y dijo:

—No, amiga mía. Ahora estoy mirando dentro de usted y veo que miente. Le gusta esto y quiere seguir aquí.

—Bueno, tampoco he dicho que no me gustara. Pero si soy un estorbo, pues...

—Vamos, déjese de niñerías. Se está muriendo de ganas de ver cómo termina esto, y yo la necesito aquí. Esto puede durar horas y días, y no digo años porque mi paciencia no alcanza a tanto. Si esos estúpidos no dejan de luchar, ¡los aplastaré! Mire, aquí viene Beg Hon. Puede sernos de gran ayuda, de hecho ya lo ha sido.

—A mí ese tipo me resulta repugnante —dijo Belén bajando la voz.

—¿Y usted cómo se cree que es? ¿Se ve bonita?

—¡Hombre, Contralmirante! No estoy mal, digo yo. ¿A usted qué le parezco?

—A mí me parece muy bonita. Pues asómbrese usted, ¡a Beg

Hon le parece repugnante!

—¡El muy guarro! ¿Lo ha dicho así, que le soy repugnante?

—Claro que no. No tuvo que decirlo, yo lo vi en su pensamiento. No sólo usted, yo y todos los demás le parecemos repugnantes. Cada vez que nos mira nos asocia en su pensamiento con... ¡una gallina desplumada viva!

Belén Izquiaola abrió de par en par sus hermosos y asombrados ojos. Luego soltó una carcajada y Tuanko también rió.

Llegó Beg Hon, acompañado del sargento Eced, y se quedó mirando a los dos con sus grandes ojos de caballo. Tuanko contactó con el tuma y descubrió que éste sentía suspicacias ante la risa de los extranjeros. Ahora sabía que aquella especie de cloqueo era risa. ¿Se reían de su aspecto aquellos dos?

—No, Beg Hon, no nos reímos de ti, sino de nosotros mismos. Porque tú nos comparas con una gallina pelada, no lo niegues.

—Lo siento, no puedo evitarlo —murmuró el tuma—. Tal vez, cuando me acostumbre a veros, no os encuentre tan raros.

—Naturalmente, Beg Hon. A nosotros nos ocurre lo mismo contigo. Ven conmigo, quiero que me dibujes un mapa de tu país y también de Silaos. Belén, suba usted a la plataforma y ordene la maniobra. Vamos a abandonar el mar y elevarnos verticalmente a cualquier altura hasta que tengamos la información necesaria.

Belén Izquiaola se dirigió al puente mientras Tuanko llevaba a Beg Hon hasta un extremo de la cámara de derrota reservada al navegante. Allí, sobre un tablero de dibujo, Beg Hon trazó un mapa. Mientras el tuma dibujaba, Tuanko le espiaba mentalmente para asegurarse de que el marino no le engañaba.

El mapa que resultó se parecía curiosamente a cierta parte del planeta Tierra, la India, con la isla de Ceilán colgando del lado contrario. Aquí, Ceilán era Tumma, un continente oceánico con una superficie que Tuanko estimó en unos veinticinco millones de kilómetros cuadrados. La India era Silaos, unas cinco veces mayor que Tumma, superficie ciento veintisiete millones de kilómetros, es decir, como todos los continentes de la Tierra reunidos. Silaos no ocupaba todo el continente del cual formaba parte, sino que quedaba aislado del resto por una barrera de pequeñas naciones, más de un centenar.

Antes, la mayoría de estas naciones, muchas de ellas tan grandes

como toda Europa, habían sido colonias del Imperio Tumma. Otras fueron reinos formados artificialmente para impedir la expansión de Silaos en dirección al inmenso territorio que quedaba a sus espaldas. En la actualidad todas estas naciones eran estados independientes. Económicamente, sin embargo, dependían de Tumma, que tenía allí importantes industrias y numerosas bases aéreas y marítimas.

Solamente una vez estuvieron en guerra Silaos y Tumma. De resultas de la derrota sufrida por Silaos le fueron impuestos los estados independientes que iban a impedirle toda expansión futura. Los numerosos conflictos entre Silaos y los insolentes estados fronterizos que se sucedieron después, estuvieron apoyados económicamente y armamentísticamente por el Imperio Tumma. En algunas ocasiones el Imperio incluso envió tropas expedicionarias a luchar contra Silaos. Jamás el Imperio conoció una sola guerra en territorio propio.

La distancia por mar entre Tumma y el punto más próximo de la costa silaita era de unos seis mil kilómetros, con algunas islas intermedias ocupadas por Tumma. Hasta que la Aviación alcanzó un notable desarrollo, la distancia entre Tumma y Silaos era demasiado grande para cubrirla en un vuelo sin escalas, ni siquiera partiendo de las islas intermedias. Siendo el Imperio Tumma un continente oceánico, tuvo que crear una importante flota, y una poderosa Marina de Guerra para proteger a aquella. Especialmente los portaviones tumas podían llevar una fuerza aérea de varios millares de caza-bombarderos casi hasta las mismas costas de Silaos. Pero incluso si no hubieran encontrado oposición de los submarinos silaitas y las Fuerzas Aéreas de intercepción, la aviación imperial nunca habría podido alcanzar el interior del país. Silaos era demasiado grande y situaba su capital y sus ciudades industriales más importantes en el corazón mismo del territorio o en la costa opuesta. Una de estas ciudades industriales portuarias, Orkad, era la que el submarino de Beg Hon tenía que destruir con sus missiles de alcance medio.

Los tumas tenían otros missiles de largo alcance, capaces de alcanzar la costa silaita desde Tumma, o las ciudades del interior de Silaos desde sus bases en los países amigos vecinos a Silaos.

—Esos países amigos, ¿han entrado también en guerra contra

Silaos? —preguntó Tuanko.

—Necesariamente. Solamente desde nuestras rampas de lanzamiento en esos países podemos alcanzar el corazón de Silaos.

—Cuando dices necesariamente, ¿quieres decir que vuestros amigos van a la guerra por convicción propia, o porque las circunstancias de estar vuestras bases allí les arrastran inevitablemente?

—Me avergüenza confesarlo —dijo Beg Hon—. En pura verdad ninguno de esos países ha sido advertido de nuestro ataque. Durante mucho tiempo les hemos estado armando y asesorando, montando allí nuestras rampas de lanzamiento con el pretexto de que sólo serían utilizadas para su defensa. Hoy nuestras rampas entraron en acción sin consulta previa. Nuestros proyectiles estuvieron preparados cada minuto de cada día, de modo que entraran en acción con una contraseña. Esos países no están preparados para una guerra nuclear. No podíamos advertirles anticipadamente de nuestro ataque sin que los silaitas se enteraran con horas de anticipación. Se optó por asestar un golpe sorpresivo y brutal, tan contundente que deberíamos dejar muy mermada su capacidad de respuesta. Los silaitas sólo poseen un tipo de proyectil capaz de alcanzarnos, y contra él tenemos un misil anti-misil que se supone habrá de detenerles en mitad de camino.

—O sea, que en estos momentos la mayor parte de vuestro trabajo ya debe estar hecho —dijo Tuanko desalentado.

—Sí, si todo se ha desarrollado como estaba previsto.

Desde el puente, a través del amplificador, Belén Izquiaola llamó a Tuanko:

—Contralmirante, eche un vistazo a la pantalla de proa.

Tuanko levantó los ojos y vio al otro extremo de la sala, por encima de la cabeza de Izquiaola, la gran pantalla trapecial apuntada en el sentido de la marcha del “Coimbra”.

Debido a la concavidad del planeta, la totalidad de la esfera era visible desde cualquiera de sus puntos, al menos en teoría. En la práctica, el espesor de la atmósfera, las nubes y la neblina producida por la intensa evaporación, limitaban el campo visual. Pero los brillantes globos de fuego que estallaban sobre el territorio de Silaos eran visibles desde miles de kilómetros de distancia, prácticamente debían verse de todo el país.

Tuanko arrancó furiosamente la hoja de la carpeta de dibujo y con ella en la mano se dirigió al puesto del piloto. Allí estaba Marek, que tenía ante sí una pantalla de televisión reproduciendo las mismas imágenes que se veían ampliadas en la pantalla mural.

—Parece que llegamos tarde, ¿verdad? —dijo Marek.

—Puede que todavía salvemos algo si actuamos con rapidez. Aquí tienes un plano de situación. Este gran triángulo colgante es Silaos. De momento parece ser que la andanada de bombas le llegan de esos países de aquí arriba. Observa cómo se parece a la India. Eso que podría ser Ceilán es Tumma, por ahí llegarán los missiles de largo alcance a rematar la obra de los proyectiles de alcance medio. Vamos a avanzar hasta el centro del territorio parándonos a una altura de dos mil kilómetros más o menos. En esa posición tendremos nuestras baterías de babor enfiladas hacia el mar en dirección a Tumma, y las de estribor hacia la frontera de esos otros países. Nada que se mueva en el aire a más de veinte mil metros de altura y seiscientos metros por segundo debe escapar al rayo de nuestros proyectores.

Dejando a Marek ocupado en introducir las órdenes en la computadora, Tuanko se dirigió al puente de mando para hablar con Belén Izquiaola.

Nadie se ocupaba de Beg Hon, cuyos ojos se volvían a todos lados mirando con interés cuanto le rodeaba. Excepto cuando se dirigían expresamente a él, Beg Hon no entendía una palabra de cuanto los valeranos hablaban entre sí. Beg Hon era curioso y habría dado cualquier cosa por saber lo que decían.

Levantando los ojos hacia las enormes pantallas de televisión, Beg Hon veía el mar y la tierra hundiéndose en la distancia. La aeronave estaba elevándose con rapidez. Beg Hon había visto la aeronave en el mar, bajo la luz de las bengalas. A primera vista le pareció tan grande como un portaviones y tan sólida como un acorazado. Incluso si estuviera hecha de aluminio su peso debería ser considerable.

Beg Hon no conocía más allá de cinco o seis dependencias de la nave. Vio ascensores, escaleras, amplios y largos corredores, ¡y todo parecía vacío! Los diseñadores de la aeronave parecían no haber reparado en volúmenes, como si no les importara el gasto a la hora de poner motores para elevar y sostener en el aire una mole tan

pesada. ¿De qué medios se valían para hacer volar su aeronave? ¿Cuál era su secreto?

Tímidamente al principio, y más confiadamente después al ver que nadie le hacía el menor caso, Beg Hon empezó a moverse por la cámara de derrota.

Se acercó a la consola de Marek. Éste levantó el rostro y le dedicó una de aquellas muecas extrañas. A la derecha de Marek había un segundo pupitre que tenía un teclado como el de una máquina de escribir y una pantalla electrónica. Beg Hon estaba familiarizado con las computadoras y reconoció la máquina. En la pantalla estaban apareciendo continuamente signos que debían ser cifras y letras. También identificó la pantalla de radar que Marek tenía ante sí formando pareja con una pantalla de televisión en color. La aeronave debía estar altamente automatizada, a juzgar por el escaso número de su tripulación y la sencillez en los controles de sus consolas. Ciertamente quedaban algunas consolas vacías, pero no parecía que se notara la falta de los controladores ausentes.

—¿Te interesa todo esto, Beg Hon? —le preguntó Marek sin mirarle, y también sin mover los labios ni producir ningún sonido.

—Es muy interesante —afirmó Beg Hon—. Supongo que con esta aeronave podéis volar a cualquier altura.

—A cualquier altura y a cualquier distancia.

—Por su aspecto parece bastante pesada.

—¿Te refieres al buque? ¡Oh, sí! Sin embargo, ahora no pesa nada.

—Sólo soy un aficionado y poco sé de vuestra técnica, pero presumo que no utilizáis motores cohete.

—Utilizamos motores de reacción solamente para la impulsión, aunque no se trata de cohetes. En todo el buque sólo utilizamos una fuente de energía, nuestro reactor nuclear. La energía, ya puedes suponerlo, es simplemente electricidad. El buque se mueve sobre campos de fuerza gravitacionales y es impulsado por dos chorros de luz sólida.

—¡Luz sólida! —exclamó Beg Hon—. ¿Luz solidificada?

—También utilizamos la luz sólida como arma. Un haz de taquiones se mueve a mayor velocidad que la luz. Su dispersión es tan pequeña que a un millón de kilómetros de distancia sólo ha aumentado unos milímetros de diámetro, y la energía que desarrolla

puede penetrar una muralla de acero de cinco metros de espesor. Como fácilmente comprenderás, las planchas de vuestros acorazados son atravesadas como si fueran de papel... Sí, Beg Hon, así es. Tenemos a bordo de este buque tanta potencia destructora como para reducir a cenizas todas las ciudades de Tumma, hundiros todos los barcos y derribaros todos los missiles y aviones que poseéis.

—¿Debo entender que me estás amenazando? —preguntó Beg Hon sobresaltándose.

Tuanko Aznar había llegado por detrás sin dejarse sentir y fue quien respondió:

—En efecto, Beg Hon, así es como debes entenderlo.

El tuma se volvió y sus grandes y melancólicos ojos se clavaron en el lampiño rostro de Tuanko. No sintió, pese a todo, animosidad en el valerano. Éste siguió hablándole telepáticamente a la vez que en voz alta en su propio idioma:

—Quiero que observes y te fijas bien en cuanto vas a ver. Nuestras baterías van a entrar en acción destruyendo todo lo que se encuentre en el aire en un millón de kilómetros de radio a nuestro alrededor. Caerán vuestros missiles y también los missiles de Silaos. Nuestra intención es paralizar toda actividad bélica, detener esta guerra y evitar que haya más víctimas.

Beg Hon pestañeó y Tuanko inquirió:

—¿Piensas que bromeo, que fanfarroneamos y no somos capaces de llevar a cabo nuestro propósito?

—No lo sé. Sólo me pregunto qué importancia pueda tener que yo crea o no. Siento como si hubiera algo que dependiera de mí... —balbuceó el tuma, temeroso y desconfiado.

En contra de lo que aseveraba, Beg Hon encontró una tregua.

Inesperadamente Tuanko dejó de ocuparse de él y habló con la mujer que se encontraba en la plataforma. Las voces sonaron a través de los amplificadores y los controladores empezaban a mover interruptores y apretar botones. Aun sin entender lo que hablaban, Beg Hon se dio cuenta de que algo cambiaba. La aeronave se transformaba de pronto en una máquina de guerra. Se escuchaban voces que no eran de ninguno de los tripulantes, como si en algún lejano lugar del enorme buque hubiera mucho más hombres que Beg Hon no había visto, sonaban zumbadores y pitidos modulados,

se encendían y apagaban pequeñas luces en los tableros...

En toda la cámara de derrota el alumbrado bajó de intensidad. Las miradas se dirigían a la gran pantalla mural de televisión de babor. Beg Hon miró en aquella dirección. De repente apareció un plano de un misil en vuelo. El uso del teleobjetivo no era nada nuevo para Beg Hon, aunque tal vez en este caso se utilizara una óptica todavía más potente.

Era un misil “Leviatán” de largo alcance. El proyectil no venía totalmente de frente, sino que se veía ligeramente de escorzo. Pero sin ver el dragón del escudo del Imperio habría reconocido Beg Hon las formas de la poderosa máquina, el arma más destructora de Tumma, en la que por primera vez iba a dispararse una bomba de nitrógeno.

De nuevo Tuanko Aznar se dirigió a Beg Hon.

—¿Identificas ese proyectil, Beg Hon?

Negar lo habría sido necio. El valerano leyó la respuesta en su cerebro.

—Observa cómo es destruido.

Un rayo dorado, tenso y rígido como una lanza, cruzó el espacio y atravesó limpiamente, de parte a parte, el gigantesco “Leviatán”. La bomba no hizo explosión, sólo estalló el motor cohete, quien a su vez hizo volar en pedazos los timones de cola. El misil volaba por encima de la atmósfera y siguió avanzando porque todavía no encontraba la resistencia del aire. Pero sin motor ni timones era obvio que jamás alcanzaría su objetivo. Sin la propulsión del motor caería, y al reentrar en la atmósfera se desbarataría.

—Mira bien, Beg Hon. Ahora lo verás desintegrarse —dijo Tuanko Aznar.

De nuevo una barra luminosa cruzó el espacio como una centella. El misil fue tocado por el rayo, que esta vez no lo atravesó. Como un insecto clavado a un cartón por la aguja dorada del coleccionista, siguió el misil volando durante un segundo. Luego se desintegró en medio de una llamarada, dispersando menudos fragmentos en un gran círculo.

La imagen se borró de la pantalla. En ésta se veía ahora el gran seno que formaba la costa silaita, donde se encontraba la ciudad de Orkad. La ciudad, con sus ocho millones de habitantes, aparecía milagrosamente intacta. Los misiles del submarino deberían

haberla borrado del mapa. Dada de baja en el tablero luminoso del Mando Central Imperial, ningún proyectil iba dirigido contra Orkad. Por encima del golfo, sobre el mar azul, se divisaba borrosamente a lo lejos el continente Tumma. Entre Tumma y Silaos, sobre seis mil kilómetros de océano, volaban los pesados “Leviatanes” buscando el corazón del territorio enemigo.

La comandante Izquiaola dio una voz. De pronto el cielo se cubrió de una urdimbre de barras doradas. Millares de rayos brotaban en apretados haces prolongándose como delgados hilos de oro hasta perderse de vista. Así, a ojo, Beg Hon calculó que no habría menos de cinco o seis mil. Miró al otro lado y vio como un reflejo de la misma escena. ¡El buque disparaba simultáneamente con seis mil proyectores por banda!

Beg Hon comprendió de pronto que había sido un ingenuo.

A la pregunta de cómo se las arreglaría una sola aeronave para detener varias decenas de miles de bombarderos y missiles, respondían los valeranos con una impresionante exhibición de fuerza. Beg Hon partía de la falsa suposición de que los proyectores de “luz sólida” era sólo unos cuantos, que tenían que cargarse, apuntarse, dispararse y volverse a cargar como si de cañones se tratara. Pero estos proyectores actuaban simplemente como lo que eran. No tenían que cargarse cada vez como una pieza de artillería, no descansaban, y sus proyectiles eran como auténticas lanzas de 20 centímetros de diámetro y 300.000 kilómetros de longitud. Una barra sólida de esas dimensiones y a tan alta velocidad tendría por fuerza una potencia tremenda donde hiciera impacto. Apuntados automáticamente por radar iban rectos al objetivo, sin desviarse ni ser afectados por el viento o la gravedad del planeta.

Tan pronto el buque empezó a disparar por las dos bandas se vio el espacio lleno de fogonazos y grandes bolas de fuego.

Los missiles tumas eran destruidos en el aire por centenares, encima de la costa, sobre el mar, y más profundamente sobre el mismo territorio de Tumma. Algunos de ellos debieron estallar cuando apenas acababan de salir de los silos.

La escena era idéntica por el lado contrario. Los missiles disparados desde los países del otro lado de la frontera eran destruidos sobre las montañas o encima de las cabezas de los mismos que acababan de dispararlos. Los mortíferos rayos

blandieron como espadas unos minutos y luego se apagaron casi al mismo tiempo.

Tuanko Aznar volvió el rostro y sus ojos se encontraron con los de Beg Hon.

—¿Cuántos missiles crees que hemos abatido, Beg Hon?

—No lo sé, muchos supongo.

—Todos los que estaban en el aire. Nuestros artilleros electrónicos dejaron de disparar porque no tenían contra quién hacerlo. Pero siguen allí, en guardia permanente, y volverán a encender los proyectores tan pronto sea necesario. Ahora dime qué piensas —invitó Tuanko.

—No sé qué decir —murmuró Beg Hon avergonzado.

CAPÍTULO VII

En las veinticuatro horas siguientes todavía entraron en acción las baterías del “Coimora” más de trescientas veces, en acción pasiva contra algún misil procedente de allende la frontera o algún submarino que merodeaba en solitario las costas orientales de Silaos.

Los señores de la guerra debían haber descubierto la extraña aeronave moviéndose lentamente a 2.000 kilómetros de altura en dirección al corazón de Silaos, y disparaban esporádicamente algún misil quizás para comprobar una y otra vez la eficacia de los misteriosos rayos desintegradores.

Pese a su preocupación, los que más tenían que agradecer la presencia de la aeronave eran seguramente los silaitas.

Las dos primeras horas de bombardeo nuclear fueron ruinosas para Silaos. Los tumas, que llevaban muchísimo tiempo preparándose para la guerra, tenían rampas de lanzamiento de proyectiles y numerosas fuerzas aéreas de bombardeo en los países fronterizos vecinos de Silaos. Cada misil, cada unidad de bombardeo, tenía previamente señalado su objetivo.

Los silaitas también tenían sus misiles de corto y mediano alcance apuntados contra las bases tumas en el continente. Por lo tanto las consecuencias del ataque fueron mayormente desastrosas para Silaos y sus vecinos fronterizos.

Mientras Tumma quedaba lejos, la frontera era una simple línea divisoria marcada con alambradas y campos de minas, que las divisiones acorazadas de Silaos atravesaron apenas media hora después de comenzar el bombardeo. Dada su proximidad las ciudades de uno y otro lado de la frontera, en una profundidad de cuatro a cinco mil kilómetros, quedaron totalmente aplastadas. La capital de Silaos, a pesar de sus defensas y encontrarse más lejos, en el corazón del país, también fue alcanzada.

Durante muchas horas, mientras el “Coimbra” volaba hacia el interior de Silaos, los astronautas valeranos veían a través del telescopio la misma repetida escena de ruinas, desolación y muerte por todas partes.

En el comedor de oficiales, donde funcionaba una pantalla de televisión en circuito cerrado con el telescopio, Beg Hon y sus dos compañeros tuma asistían con encontrados sentimientos a la proyección de este largo reportaje de desastres.

El capitán, conde Ubiao, se mostraba encantado.

—Casi no puedo creer que les hayamos causado tanto daño. Y eso a pesar de la intervención de estos malditos extranjeros para salvarles en el último momento —comentó.

Beg Hon, cuyo corazón estaba encogido a la vista de tanta devastación, respondió:

—Esos malditos extranjeros, como tú les llamas, nos han ayudado quizás más a nosotros que a Silaos. Olvidas que en las previsiones de nuestro Mando se daba por seguro que la reacción de Silaos barrería a la mitad de los países del continente, y alcanzaría casi el treinta por ciento de nuestras ciudades. Se ha cumplido la primera parte de nuestras previsiones, las naciones del otro lado de la frontera se llevaron la peor parte, y no considero eso motivo para enorgullecernos. Esos países se consideraban amigos y han sido los grandes sacrificados.

El contralmirante Tuanko Aznar y el capitán Marek entraron en la habitación. Tuanko tomó asiento en una silla mientras Marek iba en busca de dos tazas de café a la máquina automática.

—Veo que estuvisteis siguiendo nuestro reportaje por televisión —dijo señalando al aparato.

—¿No es una transmisión en directo? —preguntó Beg Hon.

—Esas secuencias se tomaron una por una mientras dormíamos y se pasan ahora de una sola vez. Desconocemos la toponimia de estas tierras, así que ignoramos qué ciudades son esas.

—Son ciudades silaitas, claro.

—Decidlo vosotros, si es que sois capaces de identificarlas —respondió Tuanko señalando a la pantalla.

El sargento torpedista Istan no había apartado sus ojos de la pantalla y exclamó de pronto:

—¡Oigan, miren eso! ¿No parece el río Deuran?

Desde una distancia considerable, a juzgar por la opacidad de la atmósfera, el objetivo del telescopio planeaba sobre las humeantes ruinas de una populosa ciudad enclavada a ambos lados de un gran río. La ciudad debió tener un puerto fluvial de cierta importancia. Se veían todavía las estructuras aplastadas de las grúas portuarias, y gran número de barcos de todo tonelaje hundidos, panza arriba, tumbados o asomando sus dobladas arboladuras sobre la superficie del agua.

Media docena de grandes puentes colgantes unían la ciudad entre las dos orillas. Todos estaban desbaratados, con sus torres derruidas y las plataformas hundidas o semisumergidas.

—¡Es Khyla! —exclamó el conde Ubiao—. Ese es el río Deuran y allí está Hodda, la colina sagrada con el viejo palacio del Emperador... y la avenida del Duiby por donde se asciende a Gran Templo...

Khyla, la antigua ciudad imperial, estaba convertida en un oscuro solar donde todavía se sostenían en pie algunas hileras de columnas y lienzos de muros de los que habían sido arrancados o quemados los marcos de las ventanas. El telescopio acercó las imágenes hasta unos cien metros, siguiendo la línea de ruinas que antes fue avenida. Por todas partes se veían escombros, y moviéndose entre estos algunas personas parecían errar sin rumbo fijo. Entre las piedras y las montañas de ladrillo sobresalían aquí y allá las carrocerías de los vehículos sepultados, y de algunas cañerías rotas se elevaban chorros de agua.

Los grandes ojos de Beg Hon se llenaron de lágrimas. Sintió un lacerante dolor y una gran rabia, una ira inmensa que le quemaba el pecho. Beg Hon había nacido en Khyla, donde la familia tenía su palacio. Pensó en sus padres y sus hermanos y se preguntó si habrían sobrevivido al desastre. La ciudad tenía buenos refugios anti-nucleares. ¿Pero qué garantías de seguridad ofrecían unos refugios que jamás se probaron? Toda la ciudad debía estar contaminada de radioactividad; el aire, el suelo, el agua y los alimentos no podrían tocarse ni ingerirse...

El conde Ubiao saltó de su silla pegando un puñetazo en el borde de la mesa y se puso a bramar:

—¡Malditos asesinos... han destruido nuestra ciudad... han matado a nuestra gente!

Durante unos minutos siguió barbotando maldiciones, hasta que roto por el histerismo puso la cara contra el muro y sollozó con grandes estremecimientos de hombros.

La oscura y rugosa piel del rostro de Beg Hon tenía un color a tierra sucia, más pálido que de ordinario. Sus grandes ojos de caballo, húmedos y melancólicos, se clavaron en el lampiño rostro de Tuanko Aznar. Éste no dijo nada, pero Beg Hon comprendió su pensamiento. La guerra era siempre distinta según del lado que se contemplaba. Antes el conde Ubiao estaba celebrando la devastación de las ciudades silaitas. Ahora Ubiao bramaba de rabia ante su propia ciudad aniquilada.

—Quiero hablar contigo, Beg Hon —dijo el contralmirante Aznar—. Pero volveré más tarde, cuando te hayas tranquilizado.

—No te vayas —dijo Beg Hon viendo al valerano ponerse en pie—. Dime lo que sea, pero respóndeme sólo a una pregunta. Tú preparaste esta escena esperando ver nuestra reacción, ¿no es cierto?

—Sí.

—¿Por qué? ¿Qué diabólico plan trama tu mente? ¿Por qué has buscado intencionadamente causarnos este dolor?

—Porque sospecho que nunca aprendiste a valorar el lado trágico de la guerra. Vosotros tripulabais un submarino cuya misión era descargar sus bombas nucleares sobre algunas ciudades. No eran ciudades tumas, desde luego. Sólo eran puntos en un mapa, un nombre en unas coordenadas geográficas, una cosa, ¡nada! ¿O alguien en el submarino pensó que en aquel punto y sobre aquellos nombres había una ciudad viva con sus ríos y sus puentes, sus monumentos y sus parques, sus niños y sus mujeres, sus hombres y sus hogares? Los tumas han sostenido guerras en el continente silaita. Sus ejércitos y sus barcos han cruzado varias veces el mar para intervenir en guerras lejanas y oscuras, pero Tumma, en verdad, nunca ha conocido la guerra en su propio suelo. No ha vivido el horror de los bombardeos, ni ha visto sus casas en ruinas, ni los montones de cadáveres ensangrentados en la fosa común, ni ha sufrido las penalidades de la huida, el hambre o el cautiverio. El soldado tuma iba a la guerra alegremente, bien uniformado, bien armado y bien alimentado, despedido entre músicas y vítores, a luchar y morir por la Patria y el Emperador. Su causa era una causa

oscura, porque ni la Patria ni la persona del Emperador estaban en peligro, pero de alguna forma tenía la sensación de estar pagando un tributo. El alto nivel de vida de Tumma existía gracias a los elevados sueldos de las industrias que transformaban las materias primas de las colonias, a sus fábricas de herramientas y de armas. Los transformados, las herramientas, los productos químicos y textiles y las armas tenían que gastarse, necesitaban un mercado, y el soldado tuma iba a luchar y a morir para abrir nuevos mercados o conservar los que ya tenía su país en otras lejanas tierras. Ésta ha sido la contribución del soldado y de las madres que perdieron sus hijos en las guerras. Ley inexorable de la existencia; unos pocos tenían que morir para que el país siguiera viviendo.

Beg Hon escuchaba sorprendido al valerano, porque estas mismas ideas ya le habían preocupado antes en numerosas ocasiones.

—Espero —continuó Tuanko Aznar— que el pueblo tuma tenga hoy otra opinión acerca de las guerras y sus consecuencias. No digo que merecierais este castigo, pero alguna vez tenía que ocurrir y ya ha ocurrido. Tal vez esta experiencia haga reflexionar a los tumas. ¿Tú qué crees?

—Tengo la impresión que hay algo más que una reprimenda detrás de tus palabras —respondió Beg Hon.

—Así es —afirmó Tuanko—. Quiero haceros una proposición. Pero esperaremos a que Ubiao se serene.

—Puedes hablar, si es por mí —dijo el conde Ubiao regresando a la mesa—. Di lo que has venido a decir.

—Muy bien, ahí va. Quiero que me preparéis una entrevista personal con vuestro Emperador.

—¿Quieres hablar con nuestro Emperador? —preguntó el sorprendido Beg Hon—. ¿Para qué?

—Para convencerle de que debe dar por concluida esta guerra.

—Ya terminó, vosotros la habéis hecho imposible.

—La guerra está suspendida, no terminada. Si todos fuerais razonables no volveríais a reanudarla, pero eso no es tan sencillo. Temo que nadie quiera conformarse con la parte de daños que le correspondió. Nosotros no podemos permanecer indefinidamente aquí. No podemos ni queremos erigirnos en gendarmes del mundo. La paz sólo duraría el tiempo que nosotros permaneciéramos

vigilantes.

—Comprendo lo que quieres decir —murmuró Beg Hon—. ¿Qué esperas que hagamos?

—Regresad a Tumma y ved de conseguirme esa entrevista con vuestro Emperador. Mientras tanto veré de entrar en contacto con los silaitas y de hablar con su Presidente.

Beg Hon miró al conde Ubiao. Éste levantó los estrechos hombros.

—Bien, intentaremos conseguir esa entrevista. ¿Cómo regresaremos a Tumma? ¿Nos llevaréis en vuestra aeronave?

—Tenemos otra forma más segura y rápida de viajar. Despacharemos una cápsula Karendón al lugar que vosotros indiquéis. Convendría que trataras de comunicarte por radio con los tuyos a fin de que no sean sorprendidos por la llegada de nuestra cápsula.

Beg Hon dio por entendido que viajaría con Ubiao y el sargento Istan a bordo de la cápsula. Se dirigieron todos a la cámara de derrota, donde por espacio de dos horas trataron de comunicarse por radio con la base de submarinos.

Mientras tanto, los valeranos ponían en el espacio la cápsula portadora “KT” que era un cilindro metálico pintarrajeado a manchas verdes y amarillas, de 20 metros de longitud y 7 metros de diámetro. La cápsula no esperó a los pasajeros, sino que inmediatamente empezó a alejarse impulsada por un motor de “luz sólida”.

Poco después Beg Hon conseguía establecer contacto con su base. Se dio a conocer, informó del lugar donde se encontraba y comunicó el propósito de los extranjeros de llevar una cápsula hasta algún lugar próximo a la residencia del Emperador.

Tuvo que repetir varias veces la misma historia, cada vez a un interlocutor distinto, que empezó siendo un cabo y acabó en un almirante, pasando por todos los grados intermedios.

—No creo que eso sea posible —contestó finalmente el almirante—. Pero permanece en la sintonía por si hay respuesta.

Durante la espera Beg Hon preguntó por qué no eran embarcados en la cápsula portadora. Tuanko tuvo que explicarle las bases del funcionamiento de las Karendón y cómo el fenómeno de la desmaterialización se aplicaba al transporte de personas a larga

distancia.

—¿Queréis enviarnos allá desmaterializados? —inquirió Beg Hon sobresaltándose—. ¿Y si luego no podéis materializarnos?

—Eso no ha ocurrido nunca.

—Supongamos que se avería vuestra cápsula o es destruida por la artillería tuma cuando ya no estamos aquí y todavía no hemos llegado allá.

—Se os restituiría de nuevo a bordo, no hay problema.

Marek Aznar estaba manejando el telescopio electrónico y llamó la atención de Tuanko sobre la pantalla mural de estribor. El telescopio estaba apuntado sobre la frontera de Silaos y mostraba desde una altura conveniente el avance de millares de carros de combate hacia el interior de los países aliados del Imperio. Sobre las fuerzas acorazadas volaban nutridos enjambres de aviones que atacaban con cohetes y bombas otros carros de combate y caravanas de vehículos en fuga.

Por espacio de dos horas, mientras esperaban la respuesta del Almirantazgo Tumma, los valeranos estuvieron observando por el telescopio. La consecuencia a la que llegaron fue que los silaitas luchaban en toda la frontera avanzando arrolladoramente en el interior de los países enemigos.

Beg Hon preguntó a Tuanko por qué no actuaba contra aquellas fuerzas y detenía la guerra en tierra.

—No queremos causar víctimas. Si te fijas observarás que hasta el momento, sólo hemos intervenido para derribar missiles nucleares. Puede que haya caído también algún que otro avión bombardero, pero en general evitamos matar a nadie.

Sergio Garín anunció que había respuesta de Tumma.

Beg Hon fue a tomar de nuevo los auriculares. Durante unos minutos conversó con su base. Autorizaban el aterrizaje de la cápsula, pero debería hacerlo en un lugar apartado, una playa solitaria distante más de tres mil kilómetros de Khyla, la capital del Imperio.

—Son desconfiados esos tumas del demonio —cometo Marek.

—Bueno, nosotros lo seríamos también si estuviéramos en su caso —dijo Tuanko.

—No me gusta esto, Tuanko. Pienso que deberíamos admitir que nuestros medios también son limitados, y que no podemos seguir

interviniendo sin causar víctimas, lo cual haría muy discutible las razones humanitarias de nuestra acción.

—Déjame intentarlo, Marek. Si Beg Hon me consigue una entrevista con su Emperador iré a hablar con él y trataré de convencerle de que la guerra es imposible mientras nosotros estemos aquí.

—Pero no pensarás quedarte para siempre, algún día tendremos que marcharnos.

—Déjame intentarlo —repitió Tuanko.

Marek se encogió de hombros y se alejó.

Una hora más tarde la cápsula portadora alcanzaba la costa oriental de Tumma y se posaba suavemente en el lugar indicado. Los tumas seguramente no esperaban tanta rapidez y nadie había llegado todavía.

Tuanko Aznar y el profesor Ferrer acompañaron a los tres tumas hasta la Karendón de a bordo. Los tumas se mostraban bastante intranquilos.

—No sentiréis nada —les aseguró Tuanko—. Seréis desmaterializados en medio de un relámpago, y con ese mismo relámpago os encontraréis en la cápsula. Estad tranquilos y esperáis a que se abra la puerta.

Los grandes ojos de Beg Hon estaban clavados en Tuanko.

—Presiento que no volveremos a vernos —dijo, y telepáticamente trascendió su melancolía—. Tus ojos leen en mi mente, por lo tanto sabes cuanto te aprecio.

Tuanko le tendió la mano. Beg Hon se la estrechó con su tosca y verrugosa zarpa. Luego los tres tumas entraron en la cámara y Tuanko hizo una indicación al profesor Ferrer. La máquina funcionó como tenía por costumbre, proyectando por el hueco que quedaba entre la pantalla el lívido fulgor de la descarga que desmaterializó a los tumas. Inmediatamente la Karendón empezó a confeccionar una tira perforada de metal.

Tuanko regresó a la cámara de derrota.

La cápsula portadora llevaba su propia emisora de televisión y estaba enviando imágenes al “Coimbra” sobre las cuatro grandes pantallas murales y el techo de la cámara de derrota. A través de la cámara montada a proa de la cápsula, los valeranos vieron como se abría hacia afuera el portón hasta formar una rampa. Por esta

rampa salieron Beg Hon y sus dos compañeros, quienes al llegar a tierra se volvieron y miraron sorprendidos la máquina.

—Buena suerte, Beg Hon —dijo Tuanko, a pesar de saber que el tuma no le oiría.

Mandada por control remoto, la cápsula volvió a cerrar su portón, acopló el cono a su proa y se elevó en el aire para regresar al “Coimbra”.

El profesor Castillo se acercó a Tuanko y mirando las imágenes de televisión, cuando la cápsula despegaba, dijo:

—Bueno, ya que estamos clavados aquí por culpa de esa torpe guerra, al menos deberíamos enviar nuestra cápsula a explorar a otra parte del planeta.

Tuanko Aznar sabía que estaba perturbando el trabajo del equipo científico, y aunque esperaba disponer de mucho tiempo para dedicarlo a la exploración del resto del planeta, juzgó conveniente acceder a las demandas de Castillo. La cuestión, una vez decidido expedir la cápsula, era saber dónde dirigirla.

—No nos alejaremos mucho, sólo iremos al país de los centauros —dijo Tuanko.

Según Tuanko vino a saber, la profesora Setúbal, Nuria Ross y Paulina Elorza, las tres damas del equipo científico, habían estado interrogando largamente al sargento tuma, utilizando como intérprete a la sargento Zarda, que era por cierto la única mujer tapo de la tripulación. Como todos los tapos, Zarda poseía facultades telepáticas, gracias a las cuales no le fue difícil sonsacar al sargento Istan. ¿Pero qué pudo contarles Istan?

—Muchas cosas —dijo el profesor Castillo—. Una persona medianamente culta sabrá de este planeta mucho más de lo que nosotros podamos conocer por nosotros mismos en un año de investigaciones. Istan no es un tuma muy ilustrado, pero ha ido a la escuela. Tiene esa cultura popular que todos tenemos, la que hemos recibido a través de nuestros mayores y de la observación del mundo que nos rodea. Nos ha hablado de las costumbres de su pueblo, de cómo se relacionan los tumas y funciona la familia, de sus diversiones, de sus gustos, de su arte y sus supersticiones. Por ejemplo, apuesto a que tú no sabes que existe entre los tumas la creencia de que este planeta fue visitado en tiempos remotos por seres venidos de otro mundo. Ignoras que en Khyla hay un museo

donde se exhibe la momia fosilizada de un extraño ser que no debería diferenciarse mucho de nosotros mismos, y que en las calles de los pueblos tuma y en sus zoológicos se exhiben unos “monos” que con razón comparan a nosotros.

Tuanko recordó a este respecto las dos o tres alusiones de Beg Hon a los monos que en su país se exhibían en jaulas. En el momento y las circunstancias que el tuma hizo mención de los monos, Tuanko no reparó mucho en la imagen que recibía de la mente de aquél.

—¿Cómo son esos monos? No lo recuerdo muy bien.

Gerardo Castillo, que era arqueólogo y antropólogo, y Paulina Elorza, que era zoólogo, se habían ocupado del asunto. Castillo llamó a Paulina y le pidió que mostrara la lámina que había dibujado. El dibujo era muy bueno y mostraba un animal parecido a un chimpancé, algo más esbelto, pero que andaba encorvado y tenía frente deprimida y maxilar inferior prognato. El animal, de cuerpo vigoroso, anchas y cargadas espaldas, aparecía totalmente cubierto de vello, el cual ofrecía la particularidad de presentar anchas rayas cebradas de color alterno, rojizo y amarillento. La cara del singular simio estaba cubierta de largas barbas de pómulos abajo.

—¿Un homínida? —preguntó Tuanko sorprendido.

—A falta de datos más concretos, yo lo situaría en efecto a medio camino entre el mono y el hombre. Istan, que nos habló extensamente de estos monos, hizo hincapié en su inteligencia, a tal punto que se les encargan trabajos que requieren cierta habilidad manual. Sus manos, en efecto, están mejor formadas que las garras de los tumas, y si observas el detalle del pie verás que no es una cuarta mano, sino una evolución bastante avanzada hacia lo que será un pie definitivo.

—¿De dónde obtienen los monos? Creo haber entendido que los tumas los emplean en determinados trabajos...

—En muchísimos trabajos, especialmente en los más sucios y penosos. Durante generaciones los tumas, y también los silaitas por lo que tengo entendido, utilizaron a los monos como mano de obra barata y abundante, especialmente en las minas de hierro y carbón, donde la silicosis, la mala alimentación y las enfermedades hicieron estragos en ellos. Hoy día la especie va camino de extinguirse, y todos los que existen nacieron en cautividad. Estos monos son

originarios de un continente que mereció el nombre de País de los Monos, situado más al occidente de Silaos en la posición caprichosa que le hemos adjudicado a nuestro mapa. En tiempos antiguos había traficantes cuya especialidad consistiría en cruzar el océano hasta aquel continente y capturar monos, que luego se vendían en pública subasta en los mercados de Silaos y Tumma. El tráfico decayó en los últimos tiempos a causa de las dificultades para capturarlos y su bajo precio en el mercado. El País de los Monos es un continente enorme, en su mayor parte inexplorado.

Al parecer también Adler Ban Aldrik había pasado mucho tiempo interrogando al sargento Istan. Tuanko le llamó para preguntarle qué opinaba acerca de la idea de Castillo de enviar la cápsula a explorar el País de los Monos.

El “bundo” se encogió de hombros, no por indiferencia, sino porque el hiperplaneta era tan enorme que se necesitarían muchos años para explorarlo. En opinión de Adler Ban Aldrik, el hiperplaneta debía ofrecer secretos mucho más interesantes y que jamás habían sido desvelados por tumas ni silaitas.

—Le pregunté a Istan por qué aun ahora el planeta era un perfecto desconocido para los pueblos civilizados. La respuesta fue que ni con los medios de locomoción modernos era posible alejarse más de cien mil kilómetros de Tumma. Las razones, en efecto, son de una lógica aplastante. Recordemos que incluso en la Tierra, a mitad del siglo xx, existían todavía zonas del planeta por explorar. Todo el contorno de la Tierra no mide más que cuarenta mil kilómetros de largo, y hasta el último tercio del siglo jamás había sido sobrevolado en un vuelo sin escalas. El radio de este hiperplaneta, la distancia entre uno cualquiera de sus puntos interiores y el Sol, es de alrededor de cinco mil millones de kilómetros, mayor que la distancia de Neptuno al centro del sistema solar terrícola. Para hacer un vuelo de circunvalación completo, un avión que despegara de algún lugar de Tumma, volando constantemente a una velocidad de mil kilómetros por hora, emplearía en dar la vuelta al planeta ¡tres mil quinientos ochenta y seis años! Ni los tumas ni los silaitas poseen todavía una máquina capaz de volar a esa distancia, ni la duración media de la vida permitiría llegar a los navegantes al final de esa hazaña.

—También sería una tontería intentarla ahora —añadió Tuanko

con ironía—. Mucho antes de mil años tumas y silaitas habrán desarrollado los campos de fuerza gravitacionales, el motor de fotones acelerados y otras técnicas con las que podrán dar la vuelta a su planeta en un año. O sea, que si esperan quinientos años a hacer ese viaje, todavía llegarán tres mil ochenta y seis años antes que si lo emprendieran hoy mismo. Por cierto, ¿a qué distancia está ese País de los Monos?

—Cerca, a sólo diecisiete mil kilómetros al Oeste de Tumma.

—¿Y los tumas navegaban con sus barquichuelos diecisiete mil kilómetros para capturar unos monos? Esa gente debía tener unos hígados enormes. Bueno, por mí podéis utilizar la cápsula y dirigirla hasta ese continente.

La cápsula portadora, que ya había iniciado el regreso en dirección a Silaos y al “Coimbra”, fue obligada a virar casi en redondo para acelerar nuevamente en dirección contraria. A dos mil kilómetros de altura, donde no existía atmósfera, la cápsula aceleraba cinco metros por segundo, que era un impulso francamente modesto por comparación con otras máquinas como los caza-interceptores “Delta” de la Armada Valerana, los torpedos atómicos, el propio “Coimbra” y hasta el autoplaneta Valera.

Acelerando durante la mitad del camino, y frenando en la misma proporción la mitad restante, la cápsula “KT” había alcanzado el Continente de los Monos en una hora. No obstante, se decidió seguir impulsando a la cápsula, penetrando otros dos mil kilómetros en el territorio, más allá de donde los traficantes de monos llegaron nunca.

Mientras la cápsula portadora llegaba a su destino, los miembros de la expedición científica se preparaban para saltar a tierra, desplegando gran actividad en un ambiente de extraordinaria animación.

Las cámaras de la propia cápsula enviaban constantemente imágenes de televisión, que eran mucho más claras de las que podían obtenerse a través del telescopio. El país que sobrevolaba la cápsula se elevaba unos mil quinientos metros sobre el mar y reunía, según la profesora Elorza, condiciones óptimas para la vida de los homínidas; esto era, extensas llanuras onduladas en las que alternaban el arbolado y la pradera, abundantes cursos de agua y un clima cálido sin ser excesivamente húmedo.

En la región se apreciaban algunos volcanes, unos cuantos de ellos echando humo. La cápsula penetró en la atmósfera y descendió a sólo setecientos u ochocientos metros de altura, moviéndose a una velocidad apropiada que permitiría explorar visualmente el entorno. La sábana estaba poblada de gran variedad de especies animales; monos, aves gigantescas, y manadas de cuadrúpedos grandes y pesados parecidos a búfalos. En los ríos y pantanos se movían grandes reptiles.

Algunas columnas delgadas de humo llamaron la atención de Gerardo Castillo. La cápsula fue dirigida hacia aquel lugar evitando sobrevolarlo directamente, medida previsoramente que permitió a los valeranos descubrir un poblado primitivo de chozas rodeado de una tosca empalizada.

—¡Homínidas! —exclamó Castillo, a pesar de que la distancia no permitía apreciar demasiado bien los detalles de los seres que se movían en el poblado.

Decidieron posar la cápsula a un kilómetro del poblado.

Tuanko había impuesto como condición que todos los expedicionarios fueran equipados con armaduras de “diamantina”. Los científicos aceptaron a regañadientes y se dirigieron a la máquina Karendón con sus armas, sus cámaras fotográficas y demás equipos.

La Karendón funcionó de la forma acostumbrada desintegrando al grupo entero, incluso con sus armaduras, sus fusiles y su equipo, y la máquina confeccionó una tira de metal perforada en el que quedaba expresada la formulación de los componentes subatómicos de toda la materia destruida. A medida que la cinta perforada iba saliendo de la máquina, una emisora de radio transmitía a veinte mil kilómetros de distancia la disposición de cada perforación.

En la máquina Karendón que estaba posada en el País de los Monos, una perforadora reconstruía una cinta perforada idéntica a la que había quedado en el “Coimbra”. Breves minutos después, a partir de la formulación de la segunda cinta, todo el grupo era restituido en la Karendón número dos.

Como en el caso de los tumas, desde la cámara de derrota del crucero sideral se vio por televisión cómo se abatía la puerta. Adler Ban Aldrik fue el primero en pisar tierra, seguido de todos los demás. Los expedicionarios estaban comunicados entre sí a través

de sus radios individuales, y con el “Coimbra” por medio de la potente emisora de la Traslator.

—Muy bien, Tuanko —se oyó decir al profesor Ferrer—. Gracias por el viaje, llegamos bien, saludos a la familia.

—Ese tonto siempre tiene ganas de bromear —murmuró Tuanko alejándose del controlador.

Belén Izquiaola y Marek se encontraban junto a la consola del alférez Riboni, sentado ante la pantalla del detector de neutrinos.

—¿Qué ocurre, Mateo? —preguntó Tuanko al alférez.

—Espero que no se haya olvidado de que ordenó confeccionar un mapa situando los puntos donde registrábamos una fuente de neutrinos —dijo Riboni.

La verdad era que Tuanko lo había olvidado con las preocupaciones de las últimas veinticuatro horas.

—¿Alguna novedad? —inquirió evasivamente.

Medió Marek y dijo:

—La gente ha estado relevándose en el detector de neutrinos, y ya tenemos más de un centenar de focos localizados. Ahora Riboni ha descubierto una zona donde la emisión es tan abundante que prácticamente no se pueden contar.

—¿Qué me dices? —exclamó Tuanko sobresaltándose—. ¿Dónde está localizado ese foco?

—No es posible medir la distancia, pero por su posición calculo que se encuentra unos grados por la derecha del Sol, o sea, casi en el extremo opuesto del diámetro del planeta.

—Riboni, tú lo que has hecho es apuntar el detector contra el Sol.

—No, señor. No soy tan torpe —rebatió Riboni enrojeciendo.

Tuanko cruzó su mirada con Belén Izquiaola, la cual asintió y dijo:

—Así es, lo he comprobado con Marek. Los tumas y los silaitas no son los únicos habitantes del planeta que conocen el uso de la energía nuclear.

Marek afirmó a su vez:

—Yo diría incluso que Tumma y Silaos apenas han hecho otra cosa que descubrir los rudimentos de la desintegración. Hay más lugares en este mundo donde funcionan reactores nucleares, pero en ninguna parte hay tal cantidad de ellos juntos como en esa zona

donde dice Riboni.

—¿Una potencia nuclear en el extremo opuesto del planeta?
Nadie contestó a la inquietante pregunta de Tuanko Aznar.

CAPÍTULO VIII

Los “monos” bradaban desde el interior de la capsula y quedaba en el riachuelo. A espaldas del campamento el suelo se elevaba hacia las laderas boscosas de una línea de colinas y detrás de las colinas, sobre un prado, estaba posada la capsula portadora de la Karendón Traslator.

La primera sensación que notaron los valeranos fue la de una ligera disminución de peso. La fuerza de gravedad en el interior del hiperplaneta era menos que la de la Tierra.

Tan seguros estaban los expedicionarios de que iba a ser lo contrario, que habían traído consigo sus “backs”, especie de caja de “dedona” que se adaptaba al espaldar de sus armaduras de “diamantina”, y que alojaba en su interior una pila atómica de pequeño tamaño y un motor fotónico. La pila producía directamente energía eléctrica, que era controlada por un regulador manual y se utilizaba para inducir la “dedona” del “back”. La “dedona” tenía la propiedad de generar un campo de fuerza antigravitacional, lo cual permitía al portador del aparato despegar del suelo y elevarse a cierta altura. El motor fotónico era el elemento propulsor.

Aunque construido con chapa delgada de “dedona” el aparato era tan pesado que obligaba a tener la pila funcionando continuamente para contrarrestar su peso. La armadura total de vacío llevaba un depósito de oxígeno entre las dobles paredes de la parte correspondiente al tronco, todo lo cual contribuía a aumentar artificiosamente el volumen real de los valeranos.

Los expedicionarios se miraron unos a otros y fue Paula Elorza quien comentó:

—Si los homínidas nos ven llegar así se mueren del susto.

Habían llegado a lo alto de la colina y desde allí contemplaban

el poblado de los “monos” a través de los árboles, que por ser muy altos y copudos crecían bastante separados entre sí.

—Yo pienso que de todas formas van a echar a correr en cuanto nos vean —dijo el profesor Valera.

—Ni los gamos corren más que nosotros mientras llevemos estos backs —observó José Ferrer.

—Claro que sí —respondió Valera—. Tú tienes experiencia manejando este chisme, pero conmigo no cuenten para una carrera. O doy demasiado y salgo disparado a las nubes, o cierro demasiado y aterrizo como una piedra. Hubiera sido mejor traer con nosotros un par de los chicos de Tuanko.

—No se preocupen, Fidel y yo capturaremos al menos a uno, si es que hemos decidido capturarles —dijo Ferrer.

—Claro, ¿a qué otra cosa hemos venido si no? Tenemos que coger al menos una pareja. He traído conmigo uno de esos spray paralizantes, tómalo.

En efecto, después de ponerse de acuerdo en el plan a seguir, Adler Ban Aldrik y José Ferrer abandonaron sus armas y siguieron andando hasta los últimos árboles. Allí se elevaron unos metros con sus aparatos, abrieron el regulador del motor y salieron volando como grandes pájaros en dirección a la aldea de los “monos”.

El poblado estaba formado por no más de una docena de familias, de las cuales en este momento la mayoría eran mujeres. Los “monos” eran mamíferos y sus hembras eran fáciles de identificar por las mamas, aparte de ser en general de menor corpulencia y de vello más sedoso que los machos.

Los dos audaces cazadores estaban comunicados entre sí a través de sus radios, de modo que podían combinar sus movimientos con facilidad. Como era de esperar que ocurriera, apenas aparecieron volando por encima de la empalizada, sembraron el desconcierto y el terror entre los habitantes de la aldea, que echaron a correr por todas partes profiriendo guturales voces con las cuales se advertían unos a otros del peligro. Ferrer vio una hembra joven, ágil y de senos enhiestos, y se arrojó sobre ella como un gavián se arroja sobre una paloma.

Adler Ban Aldrik persiguió a un homínida macho de gran corpulencia, pero ya creía tenerlo cogido cuando el “mono” se agachó. El “bundo” falló y fue a caer resbalando un largo trecho por

el polvo. Al incorporarse tenía ya encima al homínida, que se había armado con una enorme hacha de sílex y le atacó tirándole un mazazo a la cabeza. La esférica escafandra de “diamantina” aguantó el golpe, resonando con estruendo en los oídos de Adler Ban Aldrik. Éste era un hábil luchador y logró derribar al homínida enganchándole los pies.

Siguió un duro forcejeo, donde la fuerza y la habilidad del “bundo” casi quedaban superadas por el vigor y la furia del homínida. Éste intentó huir y Adler Ban Aldrik le saltó al cuello, derribándole de nuevo. Cuando llegaron los demás en su ayuda, el “bundo” tenía bien cogido al “mono” en una llave de presa. Pulverizaron la cara del “mono” con el spray y le dejaron paralizado para unos minutos.

La aldea, alrededor de los valeranos, había quedado desierta. Todos sus habitantes, hombres mujeres y niños, habían huido corriendo como gamos hacia el bosque. Quedaban prisioneros el homínida macho y la joven hembra.

—Dos magníficos ejemplares —dijo Castillo examinándolos después de quitarse la escafandra y el “back”—. Son homínidas, y yo casi diría que en un período muy avanzado de evolución.

La descripción de los “monos” hecha por los tumas no correspondía exactamente a la realidad. La explicación era sencilla, los tumas veían a los homínidas bajo su punto de vista de especie superior. Sus fracciones eran menos bestiales de lo que dijeron los tumas, sus formas más humanas y su vello no tan largo ni tan espeso. Sus espaldas, en efecto, todavía conservaban aquella tendencia adquirida tras milenios de andar a cuatro manos. Estaban completamente desnudos y sus cuerpos presentaban unas curiosas franjas de vello rojizo alternando con el color amarillo.

Mientras Paulina Elorza y Gerardo Castillo examinaban a los prisioneros, los demás iban de un lado a otro curioseando las chozas y requisando algunos objetos. Éstos eran principalmente hachas de sílex, cuchillos y flechas con punta de pedernal, escudillas y ollas de barro, peines, tenedores y otras pequeñas piezas de hueso.

Pero el objeto más sorprendente fue una corta lanza hecha de un pedazo de tubo metálico. El descubrimiento fue hecho por Alejandro Aznar en el interior de una choza. La armadura de “diamantina” llevaba incorporados algunos instrumentos como

altímetro-batímetro, reloj horario, brújula y detector de radioactividad. El detector de Alejandro empezó a rechinar al entrar en la choza y le llevó a descubrir el tubo de metal.

—Es radiactivo —dijo al mostrarlo a su compañero—. Por descontado no es producto de artesanía local.

Todos los contadores de radioactividad de los expedicionarios estaban rechinando como un coro de cigarras.

—No es excesivamente radiactivo —dijo Alejandro Aznar soltando el tubo—. Solamente se puede considerar peligroso en el caso de una prolongada proximidad a él.

—¿Dónde lo encontraste? —pregunto Adler Ban Aldrik.

—En una choza, debajo de una yacija.

—Pues el individuo que haya dormido sobre él puede pasarlo mal —advirtió Adler Ban Aldrik.

Los dos homínidas estaban retornando en sí. El primer en abrir los ojos fue el macho, el cual pegó un respingo y soltó un rugido, aunque no pudo huir por estar atado de pies y manos.

Adler Ban Aldrik puso a prueba las facultades telepáticas para penetrar el pensamiento del “mono”. A menor grado de inteligencia era más difícil contactar telepáticamente con un individuo. Con los animales era prácticamente imposible.

Vio el “bundo” una inteligencia primaria, hecha más de instintos e impulsos que de auténtico raciocinio. Intelectualmente al menos los homínidas no brillaban a una altura mucho mayor que la de un chimpancé. El ejemplar que Fidel tenía delante era tardo en disponer las ideas y todavía más torpe para expresarlas.

—No habla, no tiene un verdadero idioma —comunicó a sus compañeros expectantes—. Creo que sólo será posible extraer algo de él a través de imágenes.

Le mostró el hacha, y vio que el homínida asociaba el arma con imágenes de caza y combates sangrientos con otros homínidas. Le mostró una escudilla, y el homínida la asoció con comida. Todo era muy primitivo, muy elemental.

Fue entonces cuando José Ferrer le mostró el tubo de metal radiactivo. Por la mente del homínida pasó la imagen de un montón de hierros retorcidos, en el cual él mismo y otros congéneres buscaban cosas que les atraían por su forma y naturaleza.

—Parece ser que el tubo lo consiguieron entre los restos de una

aeronave —indicó Adler Ban Aldrik.

—Esto queda muy lejos del radio de acción de los aviones tumas y silaitas —observó Ferrer—. Además, ¿por qué había radioactividad en esos restos? ¿No podrían hacer que este tipo nos llevara hasta el lugar? Me gustaría echar un vistazo.

Adler Ban Aldrik recurrió el último extremo, que consistía en sumir al homínida en una somnolienta hipnótica, de modo que éste se dejara influir por las órdenes que recibía telepáticamente. El “mono” fue librado de sus ataduras, se puso en pie y echó a correr.

—¡Se escapa! —dijo Castillo.

—No huye, sino que corre en dirección al lugar donde encontró ese pedazo de metal. Vamos a seguirle, Ferrer. Coge tu arma y los demás que esperen aquí.

El homínida debía tener muy desarrollado el hábito de correr. Pese a sus piernas ligeramente dobladas sostenía un trotecillo continuo que obligó a los dos valeranos a seguirle por el aire con sus aparatos voladores.

Después de una hora y media de incesante carrera el homínida llevó a los dos extranjeros a una hondonada cubierta de alta hierba. Allí encontraron un amasijo de planchas metálicas, en su mayor parte oxidadas, cuya forma resultaba difícil de precisar. La máquina, al caer desde el aire, había levantado un caballón de tierra, quedando hundida en un gran agujero. Los restos emanaban una radioactividad moderada.

José Ferrer, que también traía una cámara fotográfica, tomó algunas instantáneas desde diversos ángulos. Mientras iba de un lado a otro observaba los restos y trataba de hacerse una composición de lugar.

—No es un aeroplano —dijo acercándose a Adler Ban Aldrik.

El “bundo” había tomado en sus manos un pedazo de metal.

—No. Observa esto, es una pieza de un reactor primitivo. La máquina debía tener una forma tal vez circular, y llevaba una pila atómica. Ni los tumas ni los silaitas han aplicado todavía la energía nuclear a sus aeronaves. Sus reactores atómicos todavía son excesivamente pesados.

—¿Un platillo volante? —murmuró José Ferrer tomando la pieza en sus manos.

—¿Por qué no? Las primeras experiencias en aeronaves movidas

por un reactor nuclear casi siempre se hicieron con platillos volantes. Desde siempre se ha sabido que una piedra plana y redondeada, lanzada de forma que gire sobre sí misma, alcanza mucho más lejos que otra piedra de una forma cualquiera. Para una máquina que deba moverse apoyándose en el aire, la forma lenticular es la más idónea.

—¿Un platillo volante? —repitió Ferrer pensativamente—. No tenemos constancia de que tumas o silaitas posean una máquina tan avanzada.

—¿Quién sabe? Tal vez no sea ni tuma ni silaita. Este planeta es muy grande, y prácticamente lo ignoramos todo respecto a él. Busquemos por si hay restos de tripulantes.

Pero dos horas de ímprobos esfuerzos apartando planchas y retirando hierros demostraron que no había restos de la gente que tripuló la misteriosa máquina.

Dejando el homínida en libertad de hacer lo que quiera los dos hombres pusieron en acción sus aparatos y regresaron volando a la aldea. La joven “mona” ya tuvo tiempo de tranquilizarse y parecía mucho menos asustada. El profesor Castillo propuso llevarla al “Coimbra” y realizar en ella un experimento, consistente en inseminarla artificialmente con espermatozoides de valeriano y verificar el resultado en el hijo engendrado por la hembra. Algunos protestaron de esta “barbaridad”.

—¿Por qué “barbaridad”? —se defendió el arqueólogo y antropólogo—. Los bartpuranos, en sus correrías por el Universo ¿no hicieron eso mismo? La vida, tal como la conocemos, no es simplemente un factor casual. Nació de alguna parte, y en otras partes fue introducida por la intercesión de los viajeros y exploradores del espacio. Sólo así se explica que en algunos planetas, como la misma Tierra, se pasara bruscamente de la animalidad a la vida inteligente. Después de milenios de oscuridad el hombre apareció de repente, casi con las mismas características que tiene ahora, e inició una escalada vertiginosa hacia formas de convivencia superiores; inventando el fuego, las armas, el idioma, el vestido, el hierro, la escritura...

—Nos llaman desde el buque —anunció Alejandro Aznar—. Tenemos que regresar.

Por mayoría de opinión se optó por dejar en libertad a la

asustada homínida. Desde el “Coimbra” acababan de comunicar por radio:

—Acabamos de descubrir que los tumas y silaita no son la única raza inteligente de este planeta.

Una hora más tarde el grupo era restituido en la Karendón a bordo del crucero sideral. Fueron todos a la ducha para desprenderse de las bacterias perniciosas e insectos que pudieran haberse adherido a sus armaduras, luego se reunieron en el comedor grande con Tuanko Aznar.

Tuanko comunicó la inesperada localización de un intenso foco de neutrinos, y José Ferrer habló del platillo volante encontrado en el País de los Monos. Comparando unos datos con otros Ferrer elaboró una teoría cuya base parecía bastante razonable.

—Para mí, los restos del platillo volante en el Continente de los Simios son el resultado de una tentativa de los habitantes del otro extremo del planeta de comunicarse con los de este lado. Las distancias en este planeta son tan enormes, que incluso para un platillo volante supone una hazaña llegar hasta aquí. En realidad, por poco, el platillo volante no pudo llegar. Alguna avería obligó a su tripulación a lanzarse en paracaídas, o simplemente se agotó el combustible de su reactor nuclear. ¿Qué velocidad máxima puede desarrollar un platillo volante? ¿Veinte mil? ¿Cincuenta mil kilómetros a la hora? Incluso en el más favorable de los casos alrededor de setenta años en volar esos quince mil millones de kilómetros. Un proyectil que volara en línea recta sobre un diámetro del planeta sólo tendría que recorrer diez mil millones de kilómetros y podría desarrollar una velocidad diez o veinte veces mayor después de abandonar la atmósfera. Ahora bien, el planetillo volante es una máquina para moverse en las altas capas de la atmósfera, y no fuera de ella. Por lo tanto ese aparato tuvo que recorrer el camino más largo para llegar al Continente de los Simios.

—Me pregunto una cosa —dijo Belén Izquiaola—. Si la única razón de ese viaje tan largo era establecer contacto con los seres inteligentes de este lado del planeta, ¿por qué no utilizaron la radio o la televisión? ¿No pudo ocurrir más bien que los tripulantes del platillo vinieran a espiar a los silaitas y los tumas, en lugar de darse a conocer?

—Eso equivale a atribuirles una intención más bien perversa, ¿no es cierto? —sugirió Adler Ban Aldrik.

—El ser humano es perverso en su misma naturaleza, querido tío —respondió Tuanko—. Y los tumas o los silaitas no han demostrado ser mejores que nosotros mismos.

—Alguien debería advertir a los tumas y silaitas que estén en guardia. La gente del otro lado tiene cuanto menos una técnica aeronáutica superior —dijo José Ferrer.

Y Marek añadió:

—Querrá decir que ya lo era en el tiempo que ese platillo volante inició tan gran viaje. Desde entonces ha podido transcurrir hasta un siglo, con lo cual su técnica estará todavía más avanzada.

—Esperaremos hasta ver si Beg Hon consigue esa entrevista con su Emperador. Ahora me voy a descansar un rato, las horas que nos esperan pueden ser de mucha tensión —dijo Tuanko.

Cuatro horas más tarde iba Marek a despertarle.

—Tenemos respuesta de Beg Hon. Su Emperador accede a recibirte. Deberemos aterrizar en la misma playa donde depositamos a nuestros amigos. Un helicóptero acudirá a recogerte.

—Nuestro buen amigo se ha movido aprisa —dijo Tuanko empezando a vestirse—. Me afeitaré y me podré mi mejor uniforme. Hay que causarles buena impresión, ¿no te parece?

—No veo la razón. Acudirás a esa cita embutido en tu armadura, y no te sacarás la escafandra bajo ningún pretexto. No me fió un pelo de esos reptiles.

—Se trata de un Emperador, sobrino. ¿Alguna vez te has visto ante un Emperador?

Marek salió refunfuñando de la habitación. Veinte minutos más tarde comparecía Tuanko en la cámara de derrota vistiendo el blanco uniforme y la galoneada gorra de los almirantes de la Armada Valerana. Le esperaba todo el equipo científico a excepción de Adler Ban Aldrik. Éste llegó a continuación enfundado de “diamantina”, llevando la voluminosa escafandra bajo el brazo.

Tuanko leyó a intención directamente en la mente de su tío-abuelo.

—¿Quieres acompañarme, eh?

—Iré contigo —dijo el “bundo” con su acostumbrada gravedad en el hermoso semblante—. Ve a ponerte la armadura.

—¿Lo crees necesario?

—Lo considero prudente.

—De acuerdo, qué le vamos a hacer. ¿Por dónde anda la cápsula portadora?

—A bordo, la izamos hace un rato —contestó Belén Izquiaola.

Tuanko miró a su alrededor a los semblantes de sus amigos.

—¿Me equivoco, o flota en el aire cierto tufo a conspiración?
¿De qué se trata?

—Hemos considerado más conveniente bajar a tierra con el barco —dijo Belén Izquiaola—. No nos fiamos de esos tumas. Esa cita puede ser una trampa. Igual tienen su artillería apuntando a la cápsula y les fríen a cañonazos nada más poner pie en la playa. La cápsula es demasiado endeble, podría quedar destruida. De hecho bastaría que quedara averiada para que no pudiéramos rescatarles. Con el barco no existe ese riesgo, ni una bomba atómica podría con él. Y la respuesta a la agresión sería fulminante.

Tuanko consideró las palabras de Izquiaola. Después de todo, pensó, no había razón para correr riesgos innecesarios. A los tumas les agradaría ver al “Coimbra” en el suelo. Y les impresionaría. Ya de antiguo las conversaciones de paz habían sido más fructíferas cuando eran apoyadas por la fuerza.

—Iremos en el crucero —asintió.

Inmediatamente el “Coimbra” abandonó su inmovilidad sobre la vertical de Mytala, e impulsado por sus motores lumínicos se movió a velocidad uniformemente acelerada en dirección al continente Tumma.

Media hora más tarde el crucero sideral descendía hacia el continente frenando su poderoso impulso. Desde la cámara de derrota, a través del telescopio, se veía la extensa playa donde horas antes aterrizó la cápsula portadora de la Karendón T.

En esta ocasión los tumas no iban a ser sorprendidos por la rapidez de los valeranos en acudir a la cita. Cuatro grandes acorazados y una veintena de cruceros pesados se movían sobre el mar a unos cinco kilómetros de la playa. Los tumas también querían impresionar a los extranjeros. Lejos de la playa, en unas colinas situadas a seis kilómetros de distancia, se veía una línea de enormes carros de combate con cañones para disparar proyectiles gruesos. ¿Artillería atómica?

En cambio en la playa sólo se veía un solitario helicóptero. Marek observó todo aquello y comentó:

—Demasiado burdo, es una maldita trampa.

—Hablasteis personalmente con Beg Hon. ¿Qué dijo?

—Que saldría a esperarte a la playa.

Tuanko, que ya llevaba puesta su armadura de “diamantina” echó un reniego. No quería desaprovechar la oportunidad de parlamentar con el Emperador tuma si ello era posible. Pero por otro lado confiaba en Beg Hon y no creía tan estúpidos a los tumas como para tenderle una trampa. Beg Hon les habría hablado a sus jefes de la enorme potencia destructora del crucero valerano. ¿Qué podían esperar?

El “Coimbra” sobrevoló a baja altura la Escuadra tuma y se acercó lentamente a la playa. Tuanko y Adler Ban Aldrik se prepararon para desembarcar. Con sus escafandras bajo el brazo abandonaron la cámara de derrota y se dirigieron al ascensor.

Salieron del ascensor en el mismo hangar donde Beg Hon y sus dos compañeros fueron desembarcados del aerobote. El enorme y pesado portalón de “dedona” se estaba abriendo; primero las dos hojas interiores de un metro de espesor, luego la cortina intermedia, y finalmente, girando hacia afuera, las dos hojas exteriores.

La enorme mole de “Coimbra” se posó suavemente en la arena, a sólo unos metros del solitario helicóptero. Su peso era tan considerable que todo su casco se enterró en el suelo hasta el nivel del piso del hangar. De este modo Adler Ban Aldrik y Tuanko Aznar pudieron saltar a tierra cómodamente.

Con el férreo casco del “Coimbra” a sus espaldas, los dos hombres avanzaron sin prisas en dirección al helicóptero. Había tres hombres junto al aparato y uno de ellos echó a andar impulsivamente al encuentro de los astronautas. Uno de los que estaba detrás le sujetó por el brazo. Parecieron discutir airadamente unos segundos. Luego los dos echaron a andar en dirección a los valeranos.

—Es Beg Hon —dijo Tuanko. Y a continuación reconoció al segundo tuma—. También está ahí el conde Ubiao.

Se encontraron a medio camino entre el buque y el helicóptero. Beg Hon, que no vestía su traje de oro, sino una especie de mono de mecánico de cuero rojo, gritó de pronto:

—¡Volved al buque, os han traicionado! El Emperador tiene el propósito de secuestraros para de este modo impedir que os interpongáis entre Tumma y Silaos...

De pronto Ubiao sacó del bolsillo una pistola y disparó a quemarropa contra Beg Hon.

—¡Regresemos! —gritó Adler Ban Aldrik.

Pero Tuanko había saltado en dirección a Ubiao. Éste todavía tuvo tiempo de disparar su pistola contra Tuanko. La bala rebotó en la coraza de “diamantina”. Tuanko disparó su puño enguantado de vidrio alcanzando a Ubiao en la boca. Ubiao salió reculando para caer de espaldas. Tuanko se inclinó, asió a Beg Hon por un brazo y tiró de él arrastrándolo por la arena.

—¡Ayúdame, maldición! —gritó.

Adler Ban Aldrik cogió el otro brazo del herido. Echaron a correr llevando a rastras a Beg Hon, cuyos pies dejaban surcos en la arena. Desde el helicóptero empezaron a disparar con una ametralladora, las balas silbaron alrededor de los valeranos y levantaron la arena a sus pies. Simultáneamente se dejaba oír la bronca voz de un cañón grueso por el lado del mar.

Ya estaban ante el portón abierto en el costado de la aeronave cuando se escuchaba el silbido del proyectil. Saltaron dentro del hangar tirando del tuma...

Sobre el “Coimbra” se encendió un inmenso globo de fuego. Todo quedó envuelto en una brillante luz. El “Coimbra” se estremeció como sacudido por una gigantesca coz. En el mismo instante se corrían las dos hojas de cortina intermedias, aislando el hangar del estruendo, el calor y la radiación exterior...

Pero las dos piernas de Beg Hon quedaron atrapadas entre los dos moldes de “dedona”, aplastadas y cortadas en redondo. Un terrible grito salió de la garganta del tuma.

—¡Dios mío, le hemos dejado sin piernas! —exclamó Tuanko.

—Apartémosle de aquí —dijo Adler Ban Aldrik, viendo que las dos enormes hojas interiores de la puerta empezaban a moverse.

Al arrastrar a Beg Hon sus dos moñones iban dejando dos regueros de sangre en el piso. El “bundo” se arrodilló junto al tuma. Su mente transmitió una orden “¡Pronto, sácame la escafandra!”

Tuanko le arrancó la escafandra mientras Adler Ban Aldrik concentraba toda la potencia de su enorme cerebro. Tuanko sabía

que su propósito era cauterizar las arterias por donde el tuma se sangraba por segundos. El fabuloso “bundo” había hecho esta misma intervención quirúrgica muchas veces, sólo con la fuerza del pensamiento. Pero Ban Hon no era humano, no era terrícola ni mamífero. Solamente quedaba una esperanza. Había podido cauterizarle la herida de la espalda cuando lo rescataron del mar. ¿Por qué no había de poder ahora?

Los muñones de Beg Hon dejaron de sangrar por las arterias, aunque todavía sangraba por las venas pequeñas y los músculos seccionados.

—No hay tiempo que perder, hay que llevarle a la Karendón. Échamelo a la espalda, yo lo llevo —dijo a Tuanko.

El “bundo” era un auténtico atleta. Con el desvanecido tuma sobre la espalda echó a correr hacia el ascensor. Mientras subían, Tuanko veía chorrear la sangre de los muñones de Beg Hon. El piso todavía se estremecía bajo sus pies. Desde el mar y desde tierra los cañones tuma disparaban con proyectiles atómicos contra el “Coimbra”.

Envuelto en un infierno de fuego, el “Coimbra” puso en acción sus baterías de “luz sólida” y rayos desintegradores Zeta. Una apocalipsis de llamas y truenos estalló en el mar y en tierra dentro. Los grandes acorazados saltaban en pedazos y los cruceros eran pulverizados en mitad de un enorme surtidor de agua. Los tanques recibieron una andanada demoledora de rayos luminosos y desintegradores. Toda la tierra y el mar en un radio de veinte kilómetros pareció levantarse al cielo. Cenizas, polvo y humo lo cubrieron todo, mientras empezaba a formarse la base de una seta colosal cuyas volutas incandescentes se elevaban cubriendo el sol.

En medio de esa nube, milagrosamente ileso, el crucero sideral “Coimbra” apareció en la cresta de la columna, rodeado de rayos como un dios colérico que lo aniquilaba todo a su alrededor. En unos segundos se encontraba a enorme altura, y poco después desaparecía de vista al apagar sus mortíferos rayos.

En la sala de la Karendón el tuma abrió sus grandes ojos de caballo en el momento que le depositaban sobre el piso de cristal de la cámara. Movi6 los gruesos labios sin pronunciar una palabra, pero Tuanko le leyó la idea en la meta.

—Tranquilo, amigo —le dio—. No vas a morir, te vamos a

desintegrar y seguirás viviendo después.

—Pero siempre seré un tuma lisiado. Perdí mis piernas...

—Nada de eso. El Beg Hon que restituiremos aquí tendrá las piernas que tenía el Beg Hon que despachamos a Tumma por medio de la Karendón Traslator. Conservamos tu formulación en aquella cinta perforada que utilizamos entonces.

“No es... posible”.

—¡Claro que lo es! Ya lo verás. Aunque luego no vas a recordar nada. Hasta luego, amigo.

Tuanko abandonó la cámara e hizo una seña a Adler Ban Aldrik. Éste pulsó un botón y la Karendón se puso en marcha. Beg Hon fue desmaterializado.

—Déjalo en la Dimensión Temporal por ahora —dijo Tuanko.

Se dirigió a la cámara de derrota, donde se encontró con la mirada de censura de su sobrino.

“¿No te lo dije yo?” —le comunicó Marek telepáticamente.

—Está bien, compañeros, regresamos a casa —dijo Tuanko depositando su escafandra sobre una butaca—. Comandante Izquiaola, apunte la proa un poco a la derecha del Sol y acelere a toda máquina. Vamos a salir de este infierno.

—¿Quieres decir que se acabaron las batallitas? —preguntó Marek haciendo un guiño.

—¿Qué más podemos hacer? No somos dioses ni jueces para decidir de qué lado está la justicia. Hemos evitado que murieran algunos millones de seres y ya es bastante, los silaitas acabarán barriendo a los aliados de Tumma. La represión ya no podrá impedir que florezcan en esos países otras ideas más liberalizadoras. Tumma perderá su mercado y su fuente de materias primas fáciles y baratas, y o ensaya nuevos sistemas o se arruinará.

—Tendrán que inventar la Karendón —dijo Belén Izquiaola.

—Lo que tienen que hacer es guardarse de lo que pueda llegarles del otro lado del planeta.

—¡Y nos vamos a marchar sin averiguar que hay allí! —se lamentó la profesora Ross.

—Tenemos que volver a casa. La expedición fue programada para un tiempo corto y ya deben estar intranquilos.

—¿Nos permitirán regresar al hiperplaneta?

—Bueno, no lo sé, no es cosa mía. Pero aquí tenemos a la

señorita Izquiaola, cuyo papá es el Presidente de la República de Valera. ¿Quién sabe? Tal vez ella sea capaz de influir para que nos permitan volver.

Todas las miradas se volvieron hacia la comandante Izquiaola, que se puso colorada.

Minutos después Marek Aznar tomaba el asiento del piloto y empezaba a golpear el techado de la computadora. Aparecieron unas cifras y unas palabras en caracteres luminiscentes. Marek pulsó el botón. En la pantalla electrónica apareció una palabra; “Operando”.

El “Coimbra” aceleraba apuntando su proa a los continentes y océanos del lado contrario de la esfera. Pero antes de llegar allí se desvanecería como un fantasma para pasar a través de la mole de materia e irrumpir en el espacio exterior.

F I N

Notas

[1] Planeta hueco descubierto y conquistado por los terrícolas supervivientes después de huir de la Tierra invadida por los Hombres Grises (thorbod). Véase REDENCIÓN NO CONTESTA y LA CONQUISTA DE UN IMPERIO, obras del mismo autor. < <